

Antonio Buero Vallejo

**EL
CONCIERTO
DE
SAN OVIDIO**

*A VICTORIA
por su compañía
y su ayuda impagables.*

Esta obra se estrenó el 16 de noviembre de 1962,
en el Teatro Goya, de Madrid, con el siguiente

REPARTO (Por orden de intervención)

<i>Pepe Calvo</i>	LUIS MARÍA VALINDIN , negociante
<i>María Rus</i>	LA PRIORA DE LOS QUINCE VEINTES
<i>Amalia Albadalejo</i> .	SOR LUCÍA
<i>Elena Gozar</i>	SOR ANDREA
<i>Francisco Merino</i> ...	GILBERTO, ciego
<i>Pedro Oliver</i>	LUCAS , ciego
<i>Avelino Cánovas</i> ...	NAZARIO, ciego
<i>Manuel Andrés</i>	ELÍAS, ciego
<i>Félix Lumbreras</i>	DONATO, ciego
<i>José María Roderó</i> .	DAVID, ciego
<i>Luisa Sala</i>	ADRIANA, moza de mala fama
<i>Carmen Ochoa</i>	CATALINA, criada
<i>Emilio Menéndez</i> ...	JERÓNIMO LEFRANC , violinista
<i>José Secura</i>	IRENEO BERNIER, calderero
<i>Antonio Puqa</i>	LATOUCHE, comisario de Policía
<i>Alberto Fernández</i> .	DUBOIS, oficial de Policía
<i>Asunción Pascual</i> ..	BURGUESA
<i>Beatriz Farrera</i>	DAMISELA 1. ^a
<i>Araceli Carmena</i>	DAMISELA 2. ^a
<i>Soledad Payno</i>	DAMISELA 3. ^a
<i>Jesús Caballero</i>	PISAVERDE
<i>Carlos Guerrero</i>	BURGUÉS
<i>Sergio Vidal</i>	VALENTÍN HAÜY

VOCES DEL HOSPICIO Y DEL CAFÉ.

En París, del verano al otoño de 1771.

Derecha e izquierda, las del espectador.

Dirección: JOSÉ OSUNA.

Decorados y figurines: MANUEL MAMPASO.

Música de *Corina*: RAFAEL RODRÍGUEZ ALBERT.

NOTA.

Por imperativos de horario, se suprimieron en las representaciones del *El concierto de San Ovidio* todas las frases y fragmentos que en la presente edición figuran encerrados entre corchetes.

ACTO PRIMERO

San Luis de Francia fundó en el siglo XIII el Hospicio de los Quince Veintes para dar cobijo a trescientos ciegos de París. Miente la leyenda que la fundación fue hecha por el rey para recoger allí a trescientos de sus caballeros, cegados en la Cruzada. Mas el Hospicio no se creó para nobles, sino para mendigos, y mendigos siguieron siendo, siglo tras siglo, casi todos los desvalidos invidentes que en él encontraron amparo. En la Edad Moderna la Institución conoció, no obstante, prósperos tiempos. Las bulas y edictos a su favor de papas y reyes, el acopio de legados, mandas y limosnas, la volvieron poderosa, y sus rectores hubieron de reprimir el lujo con que llegaron a vestir los pensionistas. La venerable fundación ha llegado hasta nuestros días y se encuentra hoy en el antiguo cuartel de los mosqueteros negros, cerca de la plaza de la Bastilla, lugar donde fue trasladada en 1780. Nueve años antes, el Hospicio de los Quince Veintes se hallaba en Champourri, donde fue fundado: terreno vecino al claustro de San Honorato que hoy ocupa en parte la plaza del Carrousel. Por concesión regia, el desaparecido edificio multiplicaba en aposentos y utensilios las lises francesas, que también ornaban las ropas de los acogidos. Pero la limosna no deja de ser el principal medio de vida de los ciegos, y en el siglo XVIII una gran parte de los flordelisados pensionistas sigue mendigando. Del Hospicio a la Feria de San Ovidio, que se celebraba desde aquel año en la que es hoy plaza de la Concordia y era entonces la plaza de Luis XV, las andanzas de un grupo de ellos determinaron sin saberlo el destino de un gran hombre y motivan esta historia. La calle se supone a veces en el primer término. En el resto del escenario, elevado mediante un entarimado con uno o dos peldaños, el Hospicio, la casa de Valindin y la barraca de la Feria son sugeridos sobriamente según lo requiere la acción.

(Antes de alzarse el telón se oye rezar a un coro de hombres y mujeres. El telón se levanta sobre una sala del Hospicio: grandes cortinas azules, salpicadas de flores de lis, penden tras los peldaños del entarimado. De cara al proscenio y a la derecha, la PRIORA, en pie e inmóvil. Es una dama de fría mirada, vieja y magra, que parece pensativa. Tras ella, cerca de los peldaños, dos monjas. A la izquierda, el señor VALINDIN, sonriente, observa a la PRIORA. Es un cincuentón recio y de aire resuelto, con los cabellos sin empolverar. Viste negra casaca de terciopelo con botones de plata, botas de media caña con vueltas claras y tricornio negro con fino galón plateado, que sostiene bajo su brazo derecho mientras con la izquierda acaricia el pomo del espadín que ciñe.)

VOCES.—*Pater noster qui est in coelis, sanctificetur nomen tuum, adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra.*

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra sicut et nos dimittimus debitoribus nostris.

Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo. Amen.

VOZ.—Un Avemaría por nuestro muy amado rey y protector Luis XV y por todos los príncipes y princesas de su sangre. Avemaría...

VOCES.—... *Gratia plena, Dominus tecum, benedicta Tu in mulieribus et benedictus fructus ventris tui, Iesus. Sancta María, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mortis nostrae. Amen.*

VOZ.—*Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto.*

VOCES.—*Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in saecula saeculorum. Amen.*

VALINDIN.—¿Y bien, madre?

(*Sin mirarlo, la PRIORA le ordena silencio levantando la mano.*)

VOZ.—*Benedic, Domine, nos et haec tua dona quae de tua largitate sumus sumpturi. Per Christum Dominum nostrum.*

VOCES.—*Amen.*

(*Una pausa.*)

PRIORA.—¿Se han sentado ya?

SOR LUCÍA.—(*Atisba por las cortinas.*) Ahora besan el pan, reverenda madre.

PRIORA.—(*Se vuelve hacia VALINDIN.*) Señor Valindin... Vuestro nombre es Valindin, ¿no?

VALINDIN.—(*Se inclina.*) Luis María Valindin, para servir a vuestra reverencia.

PRIORA.—Señor Valindin, nos habéis visitado a hora muy temprana. Ya veis que nuestros pobres pensionistas aún no se han desayunado.

VALINDIN.—Reverenda madre, confío en que sabréis perdonar mi manera de ser. Cuando discuro algo que creo beneficioso, cuido de no aplazarlo.

PRIORA.—(*Asiente.*) El señor barón de la Tournelle acredita esas palabras. Os describe en su carta como hombre emprendedor y eficaz...

VALINDIN.—No tanto, madre. A mi edad, aún no puedo decir que sea rico.

PRIORA.—Consolaos. Esta casa tampoco lo es y cuenta cinco siglos de edad.

[VALINDIN.—Por eso mismo... Si vuestra reverencia y ellos aprueban la idea, hoy podría quedar todo acordado.

PRIORA.—En esta casa no se puede caminar tan de prisa, señor Valindin.

VALINDIN.—Si me dieseis licencia para hablar con ellos...

PRIORA.—Es preferible que les hable yo antes.] (*Un silencio. Pasea y se detiene.*) ¿Sois músico, señor Valindin?

VALINDIN.—No, madre. Pero dispongo de músicos que van a ayudarme. [Las canciones ya están escritas y compuestas.]

PRIORA.—Vuestra idea es por demás extraña... [Esos seis hombres habrán de ensayar mucho. Y aun así, presumo que vuestro esfuerzo será baldío.] Vos no sabéis lo torpes que son estos pobrecitos.

VALINDIN.—Consienta vuestra reverencia en probar. Aquí mismo podremos ensayar, si lo preferís...

PRIORA.—Ni lo penséis. No conviene que los oigan los demás hermanos y hermanas. El empeño parece demasiado raro para ser sano. Espero que podréis ensayar en otro lugar...

VALINDIN.—En mi propia casa, madre. Resido en el quince de la calle Mazarino. (*Ríe.*) Aunque viajo a menudo, precisaba de mi cuartel general aquí: en Francia nada se logra si no es desde París.

PRIORA.—O desde Versalles.

VALINDIN.—(*Asiente.*) O desde Versalles. (*Suave.*) Así, pues, ¿accede vuestra reverencia?

PRIORA.—(*Se sobresalta.*) Yo no he dicho eso. (*Pasea. Se detiene.*) ¿Canciones profanas?

VALINDIN.—(*Suspira.*) [Vuestra reverencia no ignora lo que es una feria...] Son las que el público prefiere. También son profanas muchas de las [canciones] que ellos tocan y cantan por las esquinas...

PRIORA.—(*Seca.*) [Sí. Y bastante mal, por cierto. Pero] somos pobres, caballero. Francia pasa hambre y el Hospicio también la sufre. Contra nuestros deseos, hemos de tolerar esas licencias. Dios no consiente la ceguera de estos trescientos desdichados para perder sus almas, sino para que ofrezcan oraciones [por las calles, lo mismo que en los velatorios y las iglesias]. Ésta es casa de plegarias y de trabajo: desde que San Luis lo fundó, el Hospicio de los Quince Veintes ha vivido en la eternidad de la oración y de las sencillas faenas que nos dan el pan de nuestro horno o las telas de nuestros telares. Lo que no sea eso, es vanidad: habilidades, para las que tal vez algún ciego pueda mostrarse dotado, mas para las que ningún ciego ha nacido. Ellos han nacido para rezar mañana y tarde, pues es lo único que, en su desgracia, podrán hacer siempre bien. Pero el Hospicio ya no es lo que fue... Los legados, las mandas, cubren mal nuestras necesidades... Y estos pobrecitos han de sustentarse.

VALINDIN.—(*Da unos pasos hacia ella con los ojos húmedos; parece realmente conmovido.*) Palabras muy bellas y muy ciertas, madre... (*Se enjuga una lágrima.*) Perdonad. Peco de sensible... Pero lo que habéis dicho me llega al corazón. Vos sabéis que la idea que he tenido el honor de exponeros posee su cara espiritual, y [os empeño mi palabra de] que no es para mí la menos importante. Si la llevamos a cabo, no sólo me depararéis la alegría de ayudar con mi bolsa al sostén de esta santa casa de Dios, sino el consuelo de esas oraciones que los ciegucecitos rezarán [cada año] por mi alma pecadora...

PRIORA.—(*Que le escuchó con frialdad.*) Vuestra propuesta me hace presumir, sin embargo, que sois partidario de las nuevas ideas.

VALINDIN.—¿Quién no en nuestro tiempo, reverenda madre? ¡Estamos en mil setecientos setenta y uno! [El mundo se ensancha y los hombres abren nuevos caminos de conocimiento y de riqueza.] ¡Ah, pero yo sé medirme! Nunca admi-

tiré por eso los disparates de un Juan Jacobo o de un Voltaire, [y sé lo que debo a las santas verdades de nuestros mayores]. El señor barón de la Tournelle, que me honró siempre con su protección, os lo podrá atestiguar.

PRIORA.—[El señor barón es también uno de nuestros protectores más bondadosos y] su palabra siempre tiene fuerza en esta casa. Pero no me place vuestra idea, caballero.

VALINDIN.—Si pudieseis aplazar vuestra decisión... [No soy hombre de estudios y mi expresión es torpe, mas...]

PRIORA.—Tampoco os he dicho que la rechace. (*Perpleja.*) En conciencia, no sé si puedo hacerlo. (*Disgustada.*) Cuando se nos ofrece algo en bien de estos desheredados estamos obligadas a poner la mano...

VALINDIN.—(*Se acerca un poco más.*) Bien quisiera poderla llenar mejor, madre. Pero insisto en mi oferta, que es a cuanto puedo llegar: cien libras ahora y otras cien al cerrarse la feria. A no ser que preferáis una parte sobre los ingresos...

PRIORA.—(*Lo mira súbitamente con ojos duros.*) [¿Qué estáis diciendo?] Esta casa no negocia. Esas doscientas libras representarán una manda para oraciones. Nada más.

VALINDIN.—(*Se inclina, contrito.*) Oraciones que yo, vuelvo a deciros, solicito y suplico.

(*Un silencio, que cortan las VOCES tras las cortinas.*)

VOZ.—*Deus det nobis suam pacem.*

VOCES.—*Et vitam aeternam. Amen.*

PRIORA.—Antes de hablar con ellos, nada puedo deciros. [No debo decidir contra su voluntad.] Sor Lucía, acompañad al señor Valindin. (*SOR LUCÍA va al primer término izquierdo.*) Volved mañana, caballero. (*Sonríe fríamente y le tiende el rosario.*) Aunque sea a primera hora.

VALINDIN.—(*Lo besa.*) Gracias, reverenda madre. Dios os guarde.

SOR LUCÍA.—Seguidme, caballero.

(VALINDIN *se inclina y sale tras la monja por la izquierda bajo la mirada de la* PRIORA. SOR ANDREA *atisba por las cortinas.*)

SOR ANDREA.—Se están colgando las latas de la limosna, reverenda madre.

PRIORA.—Traed aquí a los seis que citó ese caballero y dejadnos solos.

(SOR ANDREA *se inclina y sale por el centro de las cortinas. La PRIORA pasea, pensativa. Se oyen dos palmadas de SOR ANDREA que la distraen un segundo de su meditación y luego sigue su paseo.*)

SOR ANDREA (*Voz de*).—¡Atención! Manda la madre priora que se presenten los hermanos Elías, Donato, Nazario, David, Lucas y Gilberto... ¡Vengan aquí los hermanos Elías, Donato, Nazario, David, Lucas y Gilberto, de orden de la madre priora!... (*Rumor de garrotes que se acercan.*) ¡Por tercera vez, el hermano Gilberto!... ¡Vamos, presto! La madre priora está esperando.

(SOR ANDREA *reaparece y sostiene la cortina mientras entran los seis ciegos, a alguno de los cuales ayuda a bajar los pedaños.*)

PRIORA.—Adelante, hijos. (*Tiende la mano a LUCAS, que es viejo.*) Cuidado. Ya conocéis el escalón.

(*Van bajando los ciegos. El último es GILBERTO, que sonríe con aire inocente.*)

GILBERTO.—¡Madre priora, buenos días nos dé Dios!

LUCAS, ELÍAS y NAZARIO.—¡Téngalos muy felices nuestra madre!

(*Tocándose unos a otros, se alinean ante la* PRIORA.)

PRIORA.—Gracias, hijos. (*Despide con un ademán a SOR ANDREA, que sale por las cortinas.*) ¿Por qué tardabas tú, pajarillo?

GILBERTO.—(*Ríe.*) ¡No me acordaba de mi nombre!

PRIORA.—¡Cabeza loca! [¡Procura entender tú bien lo que os voy a decir!

GILBERTO.—¡Si yo lo entiendo todo!

PRIORA.—(*Sonríe y le palmea el hombro.*) Claro que sí.] (*A los demás.*) ¿Qué tal sabía hoy la sopa?

NAZARIO.—(*Ríe.*) A poco nos supo.

PRIORA.—(*Grave.*) Cierto que no es abundante. (*Pasea. Los ciegos cuchichean. Se detiene.*) ¿Qué andáis murmurando?

NAZARIO.—Es la primera vez que se lo oímos, madre.

(La PRIORA sonrío sin gana, contesta con un gruñido y sigue paseando. La hilera de los seis ciegos aguarda. Al pronto no es fácil distinguirlos. Sus ojos sin vida, la cortedad de sus movimientos, las ropas seculares, que, si bien diferentes, se parecen entre sí por lo humildes y maltrechas, el cayado que trae cada uno y el rectángulo de tela azul con una flor de lis color de azafrán, emblema de los Quince Veintes que todos llevan cosido al pecho, contribuyen a confundirlos. Vienen todos destocados y, excepto LUCAS, llevan colgada del cuello con una cuerda la caja de hojalata para las limosnas, que descansa sobre el pecho bajo la flor de lis. Una observación más detenida permite advertir lo distintos que son. LUCAS es un viejo de cabellos grises y aire fatigado. DONATO, un muchacho que aún no cuenta diecisiete años, cuyos movimientos y sonrisas quieren ser desenfadados, pero carecen de aplomo y denuncian la inseguridad de la adolescencia. Su rostro no carecería de gracia si no fuese porque lo tiene atrozmente picado por las viruelas que lo dejaron ciego. NAZARIO es maduro y corpulento, de fuertes manos y ancha cara, donde también quedan algunas señales de viruela; cara sonriente y burlona por lo general, de pícaro de ferias. ELÍAS es un ciego flaco, de párpados cerrados sobre la atrofia de sus ojos, que, en cambio, nunca sonrío. GILBERTO ya no es un mozo: acaso tenga cuarenta años. Su fisonomía angulosa y

trabajada posee cierta belleza dolorosa y viril; sus ojos, que bizquean un tanto, parecen a veces mirar. Mas todo ello contrasta con la risa boba, las infantiles inflexiones de la voz, la aniñada inocencia del meningítico. Finalmente, DAVID es un ciego de unos treinta y cinco años, pálido y delgado, cuyas bellas manos varoniles permanecen ahora quietas en contraste con las de sus inmóviles compañeros, que traicionan con sus leves palpaciones sobre las ropas la expectación con que aguardan las palabras de la PRIORA.)

PRIORA.—*(Se detiene ante ellos.)* ¿Y vuestros violines?

ELÍAS.—A la salida los tomamos.

PRIORA.—¿Sigues tú saliendo con el hermano Elías, Gilberto?

GILBERTO.—Sí, madre. Yo canto y él toca.

PRIORA.—¿Quién de vosotros recaudó más ayer?

NAZARIO.—Creo que fui yo. Veintidós sueldos.

PRIORA.—¿Y el que menos?

DAVID.—Yo, madre. Doce sueldos.

PRIORA.—¿Tú otra vez? ¿Cómo así?

DAVID.—Se me pasó el tiempo...

PRIORA.—*(Reprobatoria.)* Sin tocar.

DAVID.—Perdón.

PRIORA.—*(Grave.)* Son tus hermanos quienes te han de perdonar que, pudiendo recoger más que ellos, traigas tan a menudo menos.

ELÍAS.—¡Ahí le duele!

PRIORA.—Bien. Ya veis que no se recauda mucho: poco pueden darles los pobres a los pobres. Pero en septiembre se abrirá la feria de San Ovidio, que este año promete ser bue-

na porque la van a instalar en la plaza más grande de París: en la plaza Luis XV.

NAZARIO.—¡Las ferias son el maná del pobre! En la de San Lorenzo saqué yo hace años un caudal.

ELÍAS.—[Descuidad, madre.] Nunca nos perdemos las ferias.

PRIORA.—Escuchadme bien. Nos ha visitado un tal Valindin, que va a abrir en la feria un café con orquesta. Y quiere presentar algo... que yo ni puedo imaginar, pero que he de deciros: una orquestina de ciegos. Vosotros.

ELÍAS.—(*Da un respingo.*) ¿Nosotros?

PRIORA.—Parece que os viene observando desde hace tiempo. Según dice, os enseñaría diversas canciones, y tú, Gilberto, cantarías la letra. Le he dicho [que sólo podéis aprenderlas de oído,] que no se os puede armonizar y que en nuestra misma capilla no lo pretendemos; pero él dice que cuenta con músicos que os enseñen. ¿Qué decís vosotros? (*Largo silencio.*) ¡Hablad!

ELÍAS.—Que hable el hermano Lucas.

LUCAS.—(*Titubea.*) ¿Se ha referido a mí también ese caballero? Yo no salgo a pedir.

PRIORA.—No sé cómo estaba enterado de que tocabas el violoncello antes de perder la vista y de que aún lo tocas alguna vez en la capilla. Te ha citado porque quiere alguna variedad en los instrumentos. Lucas, tú has tocado en orquestas...

[LUCAS.—(*Melancólico.*) La música se olvida.

PRIORA.—]Dinos [de todos modos] si crees posible lo que pretende el señor Valindin.

LUCAS.—(*Lo piensa.*) No. (*Suspira.*) Sin poder leer las partituras, los ciegos nunca lo harán.

PRIORA.—¿Qué pensáis los demás? (*Los mira uno por uno.*

DAVID, *nervioso, se adelanta, pero no dice nada.*) ¿Qué ibas a decir, David?

[DAVID.—Quisiera saber... lo que piensa vuestra reverencia.

PRIORA.—Ya os lo he dicho. Lo mismo que Lucas.]

DAVID.—Yo creo...

(Calla.)

PRIORA.—Habla.

DAVID.—Vuestra reverencia no ha dicho todo lo que piensa.

(La PRIORA lo mira fijamente. Luego desvía sus ojos y da unos pasos.)

PRIORA.—Lo has adivinado. Pienso que ese señor [no es músico y que no sabe lo que quiere. Que] os despedirá al día siguiente de abrir la feria, si es que no se arrepiente en los ensayos. [Que vuestra misión es orar, no tocar canciones licenciosas...] Pero me pregunto si puedo arrebatáros los beneficios que [ese caballero] ofrece. Él os daría cuarenta sueldos diarios y las comidas. Algo más sabrosas, sin duda, que nuestra pobre olla... *(Calla un momento.)* Además ofrece dejar al Hospicio una manda para oraciones. Si accedéis, vuestros hermanos y hermanas de infortunio alcanzarán también alguna mejora. [Y eso, en cualquier caso: el acuerdo obligaría desde el primer ensayo y mientras le sirváis, aunque prescindiera de vosotros antes de abrir la feria...] Pero confieso que no acierto a aconsejaros. *(Un silencio.)* Y tampoco vosotros sabéis qué pensar, ya lo veo. Bien. Tenéis mi licencia para discutirlo aquí mismo cuanto queráis. Al mediodía me daréis la respuesta. *(Se encamina a la derecha. Antes de salir se vuelve.)* Pero habéis de tener presentes dos cosas: la primera, que si él no os despide, vosotros no podéis volveros atrás; el contrato os obligaría durante toda la feria y, si agradáis al público..., a viajar con él durante un año por las ferias de las provincias.

DONATO.—*(Asustado.)* ¿Viajar con él un año?

PRIORA.—Eso he dicho. Lo cual significa vuestra salida del Hospicio. Ni siquiera podréis llevar al pecho ese emblema que hoy os ampara y que no debe comprometerse en un negocio incierto.

DAVID.—¿Y la segunda cosa?

PRIORA.—(*Grave.*) [Es un ruego.] Si aceptáis, nunca olvidéis que sois hermanos ante Dios, y que como hermanos habréis de seguir comportándoos. Que Dios os ilumine.

(*Sale. Un silencio hondo.*)

GILBERTO.—¿No salimos a pedir?

ELÍAS.—Calla, pajarillo.

NAZARIO.—(*Golpea con su garrote los peldaños.*) Vamos a sentarnos.

(*Lo hace.*)

DONATO.—Sí.

(*Tantea con el cayado y se sienta a su vez. GILBERTO, LUCAS y ELÍAS se sientan. DAVID sigue en pie, sin moverse. Vuelve el silencio.*)

NAZARIO.—¡La vieja zorra! [Ganas me dan de negarme, sólo por fastidiarla.] Deseando está que lo hagamos.

[LUCAS.—Eso no es cierto.

NAZARIO.—¡Déjame reírme!] (*Se burla.*) «¡Nuestra pobre olla, hijos míos! ¡Comeréis y comeremos!» ¡Ja! Ya le cambiaba yo nuestra olla por la suya.

LUCAS.—Eres injusto.

NAZARIO.—¿Te ha sentado ella a su mesa? Ahí es donde van a parar las mandas y los legados.

ELÍAS.—¿Te niegas entonces?

NAZARIO.—Hay que pensarlo. Cierto que llenaríamos la tripa. Y por las ferias de Francia, [hermanos,] un espectáculo como el nuestro atraería como moscas a las mujeres...

(Se relame.)

[DONATO.—*(Ríe excitado y canturrea.)* «Cuando Colasa la rodilla enseña...»

ELÍAS.—¡Calla! Puede oír la priora.

NAZARIO.—¡Déjale al pequeño que respire y se le vayan las murrias! Hermanos], ¿qué hacemos aquí desde hace siglos? ¡Reventar poco a poco!

ELÍAS.—Algunos matrimonian.

NAZARIO.—Con las hermanas del pabellón de mujeres. ¡Otra manera de reventar! A eso nos han condenado los que ven: han hecho el mundo para ellos. ¡Por mí, que los cuelguen a todos!

LUCAS.—¿Y qué sería de nosotros sin ellos?

NAZARIO.—Tú no eres un ciego.

LUCAS.—¿Estás loco?

NAZARIO.—¡Tú has visto hasta los veinticinco años, tú no eres de los nuestros!

LUCAS.—*(Triste.)* Sé mejor que tú que aquí no hacemos sino esperar la muerte.

[NAZARIO.—Pues yo sacaré tajada.]

GILBERTO.—¡Ah, ya entiendo! Yo digo que sí. ¡Yo sé cantar! ¡Será como una comedia!

ELÍAS.—¡Qué sabes tú de comedias!

GILBERTO.—*(Ríe.)* ¡Si no recuerdo otra cosa! Mis padres me vendieron a un ciego y fui con él a las ferias. Yo vi una comedia hermosa... Yo... quiero hacer eso... Yo vi... *(Ríe.)*

Después me dieron las calenturas y no la recuerdo bien. Pero yo vi. ¡Vi!

NAZARIO.—Cierra el pico, chorlito. Comer y folgar es lo que alegra.

ELÍAS.—No somos músicos. Gilberto y yo sacamos algún dinero porque quieren que nos callemos. [¡Aborrezco la música!] Yo nací ciego. Mis padres me mercaron un violín barato y a rascar...

DONATO.—¿No podéis dejar de hablar de los padres?

(DAVID *vuelve la cabeza para escucharlo.*)

NAZARIO.—¿También te la jugaron a ti, mocito? (*Breve pausa.*)

DONATO.—No. Sigue, hermano Elías.

ELÍAS.—Iba a deciros que no tuve maestro. A golpes logré sacar dos canciones en año y medio. Ahora no sé más que quince, y mal. Con dos cuerdas; cuatro son demasiadas para mí. ¡Nunca hubo orquestas de ciegos!

LUCAS.—¡Ni las habrá!

ELÍAS.—(*Inclina la cabeza.*) No servimos para nada.

(DAVID *deniega en silencio, irritado y conmovido.*)

LUCAS.—(*Suspira.*) Para rezar...

NAZARIO.—(*Inclina la cabeza.*) ¡Que los cuelguen a todos!

(DAVID *se retuerce las manos, indeciso. Un silencio.*)

GILBERTO.—(*Que escuchó a todos muy risueño.*) ¡Yo digo que sí!

NAZARIO.—¡Y yo, maldita sea! (GILBERTO *ríe, contento.*) A nadie le importa cómo [encallé aquí, ni cómo] aprendí a darle al arco. Pero he pateado los caminos y sé que el hambre manda. Y yo paso muchas hambres, y no sólo de boca... Peor de lo que ya lo hacemos no lo vamos a hacer. ¡Donato, cuando

atrapes a una moza por tu cuenta olvidarás a tus padres! Cuesta olvidarlos, ya lo sé; pero yo olvidé a los míos. ¡Di que sí, Lucas!

LUCAS.—Si yo no me niego... Para mí ya todo es igual.

NAZARIO.—¡Pues ya somos tres!

ELÍAS.—Cuatro. Al menos, llenaremos la andorga.

DONATO.—(*Levanta la cabeza, intrigado.*) David no ha dicho nada.

NAZARIO.—¡Dirá que sí! ¿Eh, David? (*Silencio.*) ¿Se ha ido?

DAVID.—Estoy aquí.

DONATO.—(*Con ansia.*) ¿Te sumas?

DAVID.—¡Yo sí! Vosotros, no.

ELÍAS.—¿Qué?

DAVID.—¡Habéis creído decir sí, pero habéis dicho no! ¡Aceptáis por la comida, por las mozas! Pero si pensáis en vuestros violines os come el pánico. ¡Tenéis que decir sí a vuestros violines! (*Va de uno a otro, exaltado.*) Ese hombre [no es un iluso;] sabe lo que quiere. [Adivino que haremos buenas migas. Él] ha pensado lo que yo pensaba, lo que llevaba años madurando, sin atreverme a decirlo. Aunque alguno de vosotros ya sabe algo.

DONATO.—(*Conmovido.*) Cierto.

DAVID.—¡Puede hacerse, hermanos! Cada cual aprenderá su parte de oído, y habrá orquesta de ciegos.

[NAZARIO.—Ese hombre no es músico.

DAVID.—¡Cuenta con músicos que también lo creen posible!] Hermanos, hay que poner en esto todo nuestro empeño. ¡Hay que convencer a los que ven de que somos hombres como ellos, no animales enfermos!

ELÍAS.—Y de leer música y libros, ¿qué? Eso es lo que nos hunde.

DAVID.—(*Desasosegado, se obstina.*) Podremos leer.

ELÍAS.—¡Deliras!

(LUCAS *chasquea la lengua con pesar.*)

[NAZARIO.—(*Al tiempo.*) Está loco.

DONATO.—No, no lo está... Quiere decir que nos podrán leer más libros...

DAVID.—Quiero decir que podremos leer nosotros.]

NAZARIO.—(*Ríe.*) Está peor que Gilberto.

DAVID.—¡Reíd! Siempre habré pensado yo lo que no os atrevíais a pensar. Siempre aprenderé yo cosas que vosotros no os atrevéis a saber.

LUCAS.— ¿Qué cosas?

(*Breve pausa.*)

DAVID.—¿No habéis oído hablar de Melania de Salignac?

NAZARIO.— (*Burlón.*) ¿Quién es esa señora?

GILBERTO.— (*Risueño.*) ¡Una hermosa señora!

DAVID.—(*Grave.*) Sí. Yo creo firmemente que es hermosa. Yo creo que es la mujer más hermosa de la Tierra.

ELÍAS.— ¿Y qué?

DAVID.— Esa mujer sabe lenguas, ciencias, música... Lee. ¡Y escribe! ¡Ella, ella sola! No sé cómo lo hace, pero lee... ¡en libros!

ELÍAS.— Bueno, ¿y qué?

DAVID.— ¡Es ciega!

NAZARIO.— ¡Ah! ¡Bah, bah!...

(ELÍAS *ríe.*)

DAVID.—¡Imbéciles, no es una leyenda! ¡Está aquí! ¡En Francia!

ELÍAS.—¿Dónde?

DAVID.—En algún lugar... que ignoro.

[NAZARIO.—¿La conoces?

DAVID.—Acaso un día podemos conocerla.]

ELÍAS.—¿Quién te habló de ella?

DAVID.—(*Cortado.*) Gentes en quienes confío.

[NAZARIO.—(*Ríe.*) ¡Se han reído de ti!

LUCAS.—Nunca oí hablar de ella.

DAVID.—¡Pues existe, necios!]

ELÍAS.—(*Molesto.*) ¿Es con esa gente con la que pasas el tiempo que debías ganar recaudando?

DAVID.—(*Seco.*) No siempre. Ayer lo pasé bajo los balcones de un palacio. Sonaba un cuarteto de cuerda. Fue un concierto muy largo.

NAZARIO.—(*Ríe.*) A lo mejor tocaba Melania.

(*Carcajadas de ELÍAS, que secunda, inocente, GILBERTO.*)

DAVID.—Lo que oí ayer podemos hacerlo nosotros.

ELÍAS.—[Lo crees fácil porque tú tocas bien. Pero] ya has oído a Lucas.

DAVID.—(*Vibrante.*) ¡Estáis muertos y no lo sabéis! ¡Cobardes!

ELÍAS.—¡Oye, oye!...

DAVID.—Elías, tú tocarías en tus cuatro cuerdas si no fueses un cobarde. Es más fácil que tocar en dos. ¡Pero hay que querer! ¡Hay que decirle sí al violín!

DONATO.—(*Se levanta.*) ¡Yo lo digo!

DAVID.—¡Gracias, Donato!

(Tantea y le estrecha la mano, que retiene.)

LUCAS.—*(Amargo.)* ¡Palos de ciego!

DAVID.—*(Febрил, desprende su mano y golpea con el garrote en el suelo.)* ¡Los palos de ciego pueden ser tan certeros como flechas! Me creéis un iluso porque os hablé de Melania. ¡Pero tú sabes, Nazario, que con mi garrote de ciego te he acertado en la nuca cuando he querido, jugando y sin dañarte! ¿Y sabes por qué? ¡Porque se me rieron de mozo, cuando quise defenderme a palos de las burlas de unos truhanes! Me empeñé en que mi garrote llegaría a ser para mí como un ojo. Y lo he logrado. ¡Hermanos, empeñémonos todos en que nuestros violines canten juntos y lo lograremos! ¡Todo es querer! Y si no lo queréis, resignaos como mujerzuelas a esta muerte en vida que nos aplasta.

(Un silencio.)

NAZARIO.—*(Se levanta.)* Bueno... Dile tú mismo a la priora que aceptamos. Salgo a pedir.

(Sube los peldaños.)

DAVID.—*(Conmovido.)* Entonces, ¿sí?

LUCAS.—*(Se levanta.)* Yo voy a mi telar.

DAVID.—Pero ¿dices sí con nosotros?

LUCAS.—Ya lo dije al principio.

(NAZARIO y él salen por las cortinas.)

ELÍAS.—*(Levantándose.)* Vamos a la calle, pajarillo.

(GILBERTO se levanta y lo toma del brazo.)

GILBERTO.—Será una comedia muy hermosa; con disfraces. ¡Elías, mi disfraz será el más hermoso de todos!...

(Salen los dos por las cortinas. Una pausa.)

DAVID.—¡Donato, han dicho sí! Un sí pequeñito, avergonzado, pero lo han dicho. (*Le pone la mano en el hombro y DONATO la estrecha conmovido.*) ¡Lo conseguiremos!

(*Comienza a oírse el allegro del Concerto grosso, en sol menor, de Corelli. Oscuro lento. Cuando vuelve la luz las cortinas se han descorrido y vemos un aposento de la casa del señor VALINDIN. Hay una puerta al fondo, otra en el chaflán izquierdo y otra en el primer término de la derecha. A la derecha, una mesita con un joyero de plata, una labor de calceata, una jarra de vino y copas. Algunas sillas junto a la mesita y las paredes. Es el saloncito de un burgués acomodado. El concierto sigue oyéndose unos instantes. Cuando cesa se abre la puerta del fondo y entra VALINDIN con aire satisfecho.*)

VALINDIN.—¡Adriana! (*Deja sobre la mesita unos cuadernos que traía; husmea, curioso, el joyero; acaricia, complacido, una silla.*) ¡Adriana! (*Se acerca a la puerta de la derecha.*) ¿Dónde te has metido, galga?

ADRIANA (*Voz de*).—¡Me estoy peinando!

VALINDIN.—¿Por qué no te peina Catalina?

ADRIANA.—Prefiero hacerlo yo.

VALINDIN.—¡Dormilona!

(*Se sirve una copa de vino y, tras una ojeada a la puerta de la derecha, se la bebe de un trago. Luego mueve la mesita y da unos golpecitos en una de sus patas.*)

ADRIANA.—(*Entretanto.*) ¿No será que a ti te levantan los gallos?

VALINDIN.—(*Paladeando la copa, vuelve a la puerta.*) Tenía que volver al Hospicio. Han dicho que sí, ¿sabes?

ADRIANA.—Ya lo sé.

[VALINDIN.—¿Lo sabías?

ADRIANA.—]Hace media hora que trajeron de allí un violoncello y unos violines.

VALINDIN.—[¡Vaya! También ellos madrugan.] ¿Dónde los has puesto?

ADRIANA.—En la otra salita.

VALINDIN.—Perfecto. El contrato ya está firmado, ¿eh? Llamé en seguida al escribano.

ADRIANA.—Lo supongo.

VALINDIN.—(*Ríe y pasea.*) Después me he dado una vuelta por la plaza. Ya han designado los sitios de cada barraca, y el nuestro es [bueno. A un extremo, pero] muy bueno; ya verás.

ADRIANA.—¡Ya estás como el año pasado!

VALINDIN.—¡Y tú ya estás rezongando! ¿Cómo estaba yo el año pasado, si puede saberse?

ADRIANA.—Te pasabas los días y las noches en la barraca.

VALINDIN.—(*Deja la copa apurada.*) ¡Era mi barraca!

ADRIANA.—Este año harás lo mismo, ¿no? Te estarás allí hasta la madrugada, en tus juergas solitarias.

VALINDIN.—Naturalmente.

ADRIANA.—Con la botella.

VALINDIN.—¡Si apenas bebo ya! (*Terminando de atusarse, entra ADRIANA. Lleva un bonito vestido mañanero. No es bella, mas sí atractiva: su físico denuncia a la campesina vigorosa, a quien la ciudad no logró afinar del todo. En la mejilla, un lunar negro: la «mosca bribona» de moda. Cumplió ya los treinta años.*) ¡Nombre de Dios! Mi galga se ha puesto guapa. (*VALINDIN va hacia ella para acariciarla. Apunta al lunar con el dedo.*) ¡Si hasta parece una dama de la corte!

ADRIANA.—(*Se zafa.*) Déjame.

VALINDIN.—(*Se separa.*) Mal se levantó el día. (*Junto a la mesa.*) Oye, esta mesita se mueve. (*La menea.*) Le diré al tío Bernier que la encole.

ADRIANA.—(*Seca.*) ¿Van a ensayar aquí?

VALINDIN.—Mañana y tarde. Comerán en el figón de abajo.

(*Mueve la mesita.*)

ADRIANA.—¿También van a dormir aquí?

VALINDIN.—No, mujer. Mientras estemos en París, en el Hospicio.

ADRIANA.—Menos mal.

VALINDIN.—(*Se acerca.*) ¿Qué humos son éstos? No creo que puedas quejarte... A mi lado tienes lo que quieres, y sin trabajar, en vez de cantar y bailar por las ferias.

ADRIANA.—¡Mientes! Seré camarera.

VALINDIN.—(*Ríe.*) Todos tenemos que echar una mano... Serás encargada de camareras.

ADRIANA.—De otra camarera.

VALINDIN.—Sobra con otra. Pero ahora te sirve de doncella. Vives como una gran señora; quéjate.

[ADRIANA.—Me aburro.

VALINDIN.—Toma tu calceta.

ADRIANA.—¡Me aburre!

VALINDIN.—El diablo que te entienda.]

ADRIANA.—Prefería cantar y bailar.

VALINDIN.—(*Violento.*) ¡Preferías rodar! Porque eres una galga caprichosa. ¡Pero entraste a trabajar con Valindin y Valindin pudo contigo! (*Ríe.*) Me costó lo mío, lo admito. ¿Cuántas espantadas me diste?

ADRIANA.—(*Sonríe.*) No me acuerdo.

VALINDIN.—(*A sus espaldas, le oprime los brazos.*) La galga ya no volverá a salir corriendo... Ahora tiene su casa y su barraca...

ADRIANA.—¿Mías?

VALINDIN.—(*Busca algo en su bolsillo.*) ¡Y tan tuyas! ¿Sabes cuál será el nombre del café?

ADRIANA.—¿Cuál?

VALINDIN.—«A la Galga Veloz.» (*Va a ponerle al cuello una cinta de terciopelo con broche de oro.*) Que al fin... se detuvo...

ADRIANA.—¿Qué es esto?

(*La coge y la mira.*)

VALINDIN.—En señal de alegría por la firma del contrato.

ADRIANA.—(*Ablandada.*) Es muy lindo... Gracias.

(*Va a ponérsela.*)

VALINDIN.—Yo te lo pongo.

(*Lo hace y la besa en el cuello.*)

ADRIANA.—¿Ya has bebido?

VALINDIN.—Una copita.

ADRIANA.—(*Coqueta.*) [Ya que eres tan gentil,] ¿por qué no lo piensas mejor y me dejas volver a cantar y bailar en *mi* café?

VALINDIN.—(*Enfurecido.*) ¿Otra vez?

(*Se separa y pasea.*)

ADRIANA.—(*Va hacia él.*) ¡Esa tropa de ciegos va a ser horrible!

VALINDIN.—Ya lo veremos.

ADRIANA.—(*Despechada.*) Eres un asno.

VALINDIN.—(*Ríe.*) ¡Sí, pero de oro! Tiempo de hambre, tiempo de negocios.

ADRIANA.—Y de mujeres.

VALINDIN.—(*Duro, la toma de un brazo.*) ¿Qué pretendes decir con eso? (*Ella lo mira con una punta de temor.*) ¿Que no me quieres? ¡Y qué! [¡Mejor que tú sé yo lo que te conviene!] Ya me lo agradecerás cuando me des un hijo y veas que todo lo mío es para él: para tu hijo.

ADRIANA.—Yo no quiero hijos.

VALINDIN.—Pues yo sí los quiero, ¿entiendes? Ya no soy un mozo, pero aún me quedan años para enseñarte quién es Valindin. Me vas a ver subir como la espuma. [¿Y sabes por qué? Porque sé unir lo útil a lo bueno. Yo tengo buen corazón y soy filántropo. ¡Pero] la filantropía es [también] la fuente de la riqueza, galga! Esos ciegos nos darán dinero. ¡Y yo los redimo, los enseño a vivir! [En el Hospicio se morían poco a poco, y conmigo van a ser aplaudidos, van a ganar su pan...] (*Se emociona.*) ¡Ah! ¡Hacer el bien es bello!... (*Saca un pañuelo y se suena. Ella le mira, desconcertada.*) Ellos me lo agradecerán mejor que tú. Yo seré su protector. Porque, eso sí; siempre hace falta un protector... Yo lo he tenido por fortuna en el señor barón de la Tournelle. ¡Dios le bendiga! Sin él nada habría podido empezar cuando dejé la Marina. Pero él tuvo la bondad de incluirme en las nóminas de la casa real, y gracias a ese empleo pude defenderme los primeros años... (*Ríe.*) Bueno, aún lo cobro, y no viene mal. ¡Dios bendiga a nuestro rey!

ADRIANA.—Nunca me has dicho cuál es tu empleo.

VALINDIN.—(*Ríe y baja la voz.*) Peluquero de un principito que iba a nacer. [Ni siquiera recuerdo su nombre:] el pobre nació muerto.

ADRIANA.—(*Riendo.*) ¿Y le habrías peinado?

VALINDIN.—Claro que sí. En la Marina se aprenden muchas cosas. (*ADRIANA ríe.*) Ríete, pero gracias a eso llevo espada. (*Da un manotazo en el pomo.*) Los peluqueros reales pueden llevarla... [(*Se acerca.*) Nuestro hijo la llevará también, aunque sea de cuna humilde... (*Ella elude su mirada.*) Porque el

dinero valdrá tanto como la cuna cuando sea hombre, ya lo verás. ¡Y tendrá dinero!

ADRIANA.—¿No ha sonado la campanilla?

VALINDIN.—Será Lefranc. Lo he citado a esta hora.

ADRIANA.—(*Se acerca a la puerta.*) Se oyen bastones...

VALINDIN.—Entonces son ellos.

ADRIANA.—(*Disgustada.*) ¿Ya?]

(*Golpecitos en la puerta del fondo.*)

[VALINDIN.—¡Claro!] ¡Adelante!

(*Se abre la puerta y aparece CATALINA, una sirvienta no mal parecida y de aire bobalicón.*)

ADRIANA.—[Entonces te dejo.]

(*Se encamina a la derecha.*)

CATALINA.—Son los ciegos, señor.

VALINDIN.—Hazlos pasar. (*A ADRIANA.*) ¡No te vayas! Has de conocerlos.

(*ADRIANA, contrariada, se sienta junto a la mesita y toma su calceta. CATALINA conduce a NAZARIO, tras el cual, tocándose, entran los restantes ciegos. El emblema de los Quince Veintes ha desaparecido de sus pechos.*)

CATALINA.—Ésta es la puerta... Por aquí.

VALINDIN.—Bien venidos, amigos.

NAZARIO.—¡Dios guarde a los amos de esta casa!

VALINDIN.—Y a vosotros.

ADRIANA.—(*De mala gana.*) Que Él os proteja.

NAZARIO.—¿Es... la señora?

VALINDIN.—Es... Sí. Es mi señora. Retírate, Catalina. (*CATALINA sale y cierra.*) ¿Vinisteis solos?

ELIAS.—Conocemos muy bien París.

VALINDIN.—Bien, amigos míos. Hay que trabajar de firme. ¿Estáis dispuestos?

LOS CIEGOS.—(*Alegres.*) Sí, señor.

VALINDIN.—Habréis de aprender diez canciones. La melodía es sencilla. ¿Quién es el cantor? Al pronto, no os distingo.

(*Pausa.*)

ELÍAS.—(*Da un codazo a GILBERTO.*) Preguntan por ti.

GILBERTO.—¿Por mí?

VALINDIN.—¿Eres tú el que canta?

ELÍAS.—Sí, señor. Es que es... algo inocente.

GILBERTO.—(*Risueño.*) Mi nombre es pajarillo.

(*ADRIANA ahoga una exclamación de desagrado. VALINDIN considera, perplejo, a GILBERTO.*)

VALINDIN.—Pues tú, pajarillo, aprenderás las canciones de oído. ¿Sabrás?

GILBERTO.—¡Huy! No hago otra cosa.

VALINDIN.—¡Hum!... Bueno. Ahora vendrá un violinista que os las irá enseñando. Los demás no tenéis más que seguir la melodía con vuestros instrumentos. [Todos la misma y con el mismo ritmo, ¿eh? Vais a ensayar muchas horas; tomadlo con paciencia.]

DAVID.—¿No hay partes diferentes?

VALINDIN.—(*Risueño.*) Tranquilizaos. Ya sé que no se os puede pedir eso. [La melodía es la misma para todos.] ¿Qué caras son ésas? ¿Sucede algo?

DAVID.—(*Se adelanta.*) Señor Valindin, nosotros... pensamos que sí se nos podría pedir eso. (*VALINDIN le dedica a ADRIANA un gesto de asombro.*) Creemos que... podríamos hacerlo.

(VALINDIN *mira a ADRIANA, que menea la cabeza, disgustada; se toca la frente con un dedo y deniega, despectivo, para indicarle que DAVID no debe de estar en sus cabales.*)

VALINDIN.—Pero... las diversas partes no se han escrito.

DAVID.—Podrían escribirse.

VALINDIN.—Es mucho trabajo y, además, vosotros...

DAVID.—¡Podríamos! Yo mismo, si vos lo permitís, me comprometo a aprenderlas y a enseñarlas a cada uno... Yo..., si queréis... No me asusta el trabajo...

VALINDIN.—Bueno... Hablaréis de todo eso con el violinista. Venid ahora a la salita donde vais a ensayar. Hay un corredor a vuestra derecha. [Yo os conduciré; ya iréis conociendo la casa.] (*Toma de la mano a NAZARIO y lo conduce al chaflán.*) Es por aquí.

(*Los ciegos se buscan entre sí y tantean el camino con la seca musiquilla de sus garrotes.*)

DAVID.—Señor Valindin, escuchadme... No es tan difícil...

(VALINDIN *sale.*)

VALINDIN (*Voz de*).—Sí, sí, luego... Cuidad de no romperme nada con vuestros palos... [Aquí hay una consola...]

(*Los ciegos salen tras él y el ruido de sus cayados se va perdiendo. DAVID, que va a salir el último, se vuelve despacio, bajo el vago recuerdo de que alguien sigue en el aposento. ADRIANA lo mira fijamente y se levanta, dejando su labor.*)

ADRIANA.—¿Os llevo? (*A DAVID se le nubla el rostro y, sin contestar, sale por el chaflán, cuya puerta queda abierta. El ruido de su garrote se pierde también. ADRIANA profiere un irri-tado «¡Oh!» y se pone a pasear, agitada. Golpecitos en el fondo. ADRIANA se detiene.*) ¡Adelante!

(*Entra* JERÓNIMO LEFRANC: *un hombre flaco, de enfermiza palidez y turbia sonrisa. Viste con cierto atildamiento, pero la ropa es vieja. Lleva sin empolvar el cabello y la blancura de sus puños y chorrera es más que dudosa.*)

LEFRANC.—(*Se inclina.*) Felices días, Adriana. Y mis plácemes.

ADRIANA.—(*De mal humor.*) ¿Por qué?

LEFRANC.—Veo que al fin os han ascendido a ama de casa. Para una moza de las ferias no es poca fortuna.

ADRIANA.—(*Sonríe aviesamente.*) ¿Seguís vos rascando el violín, señor Lefranc? ¿Cuándo podré felicitaros por vuestro ascenso a director de la Ópera Cómica?

LEFRANC.—(*Ríe sin gana.*) [¡Cómo, Adriana!] ¿Ya no sabéis admitir las chanzas de un viejo amigo?

ADRIANA.—Chanza por chanza...

LEFRANC.—Adivino que el bueno de Valindin os ha contrariado en algo. ¿Dónde se anda?

ADRIANA.—(*Fría.*) Ahí dentro. Con ellos.

LEFRANC.—¿Llegó ya el número circense? Yo me demoré algo, cierto. Pero aquí le tenemos.

(*VALINDIN entra por el chaflán.*)

VALINDIN.—No me agrada perder mi tiempo, señor Lefranc.

LEFRANC.—(*Burlón.*) Eso creéis vos.

VALINDIN.—Ahí tenéis vuestras canciones. Las letras que faltaban ya están compuestas. (LEFRANC *las coge de la mesita y las hojea.*) ¿Qué repertorio traéis este año a la feria?

LEFRANC.—(*Repasando las canciones.*) ¡Un repertorio excelente, señor Valindin! Y las voces son cosa fina. *El jardinero y su señor, Cenicienta...*

ADRIANA.—Yo cantaba el año pasado en el café el arieta de *Cenicienta*. ¿Te acuerdas?

VALINDIN.—(*Tras una rápida mirada a ADRIANA.*) ¿Y estrenos?

LEFRANC.—(*Lo mira con sorna.*) Estamos ensayando la ópera que el señor Grétry ha tenido la bondad de confiarnos. [¡Será la sensación de la feria!]

VALINDIN.—(*Molesto.*) ¿Del señor Grétry?

LEFRANC.—Sí, señor. (*Suelta sobre la mesita el rimerero de partituras.*) Bastante mejor que estas cancioncitas, que son muy ramplonas.

ADRIANA.—La música es vuestra...

LEFRANC.—Para que me la destrozasen esos desdichados no la iba a escribir mejor.

VALINDIN.—(*Hosco.*) No le temo a vuestro Grétry. Tomad las canciones y vamos a ensayar.

(*Se encamina al chaflán.*)

LEFRANC.—(*Las recoge.*) Suponiendo que se pueda ensayar. Porque [os habéis empeñado en algo... que no puede quedar bien.

VALINDIN.—Salga como salga, recordad que me habéis prometido no decirle nada a vuestro director.]

(*Amortiguado por la distancia, comienza a oírse un violín que toca el adagio del tercer tiempo del concierto de Corelli.*)

[LEFRANC.—¡Por supuesto, señor Valindin! Sois vos quien paga. Pero] esos ciegos no pueden ser peores, los pobrecitos. (*Va a reunirse con él y se detiene, intrigado.*) ¿Qué es eso?

VALINDIN.—(*Lo mira y escucha.*) Ellos.

ADRIANA.—Toca uno solo.

LEFRANC.—¿Os chanceáis?

VALINDIN.—¿Qué decís?

LEFRANC.—(*Seco.*) ¿Os habéis traído a otro violinista? Eso a mí no se me hace.

VALINDIN.—(*Le toma por la muñeca y lo trae al primer término, bajando la voz.*) ¡Trueno de Dios! ¿Me estáis diciendo que ese ciego toca... bien?

LEFRANC.—Ese que toca no es ciego.

ADRIANA.—(*Que se acercó a la puerta a escuchar.*) Sí que toca bien.

(*VALINDIN va a la mesita, se sirve una copa y bebe.*)

LEFRANC.—¡Basta de burlas! ¿Quién es?

(*Golpecitos en el fondo.*)

ADRIANA.—(*Al ver que VALINDIN no se mueve.*) ¡Adelante!

(*Entra CATALINA.*)

CATALINA.—El tío Bernier, señor.

VALINDIN.—(*Sin reparar en ella.*) Me estoy preguntando si los demás lo harán igual.

LEFRANC.—(*Comprendiendo que no le engañan.*) Si es ciego, lo será desde hace poco... y habrá sido músico.

(*VALINDIN da en la mesa un golpe que, extrañamente, parece de contrariedad.*)

VALINDIN.—Vamos allá.

(*Y se encamina rápido al chaflán, seguido del violinista.*)

CATALINA.—(*Carraspea.*) Señor... El tío Bernier...

VALINDIN.—(*Se detiene.*) ¿Eh? ¡Ah, sí! (*A ADRIANA.*) Vuelvo en seguida. Dile tú lo de la mesita.

(*Sale con LEFRANC. CATALINA sale también. Una pausa, durante la que ADRIANA escucha, intrigada, el violín lejano. Entra IRENEO BERNIER. Viste de menestral y aparenta cincuenta años, aunque tal vez cuente menos. Su aire es humilde; el rostro denuncia su origen campesino.*)

BERNIER.—¿Hay licencia, señora Adriana?

ADRIANA.—Pasad, tío Bernier. El señor Valindin viene en seguida. ¿Tenéis noticias de vuestra gente?

BERNIER.—No, señora. A la aldea no vuelvo hasta el invierno.

ADRIANA.—(*Que le atiende mal, pendiente de la música.*) ¿No os escriben?

(*El violín calla. Ella va al chaflán, escucha un momento y cierra la puerta.*)

BERNIER.—Sólo cuando encuentran quien lo haga por ellos... Ellos no saben. Ni falta que hace... Lo que me iban a decir ya lo sé yo.

ADRIANA.—(*Va a su lado.*) ¿Qué iban a deciros?

BERNIER.—Pues..., que a ver lo que puedo llevar... Todo eso.

ADRIANA.—(*Asiente, comprensiva.*) ¿Os ha citado él?

BERNIER.—Quería hablarle yo, señora.

ADRIANA.—Ha dicho que miréis esta mesa. Parece que cojea.

(*BERNIER mira la mesa.*)

BERNIER.—Cosa de poco. Mañana traigo cola.

ADRIANA.—(*Se sienta y reanuda su labor.*) ¿No os sentáis?

BERNIER.—Es lo mismo, señora Adriana... Yo venía... a rogarle al señor Valindin... Si vos quisierais rogarle por mí...

ADRIANA.—¿Qué os pasa?

BERNIER.—Pues...

(*El chaflán se abre y BERNIER calla. LEFRANC entra con mala cara y se detiene en el primer término. Tras él, DAVID, que va rápido a su lado, pero que tantea constantemente a su paso, muebles, quicios, paredes. Entra, finalmente, VALINDIN y se cruza de brazos cerca del chaflán, conteniendo su indignación.*)

LEFRANC.—¡No entiendo nada!

DAVID.—Vos comprendéis que yo sería capaz de hacerlo.

LEFRANC.—¡Os digo que no!

(DAVID *titubea.*)

BERNIER.—(*Aprovecha la pausa.*) Felices días, señor Valindin.

(DAVID *vuelve la cabeza al escucharle.*)

VALINDIN.—Hola, Ireneo. Pronto os atiendo.

(*De pronto, DAVID va hacia la mesita. ADRIANA se levanta al verle llegar; él nota su presencia y se desvía, tanteando el borde. Ante BERNIER vacila y tantea la pared con el garrote.*)

BERNIER.—La mesa tiene buen arreglo, señor Valindin.

(DAVID *se acerca a la puerta.*)

VALINDIN.—(*Ordena silencio a BERNIER con un ademán.*) ¿Se puede saber adónde vas? (DAVID *se detiene.*) ¡Sí, es a ti a quien hablo! ¿Cuál es tu nombre?

DAVID.—David.

VALINDIN.—Pues bien, David: ya ves que tus mismos compañeros se te han enfadado.

DAVID.—Querían enfadarse con vos. Pero a eso no se atreven.

VALINDIN.—¿Te burlas?

DAVID.—No son burlas.

LEFRANC.—Son locuras. Como las de antes.

DAVID.—(*Va hacia él.*) Cualquiera con oído puede seguir a un cantante con la segunda voz. ¿Por qué no va a poder darla un violín? ¡Y más aún un violoncello!

ADRIANA.—Eso es cierto...

VALINDIN.—¿Qué sabes tú?

ADRIANA.—¡He cantado!

VALINDIN.—Cállate.

LEFRANC.—Con los instrumentos no es tan fácil, Adriana. Pero este hombre es el hombre más terco que he visto en mi vida.

(Pasea, alterado.)

VALINDIN.—¡Y sabe de sobra que si él tiene algún oído, los demás son unos rascatripas!

DAVID.—Si somos tan malos, ¿para qué nos queréis?

VALINDIN.—*(Cortado.)* Es que... pese a todo, el espectáculo será admirable. [¡Literalmente, nunca visto! Si os sometéis todos a lo que se os pide no dejaréis de tener mucho mérito. Pero tú sueñas con algo imposible.] Ea, vuelve al ensayo. *(DAVID se encamina de pronto al fondo. Al llegar a la puerta, tantea.)* ¿Dónde vas? *(DAVID no contesta. Está acariciando el picaporte.)* ¡Por ahí se sale a la calle! *(DAVID no se mueve. Sorprendido, VALINDIN se le acerca. Su fisonomía se endurece.)* ¿Es que quieres ir a la calle?

LEFRANC.—Permitid que le hable yo. Quizá logre convencerle al fin de su error...

VALINDIN.—*(Duro.)* Pero delante de los otros. Hemos hecho mal trayéndole aquí. *(Toma a DAVID del brazo.)* Vamos.

DAVID.—*(Se resiste.)* Yo no vuelvo allí.

VALINDIN.—No quieres que te derroten ante ellos, ¿eh? ¡Pues así ha de ser! Vamos. *(Tira de él, en vano.)* ¡Vamos!

ADRIANA.—¡Luis, por Dios!...

DAVID.—¡Yo no vuelvo allí!

(Y da al tiempo un seco golpe con la punta de su garrote sobre el pie de VALINDIN, quien se separa con una exclamación de dolor. DAVID retrocede un paso, alerta. VALINDIN lo mira fijamente.)

ADRIANA.—*(Asustada, corre a detenerlo.)* ¡Luis!

VALINDIN.—Esto ha sido... casual, ¿verdad? ¡Supongo que era en el suelo donde querías golpear!...

ADRIANA.—¿Cómo puedes dudarlo? ¡Está ciego, Luis!

VALINDIN.—Por fortuna para él. (*Se acerca a BERNIER.*) Ya lo veis, Ireneo. Sólo desea uno dar trabajo a la pobre gente que lo ha menester. Y [los hay tan necios que] aún se resisten a tomarlo. ¡Decidle vos a este asno cómo se porta Valindin con la pobre gente! Decídselo vos, Ireneo Bernier, padre de seis hijos, forzado a venir a París desde su aldea todos los otoños para trabajar de calderero y carpintero... Decidle lo que habría sido de vos y de los vuestros sin Valindin...

BERNIER.—(*Carraspea.*) Pues...

VALINDIN.—Claro, amigo mío. (*Pasea.*) Pero no todos quieren comprender la belleza de una sana filantropía.

LEFRANC.—¿Habéis perdido la vista hace poco, David?

DAVID.—A los ocho años.

LEFRANC.—¿A los ocho años? ¿Y quién os ha enseñado el violín?

DAVID.—(*Sonríe.*) El maestro de los hijos de mi señor me enseñó entonces las posiciones. Después me las he arreglado yo.

(VALINDIN *mira a LEFRANC, que hace un gesto de incredulidad.*)

LEFRANC.—Hijo mío, [vos tenéis buen oído, pero nada sabéis de música.] Yo he consumido mi vida estudiando el contrapunto y os aseguro que es una ciencia muy difícil. Para llevar a cabo lo que sugerís habría que escribir dos partes de violín y una de violoncello a cada canción, lo cual sería laborioso... Pero además tendríais que aprenderlas... Y vosotros no podéis leerlas.

DAVID.—Si vos las ejecutáis, nosotros las repetiremos.

LEFRANC.—¿Sí? ¿Y cuánto tiempo creéis necesario con ese método para tocar una sola de las canciones? (*Silencio.*) ¿Un mes?

DAVID.—¡No!

LEFRANC.—¡Sí, amigo mío!

DAVID.—¡Pues aunque sea un mes para una sola canción, nosotros no debemos hacer otra cosa!

VALINDIN.—Olvidas que la feria se abre dentro de once días.

DAVID.—*(Sobresaltado.)* ¿Once días?

VALINDIN.—¡Sí! Y ahora mismo estamos perdiendo un tiempo precioso.

[LEFRANC.—Incluso aprendiendo las canciones a un solo tono, creo que las tocaréis deplorablemente... El señor Valindin sabrá por qué ha querido contrataros, porque yo... (VALINDIN *le está haciendo vehementes gestos de que calle y no le desanime.*) Quiero decir que él es muy decidido y generoso... Que se pueda sacar algo de vosotros sólo a él podía ocurrirsele... Siempre será admirable lo que logréis...

VALINDIN.—Lo será. Y además,] hijo, quiero dignificar vuestro trabajo: que ganéis vuestra vida sin pedir limosna. ¡Ea, es muy tarde y yo aún tengo muchos quehaceres! Llevadlo, Lefranc. *(No pierde de vista a DAVID, que vacila. ADRIANA y BERNIER también le miran. LEFRANC toma a DAVID de un brazo. VALINDIN, paternal:)* ¡Vamos, David!...

(DAVID se desprende y, muy despacio, sale por el chaflán seguido de LEFRANC. VALINDIN corre a la puerta y cierra suavemente. BERNIER carraspea y mira a ADRIANA.)

ADRIANA.—El tío Bernier quería pedirte algo, Luis.

VALINDIN.—*[(Mira con aprensión al chaflán.)* Esperemos que todo vaya bien... En esta ocasión me juego mucho y no voy a tolerar que se vaya al diantre por un lunático. *(Suspira y reacciona.) Va a la mesita mientras habla.)* ¿Cómo va el pavo real, Ireneo? ¿Habéis encontrado buena chapa?

(Se sirve una copa de vino.)

ADRIANA.—*(Le pone la mano en el brazo.)* Luis...

VALINDIN.—*(De mal humor.)* ¡Es sólo una copita, Adriana!

(*Bebe.* ADRIANA *suspira y se sienta, reanudando su labor.*)

BERNIER.—Pues... de eso justamente quería hablaros, señor Valindin... La chapa está ahora muy cara.

[VALINDIN.—(*Seco.*) ¿A qué viene eso?

BERNIER.—]Con la cantidad que me disteis... no alcanza.

VALINDIN.—(*Deja la copa con un golpe brusco.*) Pues la calculamos con arreglo a los precios.

BERNIER.—Los del año pasado, [señor Valindin]. Este año ha subido todo casi al doble, y yo no contaba con eso.

VALINDIN.—(*Pasea, irritado.*) ¡No me vengáis con monsergas, Ireneo! No doy un sueldo más. [Lo tratado es lo tratado:] Vos me construiréis el pavo real, y pronto. Sin el pavo real no hay espectáculo.

BERNIER.—¡De veras que no me alcanza, señor Valindin! Yo... he pensado que podría construirse de madera.

[VALINDIN.—(*Se detiene.*) ¿De madera?

BERNIER.—Podrá pintarse mejor y quedará fuerte.]

VALINDIN.—¿Y no será, tío Bernier, que queréis ahorrar un poquito más para vuestra bolsa?

BERNIER.—(*Sonríe con tristeza.*) A vos no se os puede hacer eso, señor Valindin.

VALINDIN.—¡Cierto que no! Ahora mismo iremos los dos a comprobar toda esa historia de los precios. ¡Si habéis pretendido engañarme lo vais a sentir! (*Va al fondo y abre la puerta.*) Salid.

BERNIER.—(*Suspira.*) Quedad con Dios, señora Adriana.

ADRIANA.—Con Dios, tío Bernier.

(*Sale* BERNIER.)

VALINDIN.—Vuelvo pronto, Adriana.

(Va a salir. ADRIANA se levanta.)

ADRIANA.—Luis...

VALINDIN.—¿Qué?

ADRIANA.—¿No has estado un poco duro?

(Se acerca.)

VALINDIN.—¿Con el tío Bernier?

ADRIANA.—Y con ese pobre ciego también.

VALINDIN.—Soy duro porque soy eficaz. También dices que soy duro para ti. Pero te salvo..., como a ellos. *(Ríe y le da un pellizco en la mejilla.)* Vuelve a tu calceta..., galga.

(Sale por el fondo. Una pausa. ADRIANA se acerca al chaflán y escucha. Luego va, despacio y cavilosa, al centro de la sala, donde se detiene un segundo para mirar con disgusto su labor. Al fin suspira y se encamina rápida a la puerta de la derecha. Cuando va a salir se detiene porque la puerta del chaflán se abre. Entra LEFRANC, seguido de DAVID y de DONATO, que traen sus violines.)

LEFRANC.—Perdón. ¿No está Valindin?

ADRIANA.—Acaba de salir.

LEFRANC.—Es para dejar aquí a estos dos. [A no ser que preferáis que salgan a la calle...

ADRIANA.—A mí no me estorban.

LEFRANC.—]De momento es mejor así, ¿comprendéis? Gracias.

(Y sale por el chaflán, cerrando. ADRIANA se acerca, intrigada.)

ADRIANA.—¿Qué os pasa?

DONATO.—Nos ha echado.

(DAVID se dirige a una silla, se cerciora de que está allí y se sienta, bajando la cabeza.)

ADRIANA.—Justamente iba a deciros que os sentaseis...

DAVID.—No es menester.

ADRIANA.—(*Fría.*) Ya lo veo.

DONATO.—Él se aprende en seguida los muebles, pero yo no...

ADRIANA.—Ven. Dame la mano. (*DONATO se la tiende y ella le conduce hacia la mesita. Se detiene.*) ¡Muchacho! ¡Estás temblando!

(*DAVID levanta la cabeza un momento.*)

DONATO.—(*Turbado.*) No es nada.

ADRIANA.—Siéntate aquí. (*Lo sienta junto a la mesita.*) ¿Sufrés de algún mal?

DONATO.—¡No, no!

(*Deja el violín en el suelo y se toma las manos.*)

ADRIANA.—Os daré una copa de vino. ¡Eso entona! (*Sirve dos copas y le pone una en la mano a DONATO.*) Toma.

DONATO.—Gracias, señora.

(*Bebe, nervioso. ADRIANA se acerca a DAVID con la otra copa.*)

ADRIANA.—Tomad la vuestra.

DAVID.—(*Levanta la cabeza.*) Yo no he dicho que quisiera beber.

ADRIANA.—(*Herida, retira la mano rápidamente.*) ¡Perdón!

DONATO.—Perdonad vos, señora. Después de lo ocurrido no sabemos lo que decimos...

ADRIANA.—(*Mirando a DAVID, se acerca a la mesita y deja la copa.*) ¿Por qué os han echado?

DONATO.—David ha intentado un acompañamiento con el violín y el señor Lefranc se ha puesto furioso.

ADRIANA.—(*Se sienta al otro lado de la mesa.*) ¿Y tú?

DONATO.—Yo... procuraba seguir el violín de David.

ADRIANA.—¿Por qué?

DONATO.—¿No os parece a vos, señora, que lo que él quiere puede hacerse?

DAVID.—¿Por qué le preguntas eso? Ella dirá lo que él. (*Irónico.*) Dijo que erais... su esposa, ¿no?

ADRIANA.—(*Fría.*) No sé lo que dijo.

DAVID.—Ya.

(*Acaricia sobre sus rodillas el violín; pizca una cuerda, que emite su sorda nota.*)

ADRIANA.—(*Va a contestarle; lo piensa mejor y le habla a DONATO.*) ¿De qué estás ciego, muchacho?

DONATO.—(*Baja la cabeza con vergüenza.*) ¿Es que no se ve?

ADRIANA.—(*Suave.*) ¿Las viruelas?

DONATO.—Me dieron de muy niño... No sé lo que es la vista.

ADRIANA.—¿Quién te enseñó a tocar?

DONATO.—Él. (*Ella mira a DAVID.*) Cuando entré en el Hospicio me tomó por su cuenta. Todo lo que sé, lo sé por él. Nuestras camas están juntas, y él me habla de música, y de las cosas del mundo... Es como mi padre.

DAVID.—¿Por qué no te callas?

ADRIANA.—¿Eres huérfano?

DONATO.—(*Después de un momento.*) No lo sé.

ADRIANA.—¿Qué hacéis en el Hospicio?

DONATO.—Hilamos, tejemos, amasamos el pan, pedimos limosna... y rezamos todo el día. Dios lo ha querido así. (*DAVID pizcó sus cuerdas a cada una de las tareas; a la última frase se levanta. ADRIANA no le pierde de vista. Él da media vuelta y con gran seguridad va a la puerta, cuyo picaporte toma sin*

tantear, después de pensarlo un segundo.) ¿Dónde vas, David?

ADRIANA.—(*Se levanta.*) ¿Os vais?

DAVID.—¿Qué puede importaros?

(*Abre la puerta y sale, cerrando.*)

ADRIANA.—Pero..., ¡es insufrible!

DONATO.—Es conmigo con quien se ha enfadado. Él dice que Dios no puede haber querido nuestra ceguera.

ADRIANA.—¿No estará mal de la cabeza?

DONATO.—En el Hospicio hay quien lo piensa.

ADRIANA.—¿Y tú?

DONATO.—¡Yo le creo! Dicen que está loco [porque sabe más que ninguno de nosotros,] porque piensa cosas que nadie se atreve a pensar.

ADRIANA.—(*Vuelve a sentarse lentamente.*) ¿Qué cosas?

DONATO.—Pues... esto mismo de que los ciegos podremos tocar conciertos como los de los videntes...

ADRIANA.—¿Y qué más?

DONATO.—Dice que podremos leer y escribir como ellos.

ADRIANA.—(*Deniega, estupefacta.*) ¿De qué modo?

DONATO.—No sé.

(*De pronto, llega el sonido amortiguado del adagio de Corelli. ADRIANA mira al fondo, perpleja.*)

ADRIANA.—Está tocando...

DONATO.—Es que está triste.

ADRIANA.—¿Crees tú de veras que no está loco?

DONATO.—(*Deniega con calor.*) Él sabe que hay una mujer... ¡Una mujer muy bella, señora! Tan bella como vos...

ADRIANA.—(*Sonríe.*) ¿Qué sabes tú si soy bella?

DONATO.—(*Ingenuo.*) ¿No lo sois?

ADRIANA.—Bueno, no soy fea. ¿Qué me ibas a decir de esa mujer que él conoce?

DONATO.—No la conoce. Pero sabe que vive en Francia, y que está ciega. (*Se inclina hacia ella, misterioso.*) Pues esa dama lee los libros y escribe. Y también lee y escribe música. Y habla muchas lenguas y sabe de números... Su nombre es Melania de Salignac.

ADRIANA.—(*Incrédula.*) ¿Y está ciega?

DONATO.—Como nosotros... ¿Me guardaréis un secreto?

ADRIANA.—Cierto que sí.

DONATO.—A vos os lo puedo confiar, porque vos sois buena... ¡Vos sois muy buena! (*Baja la voz.*) Yo sé que cuando él toca esa música... piensa en ella.

ADRIANA.—(*Irónica.*) ¿La ama sin conocerla?

DONATO.—Sueña con encontrarla.

ADRIANA.—Pero vosotros... ¿amáis? (*A DONATO se le nubla el rostro.*) Perdóname, soy tonta. ¿Por qué no ibais a amar? Es que no sé nada de vosotros.

DONATO.—Nadie sabe nada.

ADRIANA.—(*Tiende el brazo sobre la mesa y toma su mano.*) ¿Me perdonas?

(DONATO *se estremece. Impulsivo, toma con sus dos manos la de ella.*)

DONATO.—Señora, vos sois... ¡la mujer más buena que yo he conocido! ¡La más buena!...

(*Le besa la mano y, sin soltársela, solloza.*)

ADRIANA.—(*Desconcertada.*) ¡Pero, cálmate!... ¡Muchacho!... ¡Cálmate!...

(La puerta del chaflán se abre. DONATO retira aprisa sus manos y procura esconder su rostro. Entra LEFRANC.)

LEFRANC.—Perdonad, Adriana. Esto es más duro de lo que yo creía.

ADRIANA.—*(Se levanta.)* Luis no ha vuelto aún...

LEFRANC.—Mejor así. Ahora dicen los otros que sin estos dos no ensayan... Pero... ¿a qué se ha puesto a tocar el otro ahí fuera?

ADRIANA.—*(Fría.)* Al parecer le agrada tocar.

LEFRANC.—Ya, ya lo veo. Mocito, vamos al ensayo.

DONATO.—Sí, señor.

(Recoge su violín.)

ADRIANA.—Espera, yo te ayudo.

DONATO.—Gracias, señora. No es menester.

(Se levanta y da unos pasos torpes. ADRIANA lo toma de la mano.)

ADRIANA.—Ven. Es por aquí. *(Le conduce.)* ¿Otra vez tiemblos? DONATO.—No es nada...

(LEFRANC va a la puerta del fondo.)

ADRIANA.—Conducidle vos, Lefranc. Yo intentaré llevar al otro. Está reacio y quizá vos no sepáis convencerle.

LEFRANC.—En vos confío. *(Toma a DONATO del brazo.)* Vamos, muchacho.

(Sale con él por el chaflán. ADRIANA corre a cerrar la puerta y va después a la del fondo. La abre sin ruido y mira afuera. El violín se oye más fuerte. ADRIANA sale. Momentos después calla el violín.)

DAVID *(Voz de)*.—¿Quién es?

ADRIANA (*Voz de*).—El señor Lefranc os ruega que le perdonéis y que volváis al ensayo.

[DAVID.—(*Sardónico.*) ¡Qué gentil!

ADRIANA.—¿Os conduzco?]

DAVID.—¿Por qué no viene él a pedírmelo?

ADRIANA.—Le daba reparo confesaros... que vuestros compañeros se han negado a trabajar si no volváis.

(*Un silencio.*)

DAVID.—Vamos.

ADRIANA.—Tomad mi brazo.

DAVID.—No es menester. (*ADRIANA entra y se recuesta en el borde de la mesa. DAVID entra y mueve la cabeza de un lado a otro.*) ¿Y Donato?

ADRIANA.—¿El muchacho? Ha vuelto ya al ensayo.

(*DAVID da unos pasos hacia la izquierda.*)

ADRIANA.—(*Le mira, absorta.*) Parece muy desgraciado ese niño.

DAVID.—(*Se detiene.*) Todos somos ciegos.

(*Sigue su camino.*)

ADRIANA.—(*Para detenerle.*) Pero él no sabe tocar tan bien como vos. Quizá no puede consolarse con ninguna música preferida, como esa que tocabais ahí fuera...

DAVID.—(*Que se detuvo.*) ¿Quién os ha dicho que esa música sea para mí un consuelo?

ADRIANA.—Me lo pareció... Yo he cantado y tengo también mi canción de los malos momentos... (*Un silencio. DAVID se vuelve hacia el chaflán y comienza a andar. Presa de extraña ansiedad, ADRIANA da unos pasos hacia él.*) ¿Puedo ayudaros en algo?

DAVID.—(*Se detiene.*) Sí.

ADRIANA.—(*Se acerca más, anhelante.*) ¿Cómo?

DAVID.—¡Callando!

(*Va a salir.*)

ADRIANA.—(*Retrocede, humillada.*) [¿Sólo habláis para mofaros?] ¿Respondéis siempre así cuando se os brinda ayuda y afecto?

DAVID.—(*Se vuelve airado y avanza.*) ¡Basta de farsa! Tú eres la amante de Valindin y quieres que su negocio le salga bien. ¡No presumas de generosidad!

ADRIANA.—(*Sublevada.*) ¿Qué modos son éstos?...

DAVID.—¡Los que él tiene con nosotros! (*Avanza más y ella retrocede.*) ¿Qué vas a sacar tú de esto? ¿Un vestido a la góndola? ¿Tal vez una joya?

ADRIANA.—(*Se acaricia instintivamente el broche que VALINDIN le puso al cuello.*) ¡Sois un bribón!

DAVID.—¡A mí no me engañas! ¡Y guárdate de engañar a ese pobre niño! A él no me lo engatuses. Lo destrozaría, y yo... no te lo perdonaría.

ADRIANA.—(*Roja, tartamudea.*) ¿Cómo os atrevéis a pensar que yo...?

DAVID.—¿Qué se puede esperar de una mujer como tú?

ADRIANA.—(*Grita.*) ¿De quién entonces? ¿De alguna bachillera ridícula? ¿De alguna damisela soñada?

(*Pausa.*)

DAVID.—(*Rígido.*) ¿Por qué dices eso?

ADRIANA.—(*Ríe.*) ¡Guardaos vos de presumir! ¿Qué sabéis vos de mujeres de carne y hueso?

DAVID.—(*Frío.*) Sé a lo que saben y sé que saben bien. No les pido más.

ADRIANA.—(*Vibrante.*) Las pagas y te vas, ¿eh? ¡Un cerdo, como todos!

DAVID.—¡Eso tú lo sabrás!

ADRIANA.—¡Sí que lo sé! ¡Los hombres pagáis porque no os atrevéis a pedir más! (*Ríe con desprecio.*) ¡Te deseo que encuentres pronto una mujer a quien no tengas que comprar! (*Él se vuelve nuevamente hacia el chafalán.*) ¡Pero de carne y hueso! (*Él atiende y reanuda su marcha. Ella da unos pasos hacia él y le habla con repentina suavidad.*) A pesar de todo... ¿Queréis mi brazo? Podríais tropezar.

DAVID.—(*Sonríe.*) Conozco el camino mejor que tú. Puedo andarlo sin luz.

(Llega a la puerta, la abre sin titubeo y sale, cerrando. Turbada, ADRIANA llega a ella y toma el picaporte con intención de abrir, mas no se decide. VALINDIN entra por el fondo sin ruido. La observa sonriente y al fin choca dos llaves iguales que trae en la mano. ADRIANA se vuelve con un respingo. VALINDIN ríe.)

VALINDIN.—¿Qué hacías?

ADRIANA.—Me has asustado.

VALINDIN.—¿Tanto? Estás demudada.

ADRIANA.—¿Sí? No creo... ¿Qué llaves son ésas?

VALINDIN.—Las del café. Acabo de comprar la cerradura, que es excelente, y ya la llevé al carpintero. Pero las llaves me las traje. Toma. Una es para ti.

ADRIANA.—(*La toma.*) ¿Para mí?

VALINDIN.—Guárdala tú en casa. Por si se me pierde la otra, que no se me perderá.

ADRIANA.—¿Dónde la guardo?

VALINDIN.—Donde tú quieras, siempre que me lo digas.

ADRIANA.—(*Pensando en otra cosa va a la mesita.*) ¿Aquí?

(*Abre el joyero.*)

VALINDIN.—No es mal sitio. Ningún ladrón lo relacionaría con la barraca. Claro que aquí nadie va a robar. (*ADRIANA mete la llave y cierra el joyero. VALINDIN se sienta, con un suspiro de cansancio.*) [Hay buenas noticias, ¿sabes? Me las ha dado el carpintero. Él les armaba también su barraca a los enanos, y este año no vienen. Sin ellos, la feria es nuestra.]

ADRIANA.—¿Temías a los enanos más que a la Ópera Cómica?

VALINDIN.—Por supuesto.] ¿Y los ciegos?

ADRIANA.—Ensayan.

VALINDIN.—(*Se frota las manos.*) ¿Como unos corderitos?

ADRIANA.—No del todo... Ha habido un incidente.

VALINDIN.—¡No me digas que ese lunático se ha rebelado otra vez!

ADRIANA.—Empezó a tocar a su manera y el muchacho le siguió. Lefranc tuvo que echarlos.

VALINDIN.—(*Se levanta.*) ¡Se van a acordar de mí toda la vida! ¿Dónde han ido?

ADRIANA.—Cálmate... Han vuelto al ensayo.

(*VALINDIN gruñe y pasea, hosco. ADRIANA se sienta sin perderle de vista.*)

VALINDIN.—No puedo estar a expensas de que un imbécil cualquiera comprometa la empresa. [Me juego demasiado en ella.] (*Se detiene y la mira.*) Nos jugamos mucho en ella, Adriana. Has de ayudarme.

ADRIANA.—(*Asombrada.*) ¿Yo?

VALINDIN.—(*Sonríe.*) Tú sabes encandilar a los hombres...

ADRIANA.—(*Brusca.*) ¿Qué pretendes?

VALINDIN.—Poca cosa. Que te los ganes. (*Se acerca y se apoya en la silla, aproximando su cara a la de ella.*) Engatusa

sobre todo al pequeño. Es el benjamín y los demás le quieren bien. Para ti eso es un juego. Y más con estos pobres diablos, que apenas tratarán con mujeres.

ADRIANA.—(*Ríe.*) ¿Será posible?... ¿Me estás proponiendo tú... ¡tú!, que engatuse al pequeño?

(*Ríe a carcajadas.*)

VALINDIN.—(*Ríe.*) ¡Sin llegar a nada serio! Sólo un poco de picardía, y si hay peligro, la galga huye... a mis brazos.

(*Le acaricia una oreja.*)

ADRIANA.—(*Riendo incontinentemente, se zafa de la caricia y se levanta para pasear.*) Y tú me pagarás con una linda joya, ¿eh? O quizá con un traje a la góndola.

VALINDIN.—(*Ríe.*) [¡Hola! ¡Qué interesada!] Tendrás tu joya. Ése es el lenguaje de la verdad y no me desagrade.

ADRIANA.—(*Entre risas, cuyo leve desgarró no capta VALINDIN.*) ¡Pobres ciegos!

VALINDIN.—Justo. ¡Y Valindin los sacará de su pobreza aunque sea a la fuerza!

ADRIANA.—(*Dejando poco a poco de reír y secándose una lágrima de hilaridad.*) ¡O aunque sea engatusándolos! (*Risueña.*) ¿De qué va a ser, al fin, el pavo real?

VALINDIN.—(*De mala gana.*) De madera. El terco de Bernier tenía razón.

ADRIANA.—Oye, ¿les has hablado a los ciegos de los disfraces?

[VALINDIN.—¿A qué viene eso?

ADRIANA.—(*Ríe.*) No les habrás dicho nada, ¿verdad?]

VALINDIN.—¿Para qué? [Ya los verán en el ensayo del café, el último día. Mejor dicho, ya los tocarán.] (*La mira, suspicaz. Ella se tapa la cara con las manos y suelta una risita.*) Ya hemos reído bastante, galga. Ahora hay que ganar la partida.

(ADRIANA *descubre su rostro.*)

ADRIANA.—(*Muy seria.*) Para nuestro hijo.

VALINDIN.—Justo. Para ese hijo que te resistes a darme.

ADRIANA.—¡Echa dos copas, Luis! ¡Quiero brindar contigo!

VALINDIN.—(*Alegre.*) ¡Bravo! (*Va a la mesita. Mientras llena.*)
Hasta San Ovidio quedan once días. Aprovechalos bien con ellos.

(*Le ofrece una copa.*)

ADRIANA.—(*Con extraña entonación.*) ¡Pues por los once días!

VALINDIN.—(*Mirándola fijo.*) ¡Y por Valindin!

ADRIANA.—(*Riendo.*) ¡Y por los ciegos!

VALINDIN.—(*Riendo.*) ¡Y por mi galga!

(*Beben entre risas.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Momentos después de caer el telón del primer acto vuelve a alzarse sobre el escenario oscuro. La luz entra despacio hasta iluminar vivamente el primer término. Dos cortinas negras penden ahora tras los peldaños.

(ELÍAS y GILBERTO, sentados en los peldaños, aguardan. A poco se oyen garrotes; los dos ciegos levantan la cabeza. Emparejados, entran por la izquierda NAZARIO y LUCAS.)

ELÍAS.—Estamos aquí, hermanos.

NAZARIO.—¿Todos?

ELÍAS.—Gilberto y yo. *(Tanteando los peldaños con sus garrotes, NAZARIO y LUCAS se sientan a su vez. Una pausa.)* ¿Estáis tranquilos?

NAZARIO.—¿Y tú?

ELÍAS.—Yo tengo miedo.

NAZARIO.—¡A mí poco me importa! En oliendo a mujer...

ELÍAS.—Pero de oler no pasas.

NAZARIO.—Ya hablaremos cuando se abra la feria. Catalina no me peta; es sosa. Y a Adriana no hay quien le hingue el diente. *(Ríe, misterioso.)* Como no sea el pequeño, que bien que lo mimas. ¡Los caprichos de las hembras! Las hay que gustan de niños más que de hombres.

ELÍAS.—Pero es buena mujer.

NAZARIO.—Todas son buenas para lo que yo me sé.

(Pausa.)

ELÍAS.—¿Cuántos días hemos ensayado al fin?

NAZARIO.—Ya serán nueve.

LUCAS.—No. Diez.

ELÍAS.—Diez. Y con el ensayo que hagamos hoy en la barraca, once. Poco es.

LUCAS.—Muy poco.

ELÍAS.—¿Qué tal lo hacemos, Lucas? Tú sabes...

LUCAS.—Yo ya no entiendo.

(Pausa.)

GILBERTO.—¿Y por qué abren hoy la feria de San Ovidio?

NAZARIO.—¡Porque hoy es San Ovidio, chorlito!

GILBERTO.—¿Y qué?

NAZARIO.—¡Que te aspen!

ELÍAS.—Ya vienen los otros.

LUCAS.—Sólo es un garrote.

ELÍAS.—Pero dos personas.

NAZARIO.—Entonces, la señora Adriana y Donato. ¡Con su pan se la coma!

(Se acerca un garrote. Entran por la derecha ADRIANA, de calle, y DONATO, de su brazo. ADRIANA trae mala cara.)

ADRIANA.—Ya estamos aquí.

(Los ciegos vuelven la cabeza hacia ella.)

DONATO.—¿Están los demás?

ADRIANA.—Sí. Siéntate, Donato.

(Lo conduce. DONATO se sienta.)

DONATO.—¿Vos no?

ADRIANA.—También.

(Va hacia la izquierda para mirar, intranquila.)

GILBERTO.—¡A mi lado, señora Adriana!

NAZARIO.—¡Calla, chorlito! Aquí a mi lado, señora.

DONATO.—*(Se levanta.)* Pero ¿por qué nos sentamos?

NAZARIO.—¿Ya te picó el tábano?

DONATO.—Lo digo porque si estamos ya todos...

ADRIANA.—Falta uno.

GILBERTO.—A mi lado, señora Adriana. Contadnos un cuento.

ADRIANA.—Me sentaré en medio.

(Lo hace.)

DONATO.—¿Quién falta?

ADRIANA.—David.

(DONATO se vuelve a sentar.)

LUCAS.—Hoy no comió en el figón.

(ADRIANA atiende con gran interés.)

ELÍAS.—Tampoco quería que llevarsen su violín a la barraca con los nuestros.

NAZARIO.—Ah, ¿no?

ELÍAS.—Yo estaba presente. El señor Valindin llegó a enfadarse. Le ha dicho que mientras trabajemos para él ha de evitar que a alguno se le antoje tocar por las calles.

LUCAS.—Y tiene razón.

NAZARIO.—¿Y por qué no ha venido a comer?

GILBERTO.—*(En su mundo.)* Señora Adriana...

(Mas ella no le atiende, pendiente de lo que hablan.)

NAZARIO.—¿Lo sabes tú, Donato?

DONATO.—Yo no sé... A veces se va solo, o con amigos que yo no conozco... O con alguna mujer.

ELÍAS.—[Pero vendrá. ¿Eh, Donato?] ¡No irá a fastidiarnos ahora!

(En el rostro de ADRIANA se dibuja una ardiente esperanza.)

NAZARIO.—¡Si no viene, lo reviento! Con lo que hemos sudado estos días...

DONATO.—[¿Qué estáis hablando?] ¿No accedió a ensayar como decía el señor Lefranc? Pues vendrá.

(El rostro de ADRIANA se nubla.)

ELÍAS.—¡Hum!... Tú siempre lo defiendes.

(Un silencio. ADRIANA mira a ambos lados con temor.)

GILBERTO.—Señora Adriana... ¿Por qué nos midieron la cabeza y el cuerpo?

ADRIANA.—Para los vestidos.

GILBERTO.—*(Alegre.)* ¿Serán lindos?

ADRIANA.—*(Turbada.)* Sí.

GILBERTO.—¡Pero el mío será el más lindo de todos!

ADRIANA.—Sí.

DONATO.—¿Qué tal efecto hacemos en la tribuna, señora Adriana?

ADRIANA.—*(Que sufre.)* Bueno.

ELÍAS.—Con las ropas será mejor.

DONATO.—¿Subimos y bajamos bien? ¿No vacila nadie?

ADRIANA.—Nadie.

GILBERTO.—Yo me encaramo a mi pájaro como si fuese el catre del Hospicio. Señora Adriana, ¿verdad que han hecho el pájaro porque yo soy el pajarillo? Éstos no quieren crearlo...

ADRIANA.—Quizá sea como tú dices.

NAZARIO.—Pero ¿cómo diablos es ese pájaro?

GILBERTO.—¡Ya te lo he dicho! Un pájaro de gran cola para subir al cielo.

NAZARIO.—¡Que te aspen!

ELÍAS.—Señora Adriana, no nos engañéis. ¿Qué tal lo hacemos?

ADRIANA.—*(Con los ojos húmedos.)* Muy bien...

DONATO.—*(Con ansia.)* ¿Le agradaremos al público?

ELÍAS.—¿Nos admirarán?

ADRIANA.—Sí, hijos.

(Esconde el rostro entre las manos.)

DONATO.—Si pudiera ser...

ELÍAS.—Lo será.

NAZARIO.—¡Lo será, diablos!

GILBERTO.—Y entonces la señora Adriana nos contará los más lindos cuentos. A mí me ha contado cuentos muy lindos...

NAZARIO.—*(Inquieto, aguza el oído entretanto.)* David tarda...
(Ella levanta la cabeza y lo mira. Luego mira a ambos lados.)

GILBERTO.—Muy lindos.

ELÍAS.—¡Calla, pajarillo!

GILBERTO.—¡No quiero! ¡Un cuento, señora Adriana, un cuento!

ADRIANA.—Ahora no puede ser.

GILBERTO.—*(Lloriquea.)* ¡Sí que puede ser, sí que puede ser!

NAZARIO.—*(Da un golpe con su garrote.)* ¡Ea, contadle su cuento! A todos nos vendrá bien.

ADRIANA.—(*Pone su mano en el hombro de ELÍAS.*) ¿Estáis inquietos?

ELÍAS.—Algo.

ADRIANA.—Bueno... Si lo queréis, os lo contaré...

(*Con una exclamación de alegría, GILBERTO bate palmas.*)

NAZARIO.—¡Que sea muy lindo!

ELÍAS.—Calla.

GILBERTO.—¡Chist!... ¡Callad!

(*Se pone el dedo en los labios. Un silencio. ADRIANA los mira dolorosamente.*)

ADRIANA.—Había una vez una aldeana muy pobre que quería y no quería...

GILBERTO.—¡Muy pobre y muy linda!

DONATO.—¡Calla tú ahora!

ADRIANA.—Es cierto. Me olvidaba. Había una vez una aldeana muy pobre y muy linda que quería y no quería. Querer y no querer es buena cosa si se sabe acertar. Pero la aldeanita no sabía. ¿Sabéis lo que quería?

GILBERTO.—¿Qué quería? (*Se acerca un garrote. ADRIANA se yergue y mira hacia la derecha, demudada.*) ¿Qué quería, señora Adriana? ¿Qué quería?

(*ADRIANA se levanta.*)

DONATO.—¡Ya viene David!

(*DAVID entra por la derecha. ADRIANA lo ve llegar con profunda decepción e inclina la cabeza.*)

NAZARIO.—Aquí estamos, David. Mucho has tardado.

DAVID.—He paseado.

GILBERTO.—¡Acabad el cuento, señora Adriana!

ADRIANA.—Hay que ir a la feria.

GILBERTO.—¡Acabad! Era un cuento muy lindo, David. Había una vez una aldeanita sin dinero que quería... (*Vacila.*) venir a París... ¿Es así, señora Adriana?

ADRIANA.—Otro día.

DAVID.—Yo sé cómo sigue. Vino a París con la gente de las ferias y al rey le pareció tan linda, tan linda, que la hizo condesa. La llamaban la Du Barry.

(*ADRIANA lo mira, descompuesta. La ruidosa carcajada de NAZARIO rompe el silencio.*)

NAZARIO.—¡Este David!... (*Se levanta.*)

ELÍAS.—(*Se levanta, dando un golpecito a GILBERTO.*) Vamos a la barraca.

LUCAS.—Id vos delante con Donato, señora Adriana.

(*Los ciegos se levantan. ADRIANA se acerca a DONATO y le toma del brazo. Lo conduce.*)

DONATO.—(*Se detiene.*) ¿Vienes, David?

DAVID.—Puedo ir solo.

DONATO.—¿Dónde has estado, David?

(*Los ciegos, que iniciaban la marcha, se detienen para escuchar.*)

DAVID.—He ido a preguntarle a un amigo estudiante... el significado de algunos pájaros.

ADRIANA.—Vamos.

(*Tira de DONATO y sale por la izquierda. Los ciegos salen tras ellos. DAVID sale el último. Las cortinas negras se descorren al tiempo y nos muestran el interior de la barraca, donde crece la luz. En el primer término de su lateral izquierdo y junto a los peldaños, una tosca mesa de madera rodeada de cuatro sillas. En el derecho, dos livianas mesitas de patas curvadas y taraceadas, con dos sillas cada una. Otras mesas se pierden por los laterales. Del techo pende una araña de*

cobre con las velas apagadas. En el centro y al fondo muéstrase la tribuna de madera que ha de ocupar la orquestina. Tiene cerca de dos metros de altura y unos tres de ancho en total. En su extremo derecho, la breve plataforma donde se entronizará el cantor es más elevada y pasa de los dos metros de altura. La plataforma se encuentra separada del resto de la tribuna por una escalerilla frontal de acceso que penetra en el cuerpo de ésta y desde cuyo extremo superior se baja hacia la izquierda, mediante escalones invisibles, a los asientos de los ejecutantes; y, hacia la derecha, se sube por un par de escalones al trono del cantor. Los puestos de los ejecutantes se disponen en dos niveles: en el primero y más bajo se situarán dos violinistas a los que, de pie, les oculta las piernas el frente de la tribuna, y al sentarse, lo hacen sobre el segundo nivel, que es el mismo en que termina la escalerilla de acceso. Detrás de los dos primeros violinistas y sobre ese segundo nivel, se sitúan los otros dos violines y el violoncello, que pueden a su vez sentarse sobre un banco corrido allí adosado. Sobre el borde de la tribuna asoman dos atriles con partituras abiertas; junto a cada uno de ellos hay una palmatoria. Los violines descansan ahora sobre los asientos; el violoncello está apoyado contra la plataforma del cantor. Ésta es larga de fondo y estrecha de frente. El trono que sostiene es la nota más llamativa del conjunto: consiste en un tosco pavo real de pintada madera con la cola desplegada, cuyo triple abanico de plumas verdes y ojos innumerables dibuja un enorme óvalo de más de metro y medio de alto, que es, a su modo, el respaldo del trono. Sobre los lomos del estilizado pavo real, a cuyo cuello se fijó asimismo un atril, se sentará el cantor. La tribuna está pintada de claros colores, con presuntuosos filetes de purpurina. VALINDIN, impaciente, se pasea en chupa y mira su reloj; junto a las mesitas de la derecha corrige la posición de una silla.)

VALINDIN.—¡Catalina! ¿Y esa copa?

CATALINA (Voz de).—Ya va, señor.

(Aparece presurosa por el lateral derecho trayendo una bandeja con botella y copa.)

VALINDIN.—*(Por la izquierda.)* Ponla en esa mesa.

CATALINA.—Sí, señor.

VALINDIN.—Con calma, ¿eh? Sin romper nada.

CATALINA.—*(Le tiemblan las manos.)* ¡No me lo digáis, señor! ¡Es peor!

(Deposita la bandeja.)

VALINDIN.—Bueno... [Ya verás lo bien que lo haces.] Vamos al último ensayito y te envío a un recado. Empieza.

CATALINA.—¿Ya?

VALINDIN.—¡Claro!

CATALINA.—*(Se dirige a un cliente imaginario.)* ¿El señor desea nuestro café aromático? [Es el mejor de París, caballero.] Nos lo traen directamente de las Indias... ¿Prefiere el señor una copa de Borgoña?

VALINDIN.—Una botella.

CATALINA.—Sí. ¿El señor prefiere una botella de Borgoña?

(Le mira.)

VALINDIN.—Sirve la copa.

CATALINA.—*(Mientras llena la copa.)* Vuestro Borgoña, caballero. Es un Borgoña delicioso; nuestro proveedor es el que sirve al señor duque...

VALINDIN.—¡A su excelencia!

CATALINA.—A su excelencia el señor duque de Richelieu...

VALINDIN.—Perfecto. [Conmigo prosperarás, yo te lo fío.] Si te piden otro vino es lo mismo, ya sabes: nuestro proveedor es el de su excelencia.

(Toma la copa y bebe.)

CATALINA.—Sí, señor.

VALINDIN.—Ahora escucha. Vas a ir al palacio del señor barón de la Tournelle...

CATALINA.—Ya fui esta mañana. Está en Versalles.

VALINDIN.—¡Por si ha vuelto! Le dices a quien te abra que el señor Valindin solicita respetuosamente del señor barón respuesta a su billete de esta mañana. Que si el señor barón se decidiese a concederme el honor de su presencia, cuidaré de no abrir el café hasta su llegada. ¿Lo has entendido?

CATALINA.—Sí, señor. ¿Lo ensayo también?

VALINDIN.—¡Ya te estás perdiendo de vista! (CATALINA *va a recoger la bandeja.*) Y deja eso ahí. (CATALINA *corre a recoger su manteleta tras la tribuna.* VALINDIN *apura la copa y vuelve a mirar su reloj.*) ¡Y Adriana sin traer a esos bribones!

(CATALINA *corre al lateral izquierdo para salir.*)

CATALINA.—Aquí llegan, señor.

(*Sale.* VALINDIN *va al lateral.*)

VALINDIN.—¡Ya era hora! (*Vuelve al centro, seguido de ADRIANA y los seis ciegos.*) ¿Por qué tan tarde?

DAVID.—Porque...

ADRIANA.—(*Le interrumpe.*) Porque... me retrasé yo.

(DAVID *tuerce el gesto.*)

VALINDIN.—¡Pues no es día de retrasos! Pero no quiero reñir a nadie; no hay tiempo. ¡Atended bien todos! (*Los ciegos se le enfrentan en hilera.* ADRIANA *va al lateral derecho para dejar su manteleta y vuelve a poco.*) Ya conocéis el café. Todo está igual que cuando vinisteis a aprenderos la tribuna donde vais a tocar, salvo que hoy se han puesto las mesas y las sillas, que llegan por vuestra derecha hasta la puerta y por vuestra izquierda hasta la bodega y la cocina. Después del ensayo podréis recorrerlas cuanto queráis. Ahora vamos a lo que

importa.. (*Calla un instante, observándolos.*) Estoy muy contento de vosotros. París entero hablará de vuestro gran mérito, no lo dudéis. Pero es menester añadir al espectáculo sus últimos detalles: los trajes y los movimientos... No olvidéis que dentro de tres horas, a las cinco en punto, se abre la feria [y os presentáis ante el público más exigente del mundo]. De vuestra aplicación al ensayo de esta tarde, [no vacilo en afirmarlo,] depende el éxito. Vuestros instrumentos están ya en los asientos. Ahora habréis de aprender a tomarlos de vuestros sitios, vestidos y sin tropezar. Recoge los garrotes, Adriana. Y trae la ropa. (*ADRIANA les va tomando los cayados.*) Deberéis quitaros las casacas: las túnicas son largas.

(*ADRIANA va tras la tribuna para dejar los cayados.*)

LUCAS.—¿Dónde se llevan los garrotes?

ELÍAS.—¿Y las casacas?

VALINDIN.—Perded cuidado. Detrás de la tribuna hay clavos para colgar todo eso. Vamos, fuera las casacas y los sombreros. (*Torpemente, los ciegos se van despojando de sus casacas y quedándose en sus miserables camisas.*) Traed. Adriana las colgará luego. (*Las va tomando y las deja sobre la mesa de la izquierda. ADRIANA volvió ya con un par de túnicas que sacó de un cofre situado a la izquierda de la tribuna.*) Tu casaca, David. (*DAVID se la quita y VALINDIN va a dejarla, con los sombreros de todos, mientras dice:*) ¡Ya está aquí la ropa! Mis buenos luises me ha costado, pero todo me parecía poco para vosotros. Ya podéis cuidármela.

ADRIANA.—La vuestra, Lucas. La vuestra, Elías.

(*Les da las togas.*)

GILBERTO.—Déjame tocar.

(*Palpa la de ELÍAS. DONATO y NAZARIO palpan la de LUCAS.*)

VALINDIN.—[Son muy sencillas.] Se abotonan por delante. [Las mangas, amplias.] Ayúdalos, Adriana.

ADRIANA.—Sí.

(LUCAS y ELÍAS *se ponen sus togas*. ADRIANA *les abotona un poco y vuelve corriendo a buscar más ropa*.)

GILBERTO.—¿Y la mía?

VALINDIN.—(*Sonríe*.) Ahora la traen, pájaro. [Ten paciencia.] Cuidad también de no tropezar con los atriles y las palmatorias...

DAVID.—¿Qué atriles?

DONATO.—¿Las palmatorias?

VALINDIN.—Se han puesto hoy... Están en el borde de la tribuna.

DAVID.—No los necesitamos.

VALINDIN.—Componen el cuadro, adornan... Tú eso no lo puedes entender.

GILBERTO.—¿Es igual que éste mi vestido?

VALINDIN.—No, pájaro. Tú llevas manto y corona de rey.

GILBERTO.—¿De rey? (*Bate palmas*.) ¡Como en las comedias!

(VALINDIN *ríe y se interrumpe al ver que DAVID se dirige a la tribuna*.)

VALINDIN.—¿Adónde vas, David?

DAVID.—A... la tribuna.

VALINDIN.—Ya la conoces. Ahora subiréis todos.

ADRIANA.—(*Que volvió cargada de ropa*.) Vuestra ropa, David. (DAVID *vuelve*. *Ella le entrega la toga, que él se viste*.) La vuestra, Nazario. La tuya, Donato.

(*Se las da*. *Todos se visten*. DAVID *se está palpando su toga*. *Todas son largas, cerradas hasta la garganta, de vivo color azul y brillantes vueltas de raso naranja en el cuello y las mangas*.)

VALINDIN.—¡Bravo, hijos! Tenéis un gran porte con esa ropa. ¿Verdad, Adriana? (ADRIANA *no responde y vuelve al cofre.*) Pero aún será más solemne cuando os pongáis los gorros... son muy altos y vuestra estatura parecerá la de gigantes. (*Se frota las manos contemplándolos.*) [El espectáculo será bellísimo.]

(*Entretanto, DAVID se dirige de nuevo a la tribuna.*)

GILBERTO.—(*Ansioso.*) ¿Y la mía?

ADRIANA.—(*Que vuelve.*) Aquí está.

VALINDIN.—Primero la túnica. Ven.

GILBERTO.—¡Sí, sí!

(VALINDIN *le coloca una túnica corta azul celeste, que se abrocha a la espalda y deja visibles las pantorrillas. Entretanto, ADRIANA deja el manto sobre una silla y sobre una mesa algo que parece una cabellera y un extraño tocado que ostenta dos largas orejas.*)

VALINDIN.—¡Tú sí que estarás lindo! Abotónalo, Adriana. Y además llevarás barba.

(*Va a recogerla.*)

GILBERTO.—¿Barba?

VALINDIN.—(*Se vuelve.*) ¡Eres rey! (*Calla y mira a DAVID.*) ¡David, te he dicho que ya subirás con todos! (*DAVID ha llegado a la tribuna y pasea su mano sobre los atriles y las palmatorias.*) ¡Vuelve aquí!

DAVID.—Las partituras están al revés.

VALINDIN.—(*Desconcertado.*) ¿Sí?... Luego las volvemos. (*Ríe.*) ¡O si no, las dejamos así! ¿Eh? (*Guiña un ojo a ADRIANA, que baja la cabeza.*) ¡Sí, es una idea feliz! ¡Para que el público vea bien que sois muy sabios y no os hacen falta!

GILBERTO.—¿Y mi manto?

VALINDIN.—Aquí lo tienes, pajarillo... (*Le pone sobre los hombros el gran manto de púrpura, que abrocha sobre el pecho.*) ¡Ahora sí que eres un verdadero rey de cuento!

GILBERTO.—¡De cuento, señora Adriana! (*Se lo palpa.*) ¡Y es mucho más largo que vuestra ropa! ¡Tocad, tocad! (*ELÍAS lo palpa.*) ¿Y mi corona?

VALINDIN.—(*Ríe.*) [Espera, mocito.] Antes hay que cubrir a tus compañeros. Aunque vaya contra el protocolo de su majestad. (*Le pone la mano en el hombro y GILBERTO ríe también. ADRIANA fue tras la tribuna y ha vuelto con cinco largos capirotes puntiagudos de leve ala, listados de anchas franjas naranjas y plateadas, que terminan en altos remates ornados de pompones y cintillas. Entretanto, DAVID se acercó a la escalerilla de la tribuna y está subiendo. VALINDIN lo advierte. Empuja con un seco ademán a GILBERTO y va a la tribuna. A su vez, los ciegos atienden.*) ¿Qué haces?

DAVID.—Ya lo veis.

(*Y sube los escalones laterales para palpar el pavo real.*)

VALINDIN.—¡Tu sitio no es ése!

DAVID.—Quiero conocer toda la tribuna. Si tropiezo, he de saber dónde me agarro.

(*Palpa, presuroso.*)

VALINDIN.—¡Baja! (*Después de palpar el cuerpo, DAVID pasea sus manos sobre la gran cola de madera.*) ¡No toques ahí! ¡Puedes romper la cola!

GILBERTO.—¿Estás en mi pájaro?

VALINDIN.—(*Dispuesto a subir, con un pie en los peldaños.*) ¡Te digo que bajas!

DAVID.—No es un pájaro. Es un pavo real.

VALINDIN.—Eso mismo. ¿Y qué?

DAVID.—(*Después de un momento.*) Nada.

VALINDIN.—¡Ven por tu gorro!

DAVID.—Ya voy.

(Comienza a descender.)

VALINDIN.—Repártelos, Adriana. *(ADRIANA los va dando. Todos los palpan.)* Acostumbraos a ponéroslos. Es sencillo: las cuerdas de los lados son para atarlos a la barbilla.

(LUCAS se lo pone. ELÍAS y NAZARIO se los encasquetan varias veces para probar.)

DONATO.—¿No es muy alto?

VALINDIN.—Pero muy firme. No se caerá.

(DAVID volvió al grupo bajo la suspicaz mirada de VALINDIN. ADRIANA va a su lado.)

ADRIANA.—Vuestro gorro, David.

(DAVID lo toma y lo palpa.)

DAVID.—¿No es más bella la cabeza descubierta?

VALINDIN.—¿Qué sabes tú? Tú no ves. Con los gorros parecéis astrólogos, sabios... Músicos... de la Antigüedad. Justo: músicos de la orquesta del rey Gilberto. ¡Vamos contigo, Gilberto! Primero la barba...

(Va a tomarla.)

DAVID.—¿Por qué una barba?

VALINDIN.—*(Quemado.)* ¡Porque es el rey! ¡Y ponte tu gorro! Sólo faltas tú. *(DAVID vacila pero se pone el gorro.)* Pon atención, pajarillo. La barba se sujeta a las orejas con estas dos cuerdecitas. Así. *(Se la pone. Es una grotesca barba rubia de guardarropía en forma de pala. GILBERTO se la toca.)* ¡Toca, toca! Eres la estampa de un monarca griego.

DAVID.—¿Griego?

VALINDIN.—Es un decir.

(Le hace a ADRIANA una singular seña: una «O» con los dedos sobre un ojo. ADRIANA suspira y va tras la tribuna, de donde vuelve a poco con una cajita que deja sobre la mesa de la izquierda.)

GILBERTO.—*(Entretanto.)* ¡Y ahora, mi corona!

VALINDIN.—*(Recoge el tocado.)* ¡La corona de su majestad! Es una corona a la antigua, ¿sabes? Un casco y dos hermosas alas a los lados.

GILBERTO.—¡Dos alas hermosas para el pajarillo!

VALINDIN.—Justamente. Baja la cabeza... Así. *(Se la coloca. Es un casco de purpurina plateada con borde y broche frontal dorados, de cuyos lados emergen dos espléndidas orejas de asno. GILBERTO se lo toca y ríe, feliz. VALINDIN retrocede.)* ¡Nunca se vio orquesta igual! ¡Adriana, mira qué hermosura! ¿No es cierto que están imponentes?

(Ante el triste grupo de adefesios, le hace señas apremiantes de que asienta.)

ADRIANA.—*(Elude mirarlo.)* Aún falta algo, ¿no?

VALINDIN.—Sí. Ese toque de gracia que alivia la solemnidad sin destruirla...

(DAVID se acercó a GILBERTO y palpa su casco.)

GILBERTO.—¿Quién me toca?

DAVID.—Las alas de este gorro no son alas.

VALINDIN.—*(Que iba hacia la cajita, se vuelve como un rayo.)* Ah, ¿no? ¿Qué son?

DAVID.—No son alas. Y el pavo real es el emblema de la necedad.

VALINDIN.—¿Sí? Pues sabes más que yo.

DAVID.—*(Nervioso.)* No. Vos sabéis más que nosotros...

VALINDIN.—Entonces, ¡cállate!

DAVID.—Pero yo sé que el pavo real significa eso. Es el animal que pintan al lado del más necio de los reyes.

DONATO.—¡Sigue, David!

DAVID.—El rey Midas, a quien le nacieron orejas de asno por imbécil. Tú eres el rey Midas, Gilberto. Y lo que llevas en la cabeza son dos orejas de burro.

(Murmullos entre los ciegos. GILBERTO se las toca.)

VALINDIN.—*(Con ira y despecho.)* ¿Tú qué sabes? ¿Qué sabe un ciego? ¡Nada! *(A ELÍAS, que está tocando las orejas del casco.)* ¡Son alas! ¿No lo notas, Elías? ¡Alas! ¡Además, no serás tú, David, quien estará en el pájaro! Basta de monsergas y escuchadme todos, hijos. Aún falta el último toque. *(Va a la cajita y saca de ella unas enormes gafas de cartón negro, sin cristales.)* Vosotros habéis de fingir que veis y que leéis las partituras... Como las canciones son cómicas, es necesario para la gracia del conjunto. ¡Y no os importe que vuestros gestos hagan reír! Al contrario: cuanto más... graciosos estéis, mejor. Ahora lo ensayaremos. Para ello es menester que os pongáis estos... anteojos de cartón. *(Los va dando.)* Se sujetan en las orejas. *(Se los pone a NAZARIO.)* Así. *(NAZARIO va a quitárselos.)* ¡No te los quites! Tenéis que habituaros a llevarlos. Ea, ponéroslos. *(A GILBERTO, que se adelanta.)* Tú no tienes, Gilberto. Un rey no lleva anteojos.

(LUCAS se pone los suyos. ELÍAS y DONATO los palpan, indecisos.)

DAVID.—*(Muy nervioso, después de haber palpado los suyos los arroja al suelo.)* ¡Basta!

(Un gran silencio.)

VALINDIN.—*(Glacial.)* ¿Qué haces?

(ADRIANA recoge, asustada, las gafas.)

DAVID.—¡Queréis convertirnos en payasos!

VALINDIN.—(*Lento.*) Aunque así fuere. Los payasos ejercen un oficio honrado. A veces ganan tanta fama que el mismo rey los llama.

(NAZARIO *se quita sus gafas.*)

DAVID.—¡Nosotros no seremos payasos!

VALINDIN.—¿Qué seréis entonces? ¿Muertos de hambre y de orgullo?

ADRIANA.—Luis...

VALINDIN.—¡Calla tú! (*Suave.*) ¿No hacíais reír por las esquinas? ¿Qué os importa hacer reír un poco aquí?

DAVID.—¡No queremos que nos crean imbéciles!

(*Se arranca el gorro y lo tira.*)

VALINDIN.—¡Nadie os lo llama!

DAVID.—¡Vos nos lo llamáis! ¡El pavo real, las orejas de asno, las palmatorias, nuestras muecas para leer las partituras al revés... y nuestra horrible música! Cuanto peor, mejor, ¿no? ¡El espectáculo consistía en servir de escarnio a los papanatas! ¡Vámonos, hermanos!

(*Da unos pasos.*)

DONATO.—¡Vámonos!

VALINDIN.—(*Sujeta a DAVID por el pecho.*) ¡Quieto!

ADRIANA.—¡Eso no, Luis!

DAVID.—(*Al tiempo.*) ¡No me toquéis!

VALINDIN.—(*Lo suelta.*) No te toco.

DAVID.—¿Y mi casaca?

VALINDIN.—(*Suave.*) Eso. ¿Y vuestras casacas? ¿Y vuestros garrotes?

(*Los ciegos se rebullen, inquietos, y se agrupan instintivamente.*)

DAVID.—¡Los encontraremos!

NAZARIO.—¡Nos iremos así!

DONATO.—(*Al tiempo.*) ¡Vámonos ya!

VALINDIN.—(*Grita.*) ¡Sí, pero a la cárcel!

DONATO.—¿A la cárcel?

VALINDIN.—¡A mí no me colgáis el espectáculo! Hay un contrato y lo cumpliréis. ¿No queríais ser hombres como los demás? Pues lo seréis para [cumplirlo y para] aguantar que se rían de vosotros.

DONATO.—¡Hermanos! ¡David tiene razón, como siempre!

VALINDIN.—¿Y qué? ¿Payasos? ¡Bueno! ¿Qué importa?

DAVID.—¡Los imbéciles de los ciegos, que creen poder tocar y dan la murga!

DONATO.—¡Tan imbéciles como el pavo real y el asno!

VALINDIN.—¡Pero comeréis! ¡Dejad que rían! ¡Todos nos reímos de todos; el mundo es una gran feria! ¡Y yo soy empresario y sé lo que quieren! ¡Enanos, tontos, ciegos, tullidos! ¡Pues a dárselo! ¡Y a reír más que ellos! ¡Y a comer a su costa! (*Con enorme desprecio.*) ¡Y dejaos de... músicas! (*Con una gran voz dominante.*) ¡Vamos! ¡Los anteojos y a ensayar!

(*Los ciegos vacilan; el grupo se disgrega.*)

NAZARIO.—(*Se vuelve a poner las gafas.*) ¡Que los cuelguen a todos!

(*ELÍAS suspira y se pone las suyas.*)

VALINDIN.—Todos se los ponen, David. Dale los suyos, Adriana.

(*ADRIANA le toma las manos para darle sus gafas. DONATO acaricia las suyas, indeciso.*)

DAVID.—(*Pone sus manos a la espalda.*) ¡No!

VALINDIN.—Pero ¿quién te crees que eres, hijo de perra? (*Va a DONATO y lo zarandea.*) ¿Y tú, monigote? (DONATO *grita, asustado por la súbita agresión.*) ¡Ciegos, lisiados, que no merecéis vivir! ¿Sabéis lo que hacen con los niños ciegos en Madagascar? ¡Yo he sido marino y lo he visto!

DAVID.—¡No lo digáis!

ADRIANA.—¡Luis, por Dios santo!

VALINDIN.—(Zarandeando a DONATO.) ¡Los matan! ¡Los matan como a perros sarnosos!

(DONATO *lanza un grito inhumano y se suelta.*)

DONATO.—¡No!... ¡No!

(*Corre, presa de su espanto; tropieza con las sillas; derriba una.*)

ADRIANA.—¡Donato!

(*Y corre a sujetarlo.*)

DAVID.—¡Donato! ¡Hijo!

(*Lo busca. GILBERTO lloriquea. Los demás ciegos se rebullen sin saber qué hacer.*)

DONATO.—¡Lo que quiera!... ¡Lo que él quiera!...

(*Cae de rodillas. ADRIANA intenta levantarlo. DAVID llega a su lado.*)

DAVID.—¡Donato!

(*Entre ADRIANA y él lo levantan.*)

VALINDIN.—¡Suéltalo, Adriana!

ADRIANA.—¡No tienes corazón!

(*Oprime a DONATO contra su pecho.*)

VALINDIN.—Pero ¿qué le ocurre?

DAVID.—(*Duro.*) Yo sé lo que le ocurre.

ADRIANA.—Cálmate, hijo...

DONATO.—¡Lo que él quiera, David! ¡Nos encarcelan, nos matan! ¡Hay que ceder!

DAVID.—(*Muerde las palabras.*) ¡Hay que salir!

DONATO.—(*Con un alarido.*) ¡No!... Ceder... Ceder...

(*Y vuelve a derrumbarse, sollozando. Larga pausa.*)

DAVID.—(*Con un hondo suspiro.*) Dadme mis anteojos, Adriana. (*Con los ojos arrasados, ADRIANA se los da.*) Ponedle los suyos al muchacho. Vamos a ensayar.

(*Se pone sus gafas. VALINDIN suspira también y recoge las gafas que DONATO dejó caer, tendiéndoselas a ADRIANA. Ella se las arrebató con un seco ademán.*)

ADRIANA.—Yo te los pondré, Donato.

(*Lo aupó y él se deja hacer, dócil. Ella le pone las gafas. VALINDIN saca un pañuelo de hierbas y se enjuga la frente.*)

NAZARIO.—(*Murmura, amargo.*) Que los cuelguen...

(*CATALINA entra por la izquierda y se queda estupefacta al ver a los ciegos.*)

CATALINA.—¡Huy!

(*Y rompe a reír. ADRIANA le indica en vano que calle.*)

VALINDIN.—(*De mal humor.*) ¿Qué te han dicho?

CATALINA.—(*Entrecortadamente, pues no puede contener las ganas de reír.*) Que... el señor barón... no ha vuelto de Versalles...

VALINDIN.—(*Se pega con rabia un puñetazo en una mano.*) ¡A ensayar!

(*Los ciegos dan media vuelta y se encaminan, lentos, hacia la tribuna. ADRIANA recoge el gorro caído y se lo da a DAVID, el cual se lo pone, sombrío, mientras camina. Las cortinas negras van ocultando la barraca, al tiempo que la luz crece en*

el primer término. Suenan cinco campanadas en la lejanía. Rompiendo cortinas, VALINDIN aparece muy sonriente y baja los peldaños. Viste ahora su casaca de ceremonia, verde pálido con bordados de plata, y lleva un suntuoso tricornio galoneado, de lazo rojo y blancas plumas. No ciñe espada, pero en la mano trae un largo bastón de corte. Redoble de tambor.)

VALINDIN. *(Al público.)*

«¡Si sois de los que entienden y nada les contenta, venid y convenceos de la gran novedad!

En ninguna otra parte, salvo aquí, se presenta, y tan bello espectáculo nunca vio la ciudad.

Ved los músicos ciegos en lo alto de su trono, que orgullosos y alegres os quieren enseñar

lo bien que rivalizan por dar mejor el tono

¡a las canciones que todo París va a escuchar!»

(Redoble de tambor. VALINDIN da un bastonazo en el suelo.)

¡Pasen las bellas damas y los gentiles caballeros, pasen! *(Señala hacia la izquierda. Por la derecha entran LATOUCHE y DUBOIS, dos polizontes en hábito civil. LATOUCHE tiene en su cara algo de zorro; DUBOIS, de dogo. VALINDIN se inclina.)* ¡Señor Latouche, cuánto honor para mi pobre café!

LATOUCHE.—*(Se inclina.)* Señor Valindin... Os presento al señor Dubois, uno de mis hombres. *(Reverencias.)* Vuestro pregón es por demás curioso [y no querría perderme el espectáculo].

VALINDIN.—Si me hacéis la merced de entrar, Adriana os acomodará en la mejor mesa. Estaba guardada para el señor barón de la Tournelle, que ha sentido tanto no poder venir... *(Señala a la izquierda.)* Por aquí, caballeros. *(Entre zalemas, les acompaña al lateral.)* [Espero que sabréis dispensarme si no os acompaño... Os ruego que pidáis cuanto os plazca.] La casa se considera muy feliz en convidaros...

LATOCHE.—Gracias, señor Valindin.

(Sale con DUBOIS por la izquierda. VALINDIN vuelve al centro, al tiempo que aparece por las cortinas CATALINA y le sisea.)

CATALINA.—Todo lleno, señor. Sólo quedan dos o tres sitios.

(VALINDIN sonríe y va a subir. En ese momento entra por la derecha VALENTÍN HAÜY, y él lo advierte. HAÜY es un mozo de veinticinco años, de agradable fisonomía y aire distraído, que avanza con las manos a la espalda. Su indumento es el de un burgués pulcro y sencillo. VALINDIN le hace una seña a CATALINA para que desaparezca y ella sale por las cortinas.)

VALINDIN.—¡Pasen, bellas damas y gentiles caballeros, pasen! ¡Vean a los músicos ciegos, el espectáculo más filantrópico de todo París! *(HAÜY se detiene y le escucha. Luego se encamina a la izquierda y sale, siguiendo la cortés invitación del brazo de VALINDIN. VALINDIN se estira su casaca y se vuelve hacia las cortinas con gran prestancia, al tiempo que éstas se descorren. La araña está encendida; el público, que permanece cubierto, ríe y charla en las mesas. Dos damiselas de medio pelo y un pisaverde toman café y vino en la mesa de la izquierda. En la primera mesita de la derecha, LATOCHE y DUBOIS son servidos por ADRIANA, que les escancia copas. En la otra mesita, un viejo matrimonio burgués toma café. La tribuna está oculta por una cortina verde, donde brilla la plateada línea de la silueta de una galga corredora, bajo la cual, en grandes letras también plateadas, se lee: «A la Galga Veloz.» VALINDIN sube los peldaños y se sitúa ante la cortina verde. Luego da tres sonoros golpes con su bastón y el público apaga sus murmullos. ADRIANA desaparece por el lateral.)*

¡Atención, noble auditorio y honradas gentes de París! El gran espectáculo filantrópico va a comenzar. *(VALENTÍN HAÜY entra por la izquierda, pide licencia a las damiselas y al galán para sentarse en la silla sobrante y lo hace. CATALINA corre a atenderle, recibe en voz baja el pedido y sale por el lateral derecho.)* ¡Damas y caballeros, [hemos pensado muchos años en un espectáculo que fuese digno de vuestro mérito y

que lograrse vuestra benevolencia! ¡Un espectáculo humanitario, científico, alegre!] ¡A vuestro superior e inapelable fallo sometemos con toda humildad... la maravillosa orquestina de los ciegos!

(CATALINA vuelve a poco con la bandeja, deposita una jicara ante HAÜY y le sirve de una cafetera, saliendo luego por el lateral. VALINDIN vuelve a dar tres golpes en el suelo y señala a la cortina verde para retirarse al punto hacia la derecha. La cortina se alza. En la tribuna, los ciegos se presentan a plena luz. GILBERTO cabalga el pavo real, con un cetro de madera en la mano, que mantiene levantado; LUCAS sostiene su violoncello y a su lado están ELÍAS y NAZARIO. En la primera fila y de izquierda a derecha, DONATO y DAVID. Menos GILBERTO, todos están de pie, con los instrumentos dispuestos; las gafas dan a sus caras sin luz cierto aire de pajarracos nocturnos. Las dos palmatorias han sido encendidas. Un murmullo de sorpresa corre por el café. Ceremoniosamente, los ciegos se inclinan y luego los violinistas se sientan y empuñan sus instrumentos. Risas. DONATO, NAZARIO, ELÍAS, fingen mirar las partituras.)

BURGUESA.—¡Huy, qué anteojos!

DAMISELA 1.^a—¡Mirad! ¡Mirad ése del pavo real!

PISAVEVERDE.—¡Es la vanidad misma!

(GILBERTO, en sus glorias, da la señal.)

GILBERTO.—¡Una, dos, tres!

(Arrancan los instrumentos y comienza a cantar. Violines, violoncello y cantor dan exactamente el mismo tono: una viva y machacona melodía a toda fuerza, ejecutada con mecánica precisión y sin el menor sentimiento. ADRIANA y CATALINA cruzan y vuelven a cruzar de un lado a otro llevando servicios en sus bandejas ante la complacida mirada de VALINDIN, que se apoya en su bastón.)

GILBERTO.—*(Marcando el compás con su cetro.)*

Corina la pastora
enferma está de amor.
El médico le dice
que busque a su pastor.
Los corderitos balan:
—Bee, bee, bee—

(Pizzicato y coreado por los ciegos.)

triscando alrededor.
Corina, suspirante,
—Ay, ay, ay—

(Pizzicato y coreado por los ciegos.)

se enciende de pudor.

(Las carcajadas, los comentarios, arrecian. Menos DAVID y LUCAS, los demás ciegos extremaron sus gesticulaciones grotescas; y es justamente DONATO quien más se esfuerza en ello. Así surgen cuando, tras un segundo de pausa, atacan la segunda estrofa.)

DAMISELA 2^a.—¡Tienen las partituras al revés!

PISAVERDE.—*(Ríe.)* ¡Pero bien iluminadas!

GILBERTO.—:

El lindo pastorcito
apenas sabe hablar.
Corina le sonrío

con ganas de llorar.

—¿Quieres ser mi cordero.

tú, tú, tú,

(Pizzicato y coreado por los ciegos.)

y conmigo triscar?

—No entiendo lo que dices.

Yo, yo, yo,

(Pizzicato y coreado por los ciegos.)

yo sólo sé balar.

BURGUÉS.—*(Descompuesto de reír.)* ¡Son como animalillos!

BURGUESA.—¡Orejas de burro ya tienen!

(VALENTÍN HAÜY da un fuerte puñetazo en la mesa y se levanta, lívido. Las damiselas gritan; los burgueses miran preguntando qué sucede. LATOUCHE lo mira fijamente.)

PISAVERDE.—*(Se levanta.)* ¡Caballero!

(GILBERTO, con su sonrisa lela, inicia la tercera estrofa.)

GILBERTO.—Triscan los corderitos...

(Los ciegos, desconcertados, no le siguen. VALINDIN se acerca rápidamente a HAÜY, que, presa de la ira, no acierta a hablar. CATALINA y ADRIANA se detienen con sus bandejas.)

VALINDIN.—¿Desea algo, caballero?

VALENTÍN HAÜY.—Sí.

DUBOIS.—*(A LATOUCHE, empezando a levantarse.)* ¿Voy?

(LATOUCHE lo retiene y se levanta él para acercarse despacio.)

VALINDIN.—¿Y puede saberse lo que es?

VALENTÍN HAÜY.—Si os lo dijera no os complacería.

BURGUESA.—Pero ¿quién es?

VOCES.—¡Fuera! ¡Que lo echen!

LATOCHE.—(*Se inclina.*) Latouche, comisario de Policía. Vuestro nombre.

(DUBOIS *se va acercando a su vez.*)

VALENTÍN HAÜY.—Valentín Haüy.

PISAVERDE.—¡Es un borracho!

VALENTÍN HAÜY.—Soy intérprete en el Ministerio de Negocios Extranjeros.

(VALINDIN y LATOCHE *se miran.*)

VALINDIN.—(*Ríe.*) Conque Valentín, ¿eh? Pues yo me llamo Valindin, y os voy a decir lo que deseáis: ¡marcharos!

VALENTÍN HAÜY.—Eso es lo que voy a hacer.

(*Arroja una moneda sobre la mesa.*)

LATOCHE.—¡Y aprisa, caballero!

VALINDIN.—Recoged vuestra moneda. [Paga la casa.]

VALENTÍN HAÜY.—Dádsela a los ciegos. ¡Si vieran, qué espectáculo para ellos!

VOCES.—¡Que se calle! ¡Que sigan tocando! ¡Fuera!

DAVID.—¿Qué ha dicho?

(*Los ciegos cuchichean.*)

LATOCHE.—¡Salid ya!

DAMISELA 1.^a—¡Sí, sí, que se vaya!

VALENTÍN HAÜY.—(*Eleva la voz y se dirige a la tribuna.*) ¿Preguntabais qué he dicho? ¡He dicho que si vierais, el público sería otro espectáculo para vosotros! ¡No lo olvidéis!

LATOUCHE.—(*Le aferra del brazo y le empuja.*) ¡Fuera de aquí!
(*Las voces de «Fuera», «Que sigan», arrecian. El BURGUÉS hace gestos consternados. HAÜY se desprende con un irritado ademán y sale por la izquierda.*)

VALINDIN.—(*A LATOUCHE, en voz queda.*) Gracias... (LATOUCHE, DUBOIS y el PISAVERDE *vuelven a sentarse. VALINDIN vuelve al centro.*) ¡Nada importante, señores y señoras! (*Ríe.*) ¡Un loco! ¡Un misántropo en esta edad de filántropos! ¡El gran concierto de los ciegos va a continuar!

VOCES.—¡Eso! ¡Sí! ¡Que sigan!

VALINDIN.—(*Hacia la tribuna.*) ¿Dispuestos? (*Los ciegos vuelven a empuñar sus violines. DAVID titubea.*) ¿Dispuestos? (*DAVID levanta el suyo.*) ¡Adelante con la tercera estrofa, pajarillo! (*Da tres golpes con su bastón, mientras dice:*) ¡Uno, dos, tres!

(*Los ciegos continúan su murga. ADRIANA y CATALINA reanudan sus pasadas. VALINDIN lleva el compás con la cabeza. Crecen las risas; los balidos son coreados por el público.*)

GILBERTO.—:

Triscan los corderitos
en torno de los dos.

Corina estaba roja
y rojo está el pastor.

Corina se le acerca:

-¡Bee, bee, bee!-

(*Pizzicato y coreado.*)

pregunta con ardor...

Y a poco, muy juntitos

-¡Bee, bee, bee!-

(Pizzicato y coreado.)

corderos son los dos.

(Entre las carcajadas delirantes y sobre las muecas, las gafas, los bamboleantes cucuruchos de la orquestina, va cayendo el

TELÓN

ACTO TERCERO

[La sala del Hospicio de los Quince Veintes, con sus azules cortinas flordelisadas. SOR LUCÍA, en pie junto a ellas. VALINDIN espera, a la izquierda, con el sombrero bajo el brazo. Por la derecha entra la PRIORA seguida de SOR ANDREA, que se retira junto a las cortinas.]

VALINDIN.—*(Se inclina.)* Dios guarde a vuestra reverencia.

PRIORA.—Él sea con vos, señor Valindin. Me dice sor Andrea que venís a entregar el resto de vuestra manda.

VALINDIN.—Así es, reverenda madre.

PRIORA.—¿Ha terminado ya la feria?

VALINDIN.—Aún quedan cinco días.

PRIORA.—¿Entonces?

VALINDIN.—No os sorprenda, madre. Al día siguiente saldremos para las ferias del Mediodía y debo cuidarme de muchos asuntos... He pensado que, ante todo, debía cumplir con el Hospicio.

PRIORA.—Os damos las gracias.

VALINDIN.—*(Se acerca y saca una bolsa, que tiende a la PRIORA.)* Si vuestra reverencia quiere contar las otras cien libras...

PRIORA.—*(Sin moverse.)* Sor Andrea.

(SOR ANDREA recoge la bolsa, encaminándose al lateral.)

VALINDIN.—(*Desconcertado.*) ...Y extenderme un recibo en forma... (*SOR ANDREA se detiene y lo mira.*) Es por la claridad de mis cuentas. Mi memoria es tan débil...

PRIORA.—Sor Andrea os traerá en seguida un cumplido reconocimiento de vuestra manda.

VALINDIN.—(*Al ver que la monja va a salir, adelanta otro paso.*) ¿Sin contarlas?

PRIORA.—(*Sonríe fríamente.*) Estamos seguras, señor Valindin, de que habréis contado perfectamente vuestras cien libras.

VALINDIN.—(*Se inclina, humillado.*) Sois muy gentil.

(*SOR ANDREA sale por la derecha.*)

PRIORA.—Nuestros ciegucecitos rezan por vos desde el primer día, caballero.

VALINDIN.—Lo sé, reverenda madre.

PRIORA.—Y los vuestros, ¿están contentos? Aquí vuelven muy tarde y yo apenas los veo ya... Les habéis entregado al siglo tan completamente...

VALINDIN.—¡Pero con el más feliz resultado, madre! Trabajan con tal primor que, puedo decirlo sin vanidad, nuestro espectáculo ha sido el más concurrido de toda la feria. ¡Aún más que la Ópera Cómica! Con deciros que durante cuatro días hubo que demoler la pared delantera del café para que el gentío que quería verlos no la destrozase... Fue menester contenerlos con un cordón de fusileros que el Chatelet tuvo a bien enviar cada día a esos efectos...

PRIORA.—¡Virgen santa!

VALINDIN.—Eso nos obligaba a un gran trabajo diario, pues por la noche no quería dejar aquello abierto.

PRIORA.—Así, pues, estáis satisfecho.

VALINDIN.—Un gratisimo resultado, madre. Todo París habla de nosotros y repite nuestras canciones.

PRIORA.—Mis parabienes. Y los músicos, ¿están contentos? ¿No habéis tenido ninguna diferencia, ningún incidente?

VALINDIN.—¡Nada fuera de lo corriente, madre! Alguna impaciencia natural durante los ensayos... Nada.

PRIORA.—(*Después de un momento.*) ¿Es cierto, señor Valindin, que los violines de esos ciegos se guardan durante la noche en la barraca?

VALINDIN.—Estáis bien informada, madre.

PRIORA.—Quisiera haceros un ruego. Uno de esos ciegos tiene particular devoción por la música...

VALINDIN.—(*Serio.*) Sé a quién os referís.

PRIORA.—A los demás les afecta menos. Pero a él..., ¿no podríais permitirle guardar su violín personalmente?

VALINDIN.—Me duele, madre, que se haya quejado a vos. No tiene motivo alguno; en confianza, os digo que es el más díscolo y el más indisciplinado de todos.

PRIORA.—No es una queja. Es un ruego que yo os traslado.

VALINDIN.—Ya le dije a él que no podía ser. Alega que quiere tocar para su placer. Pero yo pregunto: ¿dónde? Al Hospicio sólo viene a dormir; no tiene otro sitio para tocar que la calle, y eso no puede consentirse... Hay un contrato, madre. Vos misma lo firmasteis en su nombre.

(SOR ANDREA *vuelve con un papel enrollado.*)

PRIORA.—(*Fría.*) Cierto. No insisto.

(*Mira a* SOR ANDREA.)

SOR ANDREA.—Vuestro documento, caballero.

VALINDIN.—(*Lo toma.*) Mis más rendidas gracias. (*Sonriente, lo desenrolla.*) Permitid que lo lea, madre... Me conmueve

tanto el considerar cómo una simple hoja de papel puede encerrar tanta piedad, tantas oraciones para mí... (*Lo lee por encima, suspira y lo enrolla.*) Madre, vuestro tiempo es precioso. No os cansaré más. Concededme vuestra licencia para retirarme.

PRIORA.—(*Sin ofrecerle el rosario.*) Que Dios os proteja.

VALINDIN.—(*Se inclina profundamente.*) Él sea con vos, reverenda madre.

SOR LUCÍA.—Seguidme, caballero.

(*Sale por la izquierda, seguida de VALINDIN.*)

PRIORA.—Sor Andrea, si ese caballero vuelve algún día a esta casa, yo no estaré para él. ¿Entendido?

SOR ANDREA.—Sí, reverenda madre. Pero... ¿es un caballero?

PRIORA.—(*Se encoge de hombros.*) Lleva espada.

(*Se vuelve y se encamina rápida a la derecha.*)

SOR ANDREA.—Las cien libras estaban cabales, reverenda madre.

PRIORA.—(*Que se detuvo al oírla.*) Bien.

(*Sale, seguida de SOR ANDREA. Las cortinas se recorren ante la casa de VALINDIN. La puerta del fondo se abre y DAVID entra bruscamente. Tras él, CATALINA, que intenta en vano detenerlo.*)

CATALINA.—¡Que aquí no podéis estar! ¡Que el señor ha dicho que aguardéis todos en el zaguán!

DAVID.—Que aguarden los otros.

CATALINA.—¡Hacedme la merced de salir!

DAVID.—Sal tú y cierra la puerta.

CATALINA.—Si no salís me tendré que quedar con vos, ¡y aún tengo mucho trajín antes de ir a la barraca!

DAVID.—(*Risueño, mientras va a sentarse.*) Como todos los que trabajamos para el señor Valindin. Para él no somos personas, sino limones. Catalina, no me voy a llevar nada y tampoco acostumbro a beber. Sé buena y vete.

CATALINA.—¿Para que él me riña luego? ¡Quia!

DAVID.—(*Se levanta de pronto y la agarra del brazo, empujándola sin contemplaciones.*) ¡Quiero estar solo! ¿Entiendes? ¡Me muero de ganas de estar solo! ¡Fuera!

(*Asustada, CATALINA retrocede. Él la echa y cierra con un portazo. Con la mano en el pomo escucha unos segundos. Luego suspira y vuelve a sentarse, abandonando su garrote entre las piernas. Se pasa la mano por la cara y cierra los ojos. Apoya la cabeza en las manos. Muy quedo, comienza a modular con la boca cerrada el adagio de Corelli. Su canturreo gana intensidad; está nervioso. Levanta la cabeza bamboleante y la reclina en el respaldo, sin dejar de tararear. Los brazos insinúan desmayadamente el ademán de quien toca un violín imaginario... Los puños se cierran con un golpe brusco sobre sus rodillas, pero la garganta no cesa de recordar. De pronto calla y escucha. Las manos vuelven al cayado. La voz de ADRIANA se oye tras la puerta, que se abre.*)

ADRIANA (*Voz de*).—¡Pues muy mal hecho! ¡Él no tiene por qué entrar aquí! (DAVID *se levanta.*) Déjalo de mi cuenta y vete a tus cosas. (Se ve a ADRIANA en la puerta con un capacho.) Toma, llévate esto.

(*Le tiende el capacho a CATALINA, que lo recoge, y entra, cerrando la puerta. Viene de la calle, con cofia y manteleta. Se vuelve y contempla a DAVID con intensa mirada.*)

DAVID.—Está bien, no digas nada. Ya me voy.

ADRIANA.—(*Mientras se quita la cofia, sin dejar de mirarlo.*) No os vayáis aún. (*Avanza hacia la derecha, despojándose de la manteleta.*) ¿Os ha citado Luis a todos?

DAVID.—Sí.

ADRIANA.—¿A esta hora?

DAVID.—Dentro de media hora.

ADRIANA.—Muy pronto habéis venido.

DAVID.—Quería estar solo en algún lado.

(Ella lo mira un momento y sale por la derecha a dejar sus cosas. A poco se oye su voz.)

ADRIANA *(Voz de)*.—¿Por qué os ha citado?

DAVID.—¿No lo sabes tú?

ADRIANA.—*(Vuelve a entrar.)* No.

DAVID.—Yo tampoco. ¿Qué quieres de mí?

ADRIANA.—Hablar. *(Él hace un movimiento de impaciencia: dos o tres leves golpes de su garrote lo subrayan.)* Sabéis muy bien que no dejo de intentarlo. Pero [en la barraca es difícil porque él siempre está allí y además porque...] vos siempre lo evitáis. *(Un silencio.)* ¿Tanto me despreciáis?

DAVID.—¿Qué pretendes? ¿No te basta con haberte ganado a ese pobre tonto de Donato? [Y ahora, ¿qué le vas a dar? ¿Más zalamerías?] ¡Sigue, sigue jugando con él y riéte después! ¡Destrózalo... a tu placer, porque yo no puedo, no puedo impedirlo! *(Pasea, cada vez más nervioso, trabucándose.)* ¡Pero a mí no pretendas engañarme! ¡Yo sé bien cómo eres!

ADRIANA.—¡Tú no sabes cómo soy!

DAVID.—*(Ríe.)* ¿Ya me tuteas?

ADRIANA.—*(Casi llorosa.)* ¡Pero no por desprecio!

DAVID.—¿Por qué entonces? *(Un silencio. Sin atreverse a responder, ADRIANA se sienta, desfallecida.)* Déjanos a todos en paz. Tú y tu Valindin os habéis salido con la vuestra. Ahora somos los payasos de la feria y mis compañeros ni siquiera lo

lamentan ya: se han acostumbrado. ¿No ganamos para vosotros buenos dineros? ¿Qué más quieres?

ADRIANA.—(*Débil.*) Yo no soy como él.

DAVID.—(*Después de un momento.*) Ramera. (*Y va, rápido, al fondo para salir.*)

ADRIANA.—Sí, soy una ramera. (*Él se detiene con la mano en el pomo.*) Y tú estás en lo cierto: él me ordenó engatusaros. Eso era lo que quería decirte.

DAVID.—Lo reconoces.

ADRIANA.—Sí.

DAVID.—¿Por qué?

ADRIANA.—¡Porque yo no soy como él!

DAVID.—(*Se vuelve lentamente.*) ¿Cómo eres tú?

ADRIANA.—¡Tú sabes que yo os he defendido, que he intentado ayudaros! [¡Tú lo sabes, David!] Debes admitir... que lo sabes.

DAVID.—Pero sigues con él.

ADRIANA.—(*Se levanta y va a su lado.*) ¡Como vosotros! He rodado mucho y sé lo que es el hambre. ¡También vosotros seguís con él, también tú te has quedado! Él os ha atrapado como me atrapó a mí. Ya ves que no somos tan distintos. (*DAVID baja la cabeza. Se acerca a la mesa, tantea una silla y se sienta.*) [Pero yo sé que tú te avergüenzas cada día más cuando tocas en la barraca. Y también yo me avergüenzo cada día de seguir con él.]

DAVID.—(*Con una amarga sonrisa.*) Todo es acostumbrarse, ¿no? Creo que yo también podré acostumbrarme. Y seguiremos con él...

ADRIANA.—No, David. Yo... te miro a menudo cuando tocáis y sé que estás desesperado, que ya no puedes más..., aunque no hayas vuelto a llorar.

DAVID.—¿Qué dices?

ADRIANA.—¡Te vi llorar el primer día, cuando todos aquellos imbéciles se reían de vosotros! ¡Me daban ganas de gritar!

DAVID.—¡Cállate!

ADRIANA.—¡Tú no debiste llorar! ¡Tú, no! Eso déjaselo a él, que también llora a veces... el muy cerdo. ¡Tú debiste insultarlos a todos, [sublevar a tus compañeros,] volverle a él loco de rabia! ¡Yo... lo esperaba! Me decía: «¡Ahora, ahora lo hace!...» Llevo años esperando ver... a un hombre.

DAVID.—Pero yo no lo era y lloré como una mujer. Los ciegos no somos hombres: ése es nuestro más triste secreto. Somos como mujeres medrosas. Sonreímos sin ganas, adulamos a quien manda, nos convertimos en payasos..., porque hasta un niño nos puede hacer daño. ¡Vosotros no podéis saber lo fácil que es herirnos! Lloré en la barraca... y sabía que todos me miraban. Pero ¿qué importaba? Yo estaba solo... Estoy solo.

ADRIANA.—No digas eso.

DAVID.—Vigila tus palabras cuando hables a un ciego. Es casi imposible ayudarnos, y tan fácil herirnos...

ADRIANA.—Yo no quiero hacerte daño. Ni a Donato tampoco. (*Va a sentarse al otro lado de la mesa.*) Tú quieres bien a ese muchacho, ¿verdad?

DAVID.—Como al hijo que no tendré. ¡A ése al menos déjale tranquilo!

ADRIANA.—¿Qué le pasa?

DAVID.—Nada.

ADRIANA.—Tú has dicho...

DAVID.—¡No he dicho nada!

ADRIANA.—Tú dijiste una vez: «Yo sé lo que le ocurre.»

DAVID.—¿Cuándo?

ADRIANA.—Cuando abrimos la feria. Cuando Valindin dijo que a los ciegos... los mataban en las islas y Donato gritó tanto que tú... cediste. ¿Qué le pasa?

[DAVID.—¿Qué es eso? ¿Curiosidad de mujer?

ADRIANA.—Tómalo así si quieres.]

DAVID.—De nada serviría que lo supieses.

ADRIANA.—Quiero ayudarlos.

DAVID.—¡No puedes, necia, no puedes! También Donato está asustado hasta los huesos y nadie podrá quitarle el susto.

ADRIANA.—¿Por qué está asustado?

(Breve pausa.)

DAVID.—Desde niño. Las viruelas le dejaron ciego a los tres años. En el campo no servía de nada y su padre, que apenas tenía más cabeza que las bestias que cuidaba, le escatimaba la comida y le molía a palos. Es del Limousin, y allí siempre hubo más miseria que en otros lugares. Cuando contaba cinco o seis años todas las cosechas se perdieron y la gente se moría de hambre. Entonces su padre lo quiso matar.

ADRIANA.—¡Virgen María!

DAVID.—Era un estorbo y una boca más. El chico se dio cuenta porque ya no eran palos; eran las manos de su padre que le acogotaban entre blasfemias... Pudo zafarse y escapó [a todo correr, medio ahogado,] a campo traviesa, a ciegas... [Tropezando, desollándose, huyendo de aquella fiera; buscando la muerte...] A los dos días le encontraron desvanecido y lleno de sangre en el camino real. [Lo recogió] un coche que pasaba [y] lo trajo a los Quince Veintes... Yo le compré el violín. Yo le he enseñado la música que sabe.

(Un largo silencio.)

ADRIANA.—No me lo has dicho todo, ¿verdad?

DAVID.—No.

ADRIANA.—Sigue.

DAVID.—¿Para qué? Nada puedes hacer por el pequeño...

ADRIANA.—¿Tú qué sabes?

DAVID.—(*Después de un momento.*) Cada uno de nosotros es como un pozo, Adriana. Si te empeñas en mirar al fondo, puedes caer.

ADRIANA.—Di lo que falta.

DAVID.—(*Titubea.*) Hace tiempo que también le asustan... las mujeres. Es ya un hombrecito y sabe que su cara es repulsiva. Intenta olvidarlo, ríe y hasta presume... A menudo cuenta cómo una criadita le llamó desde una ventana en ausencia de los señores... y le enseñó a amar. En el Hospicio se ríen de él porque no le creen. Pero yo sé que es cierto, porque sé quién es ella. Me costó poco averiguarlo; sé las esquinas donde toca y conozco a la gente de los barrios. Y ella misma me lo contó, muerta de risa..., la muy puerca.

ADRIANA.—¿Qué te contó?

DAVID.—El pequeño probó... en vano. (*Iracundo.*) ¡Ella se reía de sus viruelas, de su torpeza!... Lo puso en la puerta entre insultos y burlas... Yo le oí llorar toda la noche, porque duerme a mi lado. Y a menudo, cuando cree que yo duermo, vuelve a llorar. Pobre hijo. Desde entonces no ha querido volver a aquella esquina. Eso fue lo que me dio la pista. (*Calla. Ella solloza en silencio.*) Tampoco llores ante un ciego.

ADRIANA.—¿También así te hago daño?

DAVID.—También.

(*Se levanta y se aleja. Una pausa.*)

ADRIANA.—(*Llorando.*) ¿Por qué me has contado eso?

DAVID.—(*Ríe.*) ¿No querías saber? ¿Qué dices ahora?

ADRIANA.—(*Llorando.*) ¿Es un reto?

DAVID.—¡No he hablado para ti! A veces es imposible callar... ¡Pero no he hablado para ti! Para ti, no.

ADRIANA.—¿Para quién entonces? ¿Para Melania de Salignac?

DAVID.—(*Da un golpe con su cayado.*) ¡Ah! ¡El pequeño se ha ido también de la lengua! ¡Hasta eso has logrado de nosotros, especie de víbora! ¡Pues sí, entérate! ¡Para ella hablo y para ella toco! Y a ella es a quien busco... A esa ciega, que comprendería... ¡Dios mío!

(*Esconde la cabeza entre las manos.*)

ADRIANA.—(*Secándose los ojos, con voz entera.*) A esa ciega, que lee en los libros de algún modo que tú no consigues entender.

DAVID.—(*Levanta la cabeza.*) ¿Piensas que me importa si tú tampoco crees en ella?

ADRIANA.—Te engañas. No dudo de que exista... Pero supongo que será rica.

DAVID.—¿Y qué?

ADRIANA.—Sólo así habrá podido aprender lo que sabe. Figúrate, una ciega... Es rica y por eso no es de los tuyos. Ella nunca habrá padecido miedo, o hambre..., como nosotros.

(*Pausa.*)

DAVID.—¡Maldita seas!

ADRIANA.—(*Se levanta.*) ¿Prefieres seguir soñando con esa mujer a encontrar... una mujer de carne y hueso? (*Breve pausa.*) A ti las mujeres... no te asustan, eso se nota. Pero no te fías [de ninguna]. De nadie. [Es otro susto el que tú tienes,] ¿Verdad? Te asusta la vida entera. No te atreves a creer que nadie pueda tener buenos sentimientos.

DAVID.—¡Cállate!

ADRIANA.—(*Muy turbada, da unos pasos hacia él.*) Y por eso sueñas con tu Melania. Pero [¿qué puede tu Melania?] ¿Qué

es capaz de hacer esa damisela remilgada [y rodeada de criados] al lado de una mujer entera y verdadera?

DAVID.—¿Callarás?

(Silencio. DAVID vuelve a la silla. Se sienta y pasea sus nerviosas manos por el garrote. Ella se vuelve a mirarlo, muy conmovida.)

ADRIANA.—Yo acepto tu reto.

DAVID.—¡No ha habido ningún reto!

(ADRIANA vuelve a la mesa, mirándole fijamente.)

ADRIANA.—Yo le demostraré a ese muchacho...

DAVID.—*(Tembloroso.)* ¡Guárdate de intentarlo! ¡Acabarás de hundirlo! ADRIANA.—*(Triste.)* Olvidas que tengo experiencia.

(Se sienta de nuevo.)

DAVID.—Pero... ¿qué persigues? ¿Un triunfo para tu vanidad? *(Con la voz velada.)* ¿Disfrutar acaso?

ADRIANA.—¿Crees que no siento repulsión? Es más difícil de lo que se dice ser una viciosa en mi oficio. Pero, al fin, uno más... ¡Bah! La vida es una porquería.

DAVID.—*(Tiembla visiblemente; se expresa con dificultad.)* Entonces, ¿por qué? ¿Por qué?

(Y golpea con su puño sobre la mesa. ADRIANA tiembla también. Por toda respuesta, extiende su mano sobre la mesa y toma dulcemente la de él. DAVID se estremece violentamente; al fin, se levanta turbadísimo y se aleja. Ella se levanta también, con la respiración alterada. Un silencio.)

ADRIANA.—Le pedí a Luis hace días que te dejase tu violín. No quiso ni escucharme... Pero insistiré. Aunque toques para esa señorita ciega.

DAVID.—No puedo creerte.

(Vuelve el silencio, que interrumpe de pronto la puerta del fondo al abrirse. VALINDIN entra y los mira.)

VALINDIN.—¿Qué hace éste aquí?

ADRIANA.—Le he retenido yo... hablándole de las ferias que vamos a hacer.

VALINDIN.—¿Aún no vino Lefranc?

ADRIANA.—¿Aquí?

VALINDIN.—¿Quién se creerá que es? Lo cito aquí porque no quiere ni poner los pies en el café después del éxito, y aún hay que aguardarle.

ADRIANA.—¿Qué le quieres?

VALINDIN.—Ahora lo sabrás, porque no puedo perder tiempo. *(Vuelve a la puerta.)* ¡Venid vosotros! *(Se aparta y entran los cinco ciegos.)* ¡Aprisa, aprisa! *(Ellos se apresuran torpemente y él vuelve a la puerta.)* ¡Catalina! ¡Si viene el señor Lefranc que entre en seguida! *(Cierra y se enfrenta con el grupo de ciegos.)* Escuchad lo que os voy a decir, hijos míos. Os he llamado porque me habéis demostrado que se puede confiar en vuestro celo. [Dentro de poco salimos para el Mediodía.] Vosotros habréis advertido que el público ya no llena el café como antes. Y se comprende: las diez canciones del repertorio están ya muy oídas. En febrero volvemos para la feria de San Germán, y yo... he pensado que, en vuestro propio beneficio, deberíais traer por lo menos cinco canciones nuevas. Pero habréis de aprenderlas aquí, en los días que nos quedan. *(Ríe.)* Trabajo duro, como al principio; a vosotros se os puede pedir. [Cinco días: una canción por cada día, que terminaréis de ajustar durante el viaje.] ¿Qué os parece? Es la única manera de volver a quedarnos con el público de París. *(Un silencio.)* ¿Qué dices tú, Elías?

ELÍAS.—Yo... no sé. Que hable Lucas.

LUCAS.—Habría que pensarlo.

VALINDIN.—(*Ríe.*) [Justamente es lo que no podemos hacer.]
¡No queda tiempo! Ea, ¿quién dijo miedo? ¡Decidíos!

DAVID.—Ya está decidido. No.

VALINDIN.—(*Le mira fríamente.*) Deja que hablen los demás.

DAVID.—Ya tenemos bastante público.

VALINDIN.—(*Se encrespa.*) [¡Tú no entiendes de esto!] ¡El público te abandona si no le das cosas nuevas! ¿No hablabas con Adriana de las ferias? ¡Pues que te lo diga Adriana, que las conoce bien! (*Le hace furiosas señas a ADRIANA para que le ayude.*) [¡Díselo, Adriana!]

(ADRIANA *lo mira sin contestar.*)

DAVID.—Convencednos, señora. ¿O no lo aprobáis?

(VALINDIN *vuelve a apremiarla por señas.* ADRIANA *se dirige a la puerta de la derecha.*)

VALINDIN.—¿Dónde vas? (ADRIANA *sale.* VALINDIN *va tras ella.*)
¡Adriana! ADRIANA (*Voz de*).—¡No me encuentro bien!

(DAVID *ríe.* VALINDIN *lo mira, desconcertado. Rápido, vuelve al fondo y abre.*)

VALINDIN.—¡Catalina! ¡Catalina!

CATALINA (*Voz de*).—Señor...

(*Y aparece en la puerta.*)

VALINDIN.—¿Aún no vino el señor Lefranc?

CATALINA.—No, señor.

(VALINDIN *la despide con un gesto.*)

VALINDIN.—¡Y yo tengo que irme! (*Se enfrenta con los ciegos.*) ¿Qué dicen los demás? ¿Nadie habla?

DAVID.—Nada tienen que hablar. [Mientras yo diga que no, es que no.] Eso está fuera del contrato.

NAZARIO.—Bueno... Podría pensarse..., si el señor Valindin nos pagase más.

VALINDIN.—No. Eso no puede ser..., por desgracia. Apenas quedarían beneficios, y ahora, con los gastos del viaje, menos. ¡Pero debéis comprender que se os pide [ese esfuerzo] porque os conviene a vosotros!

DAVID.—No.

(VALINDIN *va a estallar. Al fin se contiene y vuelve a la derecha.*)

VALINDIN.—¡Adriana, he de salir! ¡Aquí te los dejo! Espero que sabrás convencerlos... [Sabes que a ellos les conviene.] Si viene Lefranc, ponle al corriente y que les hable. Y llévalos tú misma a la barraca; yo ya no volveré. (*Se acerca a los ciegos.*) Pensadlo, hijos. Y no os retraséis, ¿eh?

(*Sale aprisa por el fondo. Portazo lejano, NAZARIO, suspirando, va a sentarse a una silla. GILBERTO y ELÍAS se sientan en el suelo. LUCAS, DONATO y DAVID permanecen de pie.*)

GILBERTO.—Señora Adriana...

DAVID.—No está aquí.

NAZARIO.—¿Hay que esperar?

ELÍAS.—Por si viene el señor Lefranc.

DAVID.— Si no lo vamos a hacer, no hay que esperar a nadie.

NAZARIO.—¿Y si nos paga más?

DAVID.—¡No más payasadas! (NAZARIO *se encoge de hombros. Pausa.*) A no ser que...

(*Calla. ELÍAS levanta la cabeza.*)

ELÍAS.—¿Qué?

DAVID.—¡Escuchadme! ¡Es nuestra última oportunidad! (ADRIANA *entra silenciosa y escucha desde la puerta con los ojos húmedos.*) Aprenderemos esas cinco canciones y segui-

remos de hazmerreír por las ferias..., si él consiente en que yo, ¡yo solo!, os vaya enseñando acompañamientos a todos. ¡Cuando volvamos en febrero, seremos una verdadera orquesta! ¡Seremos hombres, no los perros sabios en que nos ha convertido! ¡Aún es tiempo, hermanos! ¡Ayudadme! (*Un silencio.*) ¡Tú amaste la música, Lucas! ¡Di tú que sí!

LUCAS.—¿Cuándo vas a dejar de soñar?

ELÍAS.—Ni siquiera nos deja los violines...

DAVID.—¡Nos los dejará si le exigimos eso! ¡Pero tenemos que pedírselos unidos! ¡Unidos, hermanos!

NAZARIO.—¡Basta! ¡Soy yo ahora quien dice que no! [Lo que tú quieres es un sueño y, además, no me importa.] ¡A mí me importa el dinero, y más no nos va a dar, ya lo has oído! Conque déjanos en paz.

DAVID.—¡Nos tiene atados por un año! ¡Es nuestra última oportunidad, hermanos! (*Pausa.*) ¿Nadie dice nada? (*Dulce.*) Donato...

DONATO.—(*Frío.*) Yo no digo nada.

(*A DAVID se le nubla el rostro.*)

DAVID.—Tenéis la suerte que os merecéis.

ELÍAS.—(*Va a levantarse.*) ¡Te voy a cerrar la boca!...

(*Pero DAVID, certero, le asesta con el cayado un golpe de punta que lo vuelve a sentar. ELÍAS grita.*)

DAVID.—¡Guárdate de mi garrote, Elías! ¡Es como (*ADRIANA avanza unos pasos, inquieta.*) un ojo!

ELÍAS.—¡Loco de mierda!...

LUCAS.—No riñáis, hermanos. Ya hemos dicho todos que no.

ELÍAS.—(*Se levanta.*) Vámonos, pajarillo.

(*GILBERTO se levanta y los dos van a la puerta.*)

DAVID.—(*Se lleva las manos a la cabeza en un raptó de desesperación.*) ¡Yo tengo que tocar!

(*Solloza secamente. ADRIANA le mira entre lágrimas. DONATO da un paso hacia él, pero se detiene. ELÍAS y GILBERTO se paran a su voz; luego salen.*)

LUCAS.—(*Suspira.*) Voy con vosotros...

(*Sale a su vez por el fondo. DAVID solloza en silencio. Lentamente se sienta en el suelo, junto a NAZARIO. Éste, al sentirle, le oprime el hombro en un tímido ademán amistoso. DAVID se separa rápidamente.*)

NAZARIO.—No lo pienses más. Valindin nos ha atrapado. Pero si no lo hace él, lo habría hecho otro. Estamos para eso. (*Se inclina y baja la voz.*) ¡Si pudiese, les reventaba los ojos a todos! Pero ¿cómo? Sólo en la oscuridad podríamos con ellos, y el mundo está lleno de luz. Hasta por las noches hay luna. ¡Pero a mí nadie me quita el gusto de relamerme pensando en colgarlos uno a uno!... (*Ríe, se levanta y le da una palmada afectuosa.*) [Te lo recomiendo. Alivia bastante.] ¿No vienes?

DAVID.—No. (*NAZARIO va al fondo y sale. ADRIANA mira a DAVID y a DONATO con obsesiva fijeza. Luego cruza, sigilosa. Vuelve a mirarlos desde el fondo y sale.*) ¿Eh? ¿Quién es? (*Un silencio.*) ¿Adriana?

DONATO.—Ha debido de ser ella quien ha cruzado. Ahora no está.

DAVID.—(*Se levanta.*) ¿No te has ido?

DONATO.—Te... esperaba.

DAVID.—No tengo ganas de caminar, hijo. Vete si quieres.

DONATO.—(*Lento.*) Yo no soy tu hijo. Y no te dejaré solo con ella.

DAVID.—(*Se acerca.*) ¿Qué estás diciendo?

DONATO.—¿Crees que no sé lo que te pasa?

DAVID.—¡No digas ni una palabra más! (*Le toma del brazo.*)
¡Y vámonos!

DONATO.—(*Se suelta.*) ¿Quién eres tú para mandarme?

DAVID.—¡Vamonos!

DONATO.—¡Yo no me voy! Ella me prefiere a mí.

DAVID.—¿Por qué dices eso?

DONATO.—¡Porque tú la quieres! [¡Y me la quieres quitar!] Pero no la tendrás... (*DAVID le da un bofetón. DONATO gime. Un silencio. Le tiemblan los labios cuando añade:*) Esto no lo olvidaré nunca, David.

(*ADRIANA reaparece en el fondo y los mira.*)

DAVID.—Perdóname, hijo mío...

DONATO.—¡No me llames hijo!

ADRIANA.—(*Dulce.*) ¿Por qué no, Donato? Él te quiere bien. Más de lo que crees.

DONATO.—(*Amargo.*) ¿Él?...

ADRIANA.—David, Catalina ha salido a un recado. ¿Querríais salir vos también? Quiero hablar con Donato... a solas.

DONATO.—(*Trémulo.*) ¿Conmigo?

ADRIANA.—Sí. (*DAVID está demudado.*) ¿Queréis dejarnos, David?

DAVID.—(*Con gran esfuerzo.*) Sí.

(*Se encamina al fondo. Al pasar a su lado, ella le oprime una mano en silencio y él se detiene, sobrecogido. Luego se desprende y sale, rápido. Cuando los golpes de su garrote se extinguen, ADRIANA, que miraba la mano que él ha abandonado, se acerca a DONATO y le toma una de las suyas.*)

ADRIANA.—¿Otra vez tiembles? Pero tú sabes que yo también te quiero bien...

DONATO.—Yo... Yo...

ADRIANA.—Ven, muchacho. Ven.

(Lo conduce a la derecha y salen por la puerta, que se cierra. La luz crece en el primer término. Por la izquierda aparece DAVID. Encorvado, va a sentarse a los peldaños. Desmayadamente, deja el garrote a su lado; luego esconde la cabeza en sus crispados puños. Momentos después aparece LEFRANC por la derecha y va a cruzar. Al divisar al ciego, aminora su marcha y se detiene a su lado.)

LEFRANC.—¿Están arriba vuestros compañeros?

DAVID.—*(Levanta despacio la cabeza.)* ¿Eh?

LEFRANC.—Soy el señor Lefranc. Os preguntaba...

DAVID.—Ya sé. El señor Valindin no podía aguardaros y se ha ido.

LEFRANC.—¡Otra de sus impertinencias! [Yo también tengo mis asuntos; si me retraso un poco, podría él esperarme alguna vez.] Bien. Decidle que ya me llamará cuando le plazca; que yo no vuelvo. *(DAVID asiente débilmente. LEFRANC lo mira, intrigado.)* ¿Os sucede algo? *(DAVID deniega. LEFRANC se encoge de hombros.)* Adiós.

(Se encamina a la derecha.)

DAVID.—*(Levanta la cabeza.)* Señor Lefranc.

LEFRANC.—*(Se vuelve.)* ¿Qué?

DAVID.—*(Se levanta.)* Señor Lefranc, oídme unas palabras.

LEFRANC.—*(Vuelve a su lado, contrariado.)* Decidlas pronto, que estoy de prisa.

DAVID.—¿Verdad que nuestro espectáculo es indigno, [señor Lefranc?]

LEFRANC.—¡Es intolerable! [¿Y queréis saber por qué? Pues porque] vosotros, que no sabéis ni solfear, les estáis quitando el pan a los mejores músicos de la feria. ¡Así es el público!

[DAVID.—Pero vos seguís ayudando al señor Valindin.

LEFRANC.—¡También yo he de comer, amigo mío! Además, eso no es cuenta vuestra.]

DAVID.—Yo quiero alejarme de esa indignidad.

LEFRANC.—(*Mira a todos lados y le pone la mano en el brazo.*) Haréis bien.

DAVID.—Ayudadme vos.

LEFRANC.—(*Retrocede.*) ¿Cómo?

DAVID.—¿No podría yo entrar como el último de los violinistas en la Opera Cómica?

LEFRANC.—(*Con muy mala cara.*) Estáis sujetos a un contrato...

DAVID.—Si vos le habláis, él me cederá. No me soporta. ¡Ayudadme, señor Lefranc! Yo podría hacerlo, yo sé tocar... (*LEFRANC le mira fijamente.*) ¿No?... (*LEFRANC se muerde los labios.*) Vos habéis dicho que toco bien el violín...

[*LEFRANC.—(Se aclara la voz.)* No niego que tenéis disposición... Pero de eso a tocar como un profesional...

DAVID.—] ¡Si vos me ayudáis yo estudiaría mucho!

LEFRANC.—¿De oído? No, David. [Vos no podéis juzgaros, pero...] hay que tocar mucho mejor que vos para entrar en la Ópera Cómica, o en cualquier otro puesto... (*DAVID busca el escalón con el pie y vuelve a sentarse.*) Lo siento.

DAVID.—Perdón, señor Lefranc.

LEFRANC.—(*Va a añadir algo y decide no hacerlo.*) Quedad con Dios.

(*Va hacia la derecha. Antes de salir se vuelve a mirar a DAVID, que no se ha movido. Luego mira al suelo, muy turbado, y se santigua en silencio. Sale. Una pausa. El tío BERNIER entra por la izquierda y mira a DAVID mientras camina. Va a pasar de largo, lo piensa y se detiene.*)

BERNIER.—Soy el tío Bernier. ¿Aguardáis al señor Valindin?

DAVID.—A nadie.

BERNIER.—He llamado a su casa y no me han abierto. ¿Sabéis si va a volver?

DAVID.—Dijo que no.

BERNIER.—(*Suspira.*) Siempre me pasa lo mismo. (*Observa a DAVID.*) ¿No sois vos el que llaman David?

DAVID.—Sí.

BERNIER.—(*Vacila; se sienta a su lado.*) Mal año, ¿eh?

DAVID.—¿Hay alguno bueno?

BERNIER.—No para mí. En el café está entrando un río de oro, pero a mí aún no me han pagado. Y ahora dice que le haga la caja para llevar el pavo real a provincias y que me pagará al final.

DAVID.—¡No se la hagáis!

BERNIER.—Entonces no cobro nada: le conozco. (*Baja la voz.*) Con él no quiero disgustos. [Mi gente me espera en la aldea crujiendo de hambre...] El año pasado se me murió el pequeño; no había ni raíces para comer, y el pan era de helecho... Hogaño está París más lleno que nunca de campesinos.

DAVID.—Algo habría que hacer.

BERNIER.—Eso pienso yo. Y en el campo, cuanto antes. Porque [de poco sirve que la cosecha venga buena.] Ni los curas ni los señores quieren oír hablar de impuestos, y todo sale de nuestras costillas. Y todavía nos obligan a trabajar abriendo caminos, mientras las mujeres y los rapaces se enganchan para el laboreo con la tripa vacía, porque tampoco quedan bestias... Mi Blas está enfermo de eso; se priva y nadie le acierta el mal. (*Suspira.*) Esta noche temblará de miedo y gritará, el pobre...

DAVID.—¿Por qué?

BERNIER.—Le espanta la oscuridad, y esta noche no hay luna.

DAVID.—(*Después de un momento.*) ¡Cuántas cosas necesitan remedio!

BERNIER.—¡Y habrá que encontrarlo, moler! Pero abriendo el ojo, que los palos duelen hasta los huesos. (*Calla un instante.*) Tened vos cuidado, David.

DAVID.—¿De qué?

BERNIER.—(*Mira a todos lados y se acerca, bajando la voz.*) Les he oído hablar de vos en el café.

DAVID.—¿A quiénes?

BERNIER.—A él... y al señor comisario de Policía. ¿Sabéis lo que es una carta secreta?

DAVID.—No.

BERNIER.—Un papel que firma el rey para encerrar a alguien sin juzgarlo. Las venden caras. Y a veces también las regalan.

DAVID.—¿Las venden?

BERNIER.—Ellos creen que no se sabe, pero venden demasiadas..., y se sabe. El padre viejo que estorba, el marido celoso... ¡Hala! ¡A pudrirse a la cárcel!

DAVID.—¿Será posible?

BERNIER.—Todo es posible para quien lleva espada. Y el señor Valindin [la lleva, aunque no es de sangre noble. Tiene protectores en la corte y] es hombre peligroso. Yo le oí que..., si le fastidiabais más de la cuenta..., os metía en chirona con una carta secreta.

(*Un silencio.*)

DAVID.—(*Busca la mano del tío BERNIER y se la oprime.*) Gracias, tío Bernier.

BERNIER.—¡Chist! Ahí viene.

DAVID.—¿Quién?

BERNIER.—El señor Valindin.

(Se levanta.)

DAVID.—*(Se levanta muy asustado.)* ¿No os engaáis?

(VALINDIN entra presuroso por la derecha y se detiene al verlos. BERNIER se inclina humildemente.)

VALINDIN.—¿Todavía aquí? El café va a abrirse. Ya puedes trotar.

BERNIER.—Señor Valindin...

VALINDIN.—No puedo atenderos ahora, Ireneo.

(Sigue su camino.)

BERNIER.—¡Es que no tengo para comer, señor Valindin!

VALINDIN.—¡Decid mejor que no tendréis para comer si yo no os doy trabajo!

BERNIER.—Con un pequeño adelanto me arreglaría...

VALINDIN.—Ya os lo di.

(DAVID se interpone en su camino.)

DAVID.—Yo... he de hablaros.

VALINDIN.—En el café. [Ahora estoy de prisa.]

(Le aparta y pasa.)

DAVID.—*(Lo sujeta.)* Es importante...

VALINDIN.—*(Se desprende.)* ¡No me toques!

DAVID.—En vuestra casa ya no hay nadie.

VALINDIN.—Bueno.

DAVID.—Permitidme que os diga...

VALINDIN.—*(Se vuelve y lo empuja.)* ¡Vete al café!

(Sale. DAVID sale tras él.)

DAVID (*Voz de*).—¡Señor Valindin! (BERNIER *suspira*. Luego se vuelve lentamente para salir por la derecha. La luz crece en la casa. Una pausa. VALINDIN entra por el fondo, y tras él DAVID, que vuelve a tirar de él.) Señor Valindin, vamos a la calle...

VALINDIN.—Que te vayas te he dicho.

DAVID.—Pero con vos...

VALINDIN.—(*Se lo sacude*.) ¡A ti ya te arreglaré yo! Tú estás loco, y a los locos se les encierra. [¡Te haré encerrar!]

(*Se quita el tricornio y lo deja sobre una silla*. DAVID vuelve a tomarle del brazo.)

DAVID.—Escuchadme...

VALINDIN.—(*Le empuja*.) ¡Fuera de mi casa! (*Se despoja de la casaca y se dirige, rápido, a la derecha*. Cuando va a entrar en la alcoba aparece en la puerta ADRIANA, en peinador y muy pálida.) Creí que ya no estabas. ¿Qué haces sin vestir?

ADRIANA.—Se me iba la cabeza... Me eché un poco.

VALINDIN.—[Vístete pronto y] componte bien. ¡Hoy viene al fin al café el señor barón de la Tournelle! Vengo a ponerme la casaca buena y a cambiar de sombrero.

(*Va a entrar*.)

ADRIANA.—Yo te las saco...

VALINDIN.—Tardo yo menos.

ADRIANA.—Vienes sin resuello... Tómate una copa mientras yo te lo traigo.

VALINDIN.—Lo que tienes que hacer es vestirme y aprisa.

ADRIANA.—Pero...

VALINDIN.—¡Déjame pasar!

(*La aparta y sale*.)

ADRIANA.—(*Musita.*) ¡Dios mío!...

DAVID.—(*En voz queda.*) ¿Le has escondido?

ADRIANA.—Mal.

(*Pausa.*)

DAVID.—Nos iremos hoy mismo.

ADRIANA.—¡Si no podréis! Nada se puede contra él... ¡Calla!

(*Fija sus ojos espantados en la puerta. Con la cara descompuesta por la ira aparece VALINDIN, que trae aferrado por el pescuezo a DONATO, encogido y trémulo, con las ropas mal ceñidas. Hay un silencio tenso, durante el que las miradas de ADRIANA y VALINDIN se cruzan como espadas. VALINDIN arroja al suelo a DONATO, que gime sordamente.*)

VALINDIN.—(*Va hacia ella.*) ¡Putá!

ADRIANA.—(*Retrocede.*) ¡No!

VALINDIN.—¡Viciosa! ¡Con un ciego comido de viruelas y medio lelo! (DAVID *la protege con su cuerpo.*) ¡No te interpongas tú, basura! Tú lo sabías y los guardabas, ¿eh? ¿Esperabas tu turno? ¿O la has gozado ya? ¿Te gozaron ya todos, Adriana?

ADRIANA.—¡Di lo que quieras!

VALINDIN.—¡Has convertido mi casa en un burdel! [Pero qué digo: lo es desde que te traje a ella.] Lo tengo bien merecido, por iluso. ¡Asquerosa galga!...

(*La aferró de un brazo sin que DAVID pueda impedirlo, la atrae hacia sí y la abofetea. Ella grita. DAVID crisper sus manos sobre el garrote.*)

DONATO.—(*Se incorpora.*) ¡No la peguéis!

(*VALINDIN se vuelve y lo tira al suelo de un taconazo. DONATO grita.*)

DAVID.—(*Grita.*) ¡Nos iremos si dais un golpe más!

VALINDIN.—(*Se vuelve como un rayo.*) ¡Os iréis cuando yo lo diga, no antes! No le daré a esto más importancia de la que tiene. Bastará con unos cuantos golpes saludables. Las mujeres no entienden otro lenguaje, y vosotros, por lo visto, tampoco.

ADRIANA.—Nos iremos, Luis.

VALINDIN.—(*Se abalanza a ella como una fiera.*) ¡Perra! ¡Perra!

(*La golpea sin piedad. A los gritos de ella, DONATO acude tanteando.*)

DONATO.—¡No!

(*Intenta golpearle. Sujetando a ADRIANA, que gime, VALINDIN despide lejos a DONATO de una puñada. DONATO cae sobre una silla, que vuelca, con un alarido de dolor. DAVID está levantando el garrote.*)

ADRIANA.—(*Que lo ve.*) ¡Eso no, David!

(*VALINDIN se vuelve rapidísimo.*)

VALINDIN.—¡Bribón!

(*Aprisa en el aire el garrote y con una torsión vigorosa se lo arranca a DAVID y lo arroja al suelo. Luego le retuerce el brazo contra la espalda y le obliga a arrodillarse. DAVID gime.*)

ADRIANA.—¡Son ciegos, Luis!

VALINDIN.—Entérate, imbécil. Eres ciego. ¡Y débil! Nunca intentes nada contra un hombre con los ojos en su sitio.

ADRIANA.—¡Le vas a romper el brazo!

VALINDIN.—No. (*Le suelta. DAVID queda de rodillas, cogiéndose el brazo magullado.*) Hoy tienes que tocar para mí. ¡Pero mañana te vas si quieres! (*DAVID levanta la cabeza, sorprendido.*) Tú has sido el componedor de todo esto y me estás estorbando desde el primer día. Yo no soy malo; podría aplastarte, pero no quiero hacerlo. [Mejor será que te vayas.

Si quieres, rescindo el contrato contigo; me bastará con cinco.] Esta misma noche te daré una carta de garantía. ¿Aceptas? (*Una pausa.*) Está bien. Piénsalo. Pero a mi lado ya no te conviene estar, te lo advierto.

(*Se encamina a la derecha. DAVID está llorando en silencio.*)

ADRIANA.—Yo me iré también, Luis.

VALINDIN.—(*La mira fijamente.*) A Valindin no se le abandona cuando él no quiere. Te ataré [una cadena al cuello] si es menester y te daré cada día la tanda de palos que te mereces, hasta que te arrastres a mis pies... ¡como una galga! ¡Entra a vestirtel!

(*Y sale por la derecha. ADRIANA corre a levantar a DAVID. Cuando él se incorpora, ella se arroja sollozando en sus brazos. Él la abraza desesperadamente.*)

DAVID.—No llores, Adriana. Tú tenías razón. No hay que llorar.

(*DONATO se incorpora a su vez y se acerca con los brazos extendidos.*)

DONATO.—¿Qué hacéis? (*Advierte que están abrazados; intenta separarlos.*) ¡No! ¡No! Va a ser verdad lo que él ha dicho. ¡Va a ser verdad!

(*ADRIANA se desprende, mira a los dos con infinita pena y se aparta unos pasos. VALINDIN asoma.*)

VALINDIN.—¿No me has oído? (*La toma del brazo y la arrastra.*) ¡Vístete! Y vosotros, aquí quietos. Vendréis conmigo a la feria.

(*Entra en la alcoba con ADRIANA. Una pausa. DAVID se acerca sigiloso a la puerta y escucha. Luego va a la mesita, tantea levemente y abre el joyero. DONATO oye algo y se vuelve.*)

DONATO.—¿Qué haces?

DAVID.—Nada.

(Saca sin ruido algo y lo guarda entre sus ropas.)

DONATO.—¿Estás cogiendo algo?

DAVID.—*(Cierra la tapa del joyero.)* No.

DONATO.—Sí. Tú has cogido algo...

DAVID.—*(Se aparta de la mesa.)* Hace tiempo que me odias, ¿verdad?

DONATO.—*(Débil.)* No.

DAVID.—Ya no tendrás que soportarme. Mañana me iré.

DONATO.—Pero, ¿solo? *(DAVID calla. DONATO se acerca.)* Te irás solo, ¿eh? *(Suplica.)* ¡Solo, David, solo!...

(Oscuro lento. Se oye, muy débil, el principio del allegro de Corelli y, de pronto, las campanadas de las dos. Por la izquierda del primer término entra DUBOIS, que trae un farol encendido. Las cortinas negras ocultan ahora el segundo término. En el centro de la escena DUBOIS se detiene y levanta el farol, mientras se lleva la mano al cinto.)

DUBOIS.—¡Alto! ¿Quién va?... ¡Ah! ¿Sois vos, [señor Valindin?]
No os esperaba esta noche.

(Por la derecha entra VALINDIN. Trae otro farol. Viene visiblemente borracho.)

VALINDIN.—Esta noche, como todas.

DUBOIS.—[Como todas, no.] Hoy hay luna nueva y no se ve gota.

VALINDIN.—¿Y qué?

DUBOIS.—Esta plaza aún no está alumbrada y a estas horas podríais tener un mal encuentro.

VALINDIN.—Sé valerme.

DUBOIS.—Veníos hoy al retén.

VALINDIN.—Prefiero mi barraca.

DUBOIS.—Esta tarde tuvisteis mucho público, ¿eh?

VALINDIN.—(*Sombrío.*) Como en los mejores días.

DUBOIS.—¿Dónde iréis ahora?

VALINDIN.—Al Mediodía. ¡A llevarme todo el dinero que haya por allá! DUBOIS.—¿Con los ciegos?

VALINDIN.—Claro.

(*Se tambalea.*)

DUBOIS.—(*Le sostiene.*) Parece que hoy se ha cargado bien.

VALINDIN.—Poco más o menos.

DUBOIS.—Volveos a casa. Yo estoy aquí para vigilar toda esta hilera.

VALINDIN.—(*Deniega.*) Quiero sentirme entre lo mío.

DUBOIS.—¡Nada hay más propio que la cama propia! ¡En la mía quisiera yo verme ahora!

VALINDIN.—[Esto es más mío que mi cama.] ¡Ya puede arder mi cama y el piso entero! ¡Aquí es donde yo celebro mis alegrías... y donde paso mis penas! No hay nada como estar solo, amigo.

DUBOIS.—(*Ríe.*) Entonces os dejo, señor Valindin.

VALINDIN.—(*Le pone una moneda en la mano.*) Tomaos en el retén una copa a mi salud.

DUBOIS.—Muchas gracias, caballero. Si en algo puedo servirlos..., ya sabéis dónde estoy.

(*Se inclina. VALINDIN le dedica un desvaído ademán amistoso y sale con paso inseguro por la izquierda, mientras se saca una llave del bolsillo. DUBOIS levanta el farol para verle marchar. Luego menea la cabeza y sale por la derecha, al tiempo que se descorren las cortinas negras. En el segundo término se oye el ruido de una cerradura. A poco, la amarilla claridad del farol comienza a iluminar el interior de la barraca. El*

telón de la Galga está recogido y la tribuna con su gran pavo real se perfila en la penumbra. Óyese un portazo y de nuevo el ruido de la cerradura. VALINDIN aparece por la izquierda y, en el centro, levanta el farol y mira a su alrededor. Luego va a la derecha y sale de escena. Se le oye abrir y cerrar otra puerta. El resplandor de la linterna pasea su enorme sombra por las paredes. Reaparece con una botella y va a la tribuna, que acaricia mientras la rodea, saliendo por su izquierda para volver al centro. Allí suspira, deja el farol y la botella sobre la mesa de la izquierda y empieza a quitarse la casaca. A medio sacar ésta, se detiene, absorto.)

VALINDIN.—¡Al diablo todas las perras del mundo! *(Termina de quitarse la casaca, que deja en una silla; aparta otra y se sienta pesadamente. Atrapa la botella, destapona y bebe un largo trago. Se pasa la mano por los ojos.)* No te vas a enternecer, Valindin. Tienes vino y ya no eres joven. ¡Al diablo!

(Bebe otro trago, deja la botella en la mesa y esconde la cabeza entre las manos. Una pausa. Algo se mueve confusamente en la penumbra: tras los atriles emerge una figura cuyas manos palpan levemente el borde de la madera. Desde allí, suave y nítida en el silencio reinante, llega la voz de DAVID.)

DAVID.—Señor Valindin. *(Una pausa. VALINDIN levanta la cabeza de pronto, sin creer a sus oídos.)* Señor Valindin, soy yo, David.

(VALINDIN se levanta súbitamente, con una exclamación, y mira a la tribuna. De pronto toma el farol y se acerca. La figura de DAVID se distingue ahora mejor: en su rostro hay una leve sonrisa, acaso humilde.)

VALINDIN.—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

DAVID.—Con la llave.

VALINDIN.—¿Qué llave?

DAVID.—La otra llave. Ahora os la devolveré.

VALINDIN.—¡Ah! ¿Conque te la ha dado Adriana?

DAVID.—(*Ríe suavemente.*) Ella no sabe nada... todavía. Yo estaba en el corredor el día en que se la disteis y oí dónde la guardó.

VALINDIN.—(*Que lucha contra las nieblas del vino.*) ¿Y has venido a robar?

DAVID.—Si hubiese venido a robar no os habría llamado.

VALINDIN.—¿Qué quieres? ¿Tu violín?

DAVID.—Para eso tampoco os habría llamado.

VALINDIN.—De todos modos has hecho mal en venir. ¡A mi barraca no se entra así, y lo vas a pagar!

(*Va hacia la izquierda.*)

DAVID.—¿Dónde vais?

VALINDIN.—A llamar al vigilante.

DAVID.—Está muy lejos. Lo habéis mandado al retén. ¿No queréis saber a qué he venido?

VALINDIN.—No tengo nada que hablar contigo. ¡Baja y vete! Por esta vez lo dejaremos así.

DAVID.—[Señor Valindin,] he venido a deciros que acepto vuestra propuesta.

VALINDIN.—(*Se acerca a la tribuna.*) ¿Qué propuesta?

DAVID.—La de separarme de vos.

VALINDIN.—¿Y para eso has venido a estas horas y has robado una llave?

DAVID.—Es que además he de contaros un secreto. Algo que os atañe a vos... y a Adriana.

(*Un silencio.*)

VALINDIN.—¡Baja de ahí!

DAVID.—(*Desplazándose hacia la escalera.*) Os agradezco que queráis oírme. (*Tantea el arranque de los peldaños con su garrote y comienza a bajar.*) Sería una lástima que nos separásemos... para siempre sin hablar. (*VALINDIN lo ve bajar, asombrado. Él llega al suelo y se encamina al primer término.*) ¿No es aquí donde estabais sentado? (*Palpa la botella sobre la mesa.*) Así estaremos mejor. (*Se sienta con calma en una silla. VALINDIN se acerca despacio y deja el farol sobre la mesa. DAVID, como asustado por el golpe, tiende sus manos y lo palpa.*) ¿Qué es eso? ¡Ah!... Vuestro farol.

(*Retira sus manos.*)

VALINDIN.—(*Apoya sus manos en la mesa.*) ¡Di lo que tengas que decir!

DAVID.—Me habéis dado una gran lección y quiero agradecerosla. Cuando la priora nos habló de vos, me dije: «¡Al fin! Yo ayudaré a ese hombre y lo veneraré toda mi vida.» Después... comprendí que se trataba de hacer reír. Pero todos somos payasos, a fin de cuentas. (*Ríe.*) Gracias por haberme convertido en un payaso. Ha sido una experiencia inolvidable.

VALINDIN.—(*Sonríe.*) Me diviertes, loco.

(*Y va a sentarse de nuevo, tomando la botella.*)

DAVID.—¡Me alegro! (*Ríe.*) Divertir es lo mejor. (*Imita grotescamente los ademanes de un violinista.*) «Los corderitos bailan: bee, bee, bee...»

VALINDIN.—¡Eso, loco, eso!

(*Subraya sus palabras con palmadas sobre la mesa; ríe, y DAVID ríe con él. Luego bebe.*)

DAVID.—Es la única manera de librarse del miedo. Bueno, hay otra, pero es para pocos. Los más tienen que saltar como animalitos de feria para aplacarlo. O ponerse a soñar...

VALINDIN.—Oye, ¿y ese secreto?

DAVID.—Pronto os lo cuento. Os decía que yo antes soñaba con olvidar mi miedo. Soñaba con la música, y que amaba a una mujer a quien ni siquiera conozco... Y también soñé que nadie me causaría ningún mal, ni yo a nadie... ¡Qué iluso! ¿Verdad? Atreverse a soñar tales cosas en un mundo donde nos pueden matar de hambre, o convertirnos en peleles de circo, o golpearnos... O encerrarnos para toda la vida con una carta secreta. (VALINDIN *lo mira, serio.*) Era como dar palos de ciego.

VALINDIN.—¿Por qué dices eso?

DAVID.—Por nada..., por nada. A mí siempre me irritó eso de que los palos de los ciegos hiciesen reír. Porque soy un iluso, señor Valindin; pero no soy un necio. ¿Recordáis aquella vez, en vuestra casa, que os di en el pie con mi garrote?

VALINDIN.—(Sin quitarle ojo.) Sí.

DAVID.—Me he adiestrado mucho en eso... Puedo poner mi garrote donde quiera.

VALINDIN.—¡Oye, truhán!...

DAVID.—(Extiende su mano.) [¡Un momento!] Pensad que si os lo confieso será por algo.

VALINDIN.—(Golpea la mesa con sus nudillos.) ¡Suelta ya el secreto y lárgate!

DAVID.—(Suspira.) Es una lástima que la plaza Luis XV sea tan grande y tan oscura. Cuando no hay luna no se ve ni gota.

VALINDIN.—Y eso, ¿qué puede importarte a ti?

DAVID.—A mí, no; pero a vos, sí.

VALINDIN.—¿A mí?

DAVID.—Esta tarde me dijisteis que nunca intentara nada contra un hombre con los ojos en su sitio. Fue un buen consejo y os lo voy a pagar con otro.

VALINDIN.—(*Ríe.*) ¿Tuyo? ¿Y cuál es, loco?

(*Toma la botella. Cuando va a beber, DAVID comienza a hablar y él se detiene y lo escucha.*)

DAVID.—Nunca golpeéis a ciegos... ni a mujeres.

VALINDIN.—(*Calla un instante. Luego estalla en una carcajada.*) ¿Me amenazas? (*Ríe y comienza a beber. En ese momento DAVID lanza sus rápidas manos al farol, lo abre y apaga la candela con dos dedos. Oscuridad absoluta en el escenario.*) ¿Qué haces? (*Se oyen las manos de VALINDIN palpando sobre la mesa.*) ¿Y el farol?

DAVID.—(*Su voz llega ahora de otro lugar.*) Ya no está en la mesa.

(*VALINDIN se levanta con ruido de tropezones.*)

VALINDIN.—¡Tráelo, imbécil!

DAVID.—Os diré ahora el secreto. Ya no volveréis a ver a Adriana.

VALINDIN.—¿Qué dices, necio? ¡Será mía mientras yo viva!

DAVID.—Es que tú, Valindin..., no vas a vivir.

(*Un silencio.*)

VALINDIN.—(*Con la voz velada.*) ¿Qué?

DAVID.—Ya no ultrajarás más a los ciegos.

VALINDIN.—¡Bribón! ¡Deja que te atrape y verás!

(*Se le oye caminar, tropezando con otras sillas.*)

DAVID.—(*Desde otro lugar.*) ¡Cuánto más te muevas, más tropezarás!

VALINDIN.—(*Se detiene.*) ¿Me... quieres matar?

DAVID.—[No te muevas.] No hables. Cada vez que lo haces, mi garrote sabe dónde está tu nuca. (*Un silencio.*) Te oigo. No vayas a la puerta. (*Un silencio.*) ¿A qué sabe el miedo,

Valindín? (*Un silencio.*) Los ciegos han rezado ya bastante por tu alma sucia. Reza tú ahora, si sabes rezar.

VALINDIN.—¡Hijo de perra!

(*Se abalanza furioso hacia donde sonó la voz. Tropezza.*)

DAVID.—(*Ríe.*) Es inútil... Yo nunca estaré donde tú vayas. Pero siempre sabré dónde estás tú. Eres pesado, tu aliento es ruidoso... ¡Y hueles! ¡Ya no diré una sola palabra más, Valindín!

(*Un silencio.*)

VALINDIN.—(*Con la voz temblona.*) ¡David!... (*Vuelve el silencio. Con la voz comida de lágrimas.*) No has comprendido... Yo quería ayudaros... Yo no soy malo... Todos sois unos ingratos... (*Vuelve el silencio. De pronto, VALINDIN corre sollozando hacia la puerta.*) ¡No!... ¡No!... ¡Socorro!... ¡Adriana!...

(*Un golpe seco lo derriba. Uno, dos golpes más, se oyen tal vez. En medio de un silencio total, las cortinas negras se corren, al tiempo que el primer término se va iluminando, hasta llegar a la plena claridad de un día soleado. ADRIANA y CATALINA, a la izquierda, atienden a LATOUCHE y a DUBOIS, que están a la derecha.*)

LATOUCHE.—Lamento tener que informaros de tan triste nueva, señora Adriana.

ADRIANA.—¿Cómo pudo sucederle?

DUBOIS.—Parece que anoche... bebió más de la cuenta. Ni siquiera echó la llave al entrar; se limitó a encajar la puerta. En su manía de mirarlo todo, debió de subir a la tribuna, y ya arriba, perdería el equilibrio y se daría en la cabeza con los peldaños al caer.

LATOUCHE.—Le hemos hallado sobre la escalera, con el farol roto al lado.

DUBOIS.—Se había quitado la casaca para estar más cómodo. En los bolsillos le hemos encontrado las dos llaves de la barraca y bastante dinero.

ADRIANA.—¿Las dos llaves?

(Mira instintivamente al fondo.)

LATOUCHE.—¿No eran dos? ¿O había más?

ADRIANA.—No, no. Eran dos. Sólo que... él siempre me dejaba aquí una... En el joyero... La cogería sin decírmelo. Habíamos disputado... por cosas nuestras... Se la llevaría por eso.

LATOUCHE.—Por eso sería. ¿Podéis decirme dónde guardaba el señor Valindin sus ganancias?

ADRIANA.—En la casa Legrand.

LATOUCHE.—¿Guardáis vos en la barraca algo de vuestra propiedad?

ADRIANA.—Nada.

LATOUCHE.—*(A CATALINA.)* ¿Y vos?

CATALINA.—No, señor.

LATOUCHE.—Por consiguiente, ¿todo lo que hay allí pertenecía al señor Valindin?

ADRIANA.—Sí. Es decir, no... Los instrumentos son de los ciegos.

LATOUCHE.—¿Se siguen recogiendo en su Hospicio?

ADRIANA.—Sí, señor. En los Quince Veintes.

LATOUCHE.—Todo esto os lo pregunto, señora, porque... hemos llamado al hermano del fallecido. ¿Sabéis que tenía un hermano?

ADRIANA.—Sí, señor.

LATOCHE.—A él le pertenece todo cuanto el señor Valindin haya dejado, incluido este piso..., en el que ya no podréis seguir. Presumo que lo comprendéis.

ADRIANA.—Sí, señor.

LATOCHE.—Deberéis permanecer en él hasta la llegada del hermano, con quien os pondréis de acuerdo para llevaros lo que resulte ser vuestro, y a quien podréis reclamar vuestros salarios atrasados, si los hubiere... En el portal deajo un hombre... [por si necesitáis algo]. Os reitero mi sentimiento, señora Adriana.

ADRIANA.—Gracias, señor.

LATOCHE.—Quedad con Dios, señoras.

(Se inclinan él y DUBOIS. Ellas devuelven la reverencia. Los policías se calan los sombreros y cruzan, saliendo por la izquierda. Una pausa.)

CATALINA.—Otra vez a los caminos...

ADRIANA.—Poco importa.

(Un silencio. Suenan las campanillas.)

CATALINA.—¡Vuelven a llamar!

ADRIANA.—Id a abrir.

(Las cortinas negras se recorren y muestran la salita. CATALINA sube los peldaños, va al fondo, abre la puerta y sale. ADRIANA sube a su vez, va al joyero, lo abre y mira su interior con aprensión, volviendo a cerrarlo. CATALINA reaparece en la puerta.)

CATALINA.—Es David, el ciego.

ADRIANA.—*(Sin mirarla.)* Catalina, hemos de tomar algo al mediodía. Comprad abajo lo que os plazca y arregladlo en la cocina.

CATALINA.—Bueno. ¿Qué le digo al ciego?

ADRIANA.—Pasadlo aquí. (*CATALINA se va. Momentos después aparece DAVID en la puerta. Portazo lejano.*) Entra, David. Estoy sola. (*DAVID entra. Ella va a la puerta, atisba y cierra.*) ¿Vienes del Hospicio?

DAVID.—Sí.

ADRIANA.—(*Que espía su rostro.*) Ha sucedido algo espantoso, David... El comisario de Policía acaba de estar aquí... ¿Tú... no sabes nada?

DAVID.—(*Después de un momento.*) Adriana, me voy de París.

ADRIANA.—¡Contéstame a una sola pregunta! [¡A una sola!] ¿Fuiste tú quien cogió de aquí la otra llave de la barraca?

DAVID.—Sí.

ADRIANA.—¡David!

(*Se arroja sollozando en sus brazos.*)

DAVID.—Venía a decírtelo, Adriana. Lo que tú decidas yo lo aceptaré. Si quieres denunciarme, hazlo. Pero tú, tú sola. Yo no me entrego a la justicia de los videntes.

ADRIANA.—[Nos iremos...] Nadie sabrá nunca nada... Me tendrás a tu lado mientras viva, si tú lo quieres.

DAVID.—(*Se desprende suavemente.*) No lo decidas aún.

ADRIANA.—(*Bañada en lágrimas.*) ¡Te quiero desde el primer día!

DAVID.—La última palabra que él dijo fue tu nombre. (*Ella solloza de nuevo y va a sentarse junto a la mesa.*) Te quería, Adriana. Y [te golpeó, y] nos golpeó a todos, porque te quería. Ahora debes denunciarme.

ADRIANA.—¡No!...

DAVID.—(*Estalla.*) ¡He matado, Adriana! ¡Yo quería ser músico! Y no era más que un asesino.

ADRIANA.—[Él era el asesino.] Él nos mataba poco a poco.

DAVID.—¡Te quería!

ADRIANA.—(*Levanta la cabeza.*) Quizá. Que Dios le perdone. ¡Pero a mí no me hará fuerza, aunque me llame al morir! (*Con desprecio.*) Hace tiempo que aprendí a desconfiar de sus palabras y de sus lágrimas. Ya no quiero saber si eran sinceras. (*Se levanta y se acerca.*) Ni él mismo lo habrá sabido al morir, David. (*Se reclina en su pecho.*) David, lo olvidaremos juntos...

DAVID.—Nunca podré olvidar.

ADRIANA.—Entonces, déjame ayudarte a llevar esa carga.

DAVID.—¿Vendrías conmigo?

ADRIANA.—Sí.

DAVID.—¡Pero yo no puedo darte nada! ¡Nada! ¡Sólo hambre, frío, tristeza!

ADRIANA.—Te necesito.

DAVID.—¡Estoy ciego y soy un mendigo!

ADRIANA.—Yo soy una perdida.

DAVID.—(*La abraza apasionadamente.*) ¡Adriana, Donato va a sufrir!

ADRIANA.—[Los dos] le hemos dado cuanto hemos podido. ¡Ahora hemos de pensar en nosotros, David! No tenemos más que esta pobre vida...

DAVID.—Que no es nada...

(*Quedan un momento abrazados. De pronto, levanta ella sus ojos espantados.*)

ADRIANA.—¡Dios mío!

DAVID.—¿Qué?

ADRIANA.—(*Se separa, retorciéndose las manos.*) ¡Creo que he cometido un error espantoso!

DAVID.—¿Cuál?

ADRIANA.—Me hablaron de las dos llaves que le encontraron en la casaca... y yo... ¡Ay, David!

DAVID.—¡Habla!

ADRIANA.—¡Yo les dije que era muy extraño, que una de ellas me la dejaba él siempre en este joyero! (*Pasea, descompuesta.*) ¡Cómo he podido ser tan torpe!

DAVID.—La puse yo en su bolsillo. Sabiéndose que había dos, no podía [arriesgarme a] hacer desaparecer una, y menos aún [a] volverla a traer aquí, donde se podía haber echado ya en falta.

ADRIANA.—(*Nerviosa.*) Sí, yo les he dicho algo que va bien con eso. Pero...

DAVID.—¿Qué les has dicho?

ADRIANA.—Lo que yo misma creía: que se la llevaría él, enfadado por una disputa que tuvimos... Me ha parecido que lo creían...

DAVID.—No sospecharán. [Y de mí, menos.] ¿Cómo va un ciego a poder matar a un vidente?

ADRIANA.—¡Es cierto! ¿Cómo pudiste...?

DAVID.—Le apagué el farol y él no podía verme. Pero yo le oía. Estaba todo muy pensado, Adriana... Los ciegos también somos capaces de pensar.

(*Va a sentarse, lento, junto a la mesa. ADRIANA lo mira, conmovida. Por la derecha de la calle aparece CATALINA, que trae una bolsa de compras, seguida de LATOUCHE y DUBOIS, quien conduce del brazo a DONATO. Cuando van a salir por la izquierda, DONATO se detiene.*)

DONATO.—¡No, por caridad!

LATOUCHE.—(*Sonríe.*) ¿No quieres subir?

DONATO.—¡No, no!

DAVID.—Todo muy pensado...

(*ADRIANA se le va acercando.*)

LATOUCHE.—Soltadlo, Dubois. (*A CATALINA.*) Y vos ya sabéis: en cuanto entremos, a la cocina y sin chistar.

CATALINA.—Sí, señor.

LATOUCHE.—Vamos.

(*Salen. DONATO se deja caer sobre los peldaños y reclina su cabeza en la mano.*)

DAVID.—(*Suspira.*) Pensar ha sido mi placer desde niño... Desde que espiaba a los hijos de mi señor para oírles hablar de los libros que estudiaban. Y luego, por la noche, cavilaba y cavilaba... (*ADRIANA le acaricia el hombro.*) Mi madre me preguntaba: «¿Duermes, David?» Y yo me callaba... [Un día le pregunté: «¿Quién fue mi padre?» Y entonces calló ella... Ya ves:] ni siquiera puedo contar mi vida. Sólo recuerdo que el maestro de música me enseñó un poco de violín, y que yo fui tan feliz, tan feliz..., que cuando perdí la vista no me importó demasiado, porque los señores me regalaron el violín para consolarme.

ADRIANA.—¿Cómo la perdiste?

DAVID.—Me quemé los ojos prendiéndoles los fuegos de artificio durante una fiesta en el castillo. Mi madre era lavandera... Después... [nos fuimos del castillo, no sé por qué]. Ella y yo hemos cantado y tocado por las aldeas durante años..., hasta que me quedé huérfano en un pajaro.

ADRIANA.—Yo sé cantar, David.

DAVID.—Estoy cansado, Adriana. Me siento vacío. Todo ha sido un sueño... Una pesadilla. Y ya no comprendo nada. Sólo sé que no veo, que nunca veré... y que moriré.

ADRIANA.—Nuestros hijos verán...

DAVID.—(*Oprime, exaltado, la mano de ella sobre su hombro.*) ¡Pero lo que yo quería puede hacerse, Adriana! [¡Yo sé que puede hacerse!] ¡Los ciegos leerán, los ciegos aprenderán a tocar los más bellos conciertos!

ADRIANA.—(*Llorando.*) Otros lo harán.

DAVID.—(*Muy triste.*) Sí. Otros lo harán.

(*Calla. De repente la puerta del fondo se abre. LATOUCHE y DUBOIS irrumpen en la sala; ADRIANA grita. DAVID se levanta rápido y crispera su mano sobre el mango del garrote.*)

LATOUCHE.—¡No te muevas! ¿Eres tú el llamado David?

DAVID.—Yo soy.

LATOUCHE.—¿A qué hora volviste anoche al Hospicio?

DAVID.—No recuerdo...

LATOUCHE.—Yo te lo diré. A las tres. Hasta entonces tu cama estuvo vacía. ¿Dónde estuviste?

DAVID.—Por las calles.

LATOUCHE.—(*Ríe.*) Y por la plaza Luis XV, ¿no asomaste la nariz?

DAVID.—¿Para qué?

LATOUCHE.—Para asesinar al señor Valindin.

ADRIANA.—¡Si ha sido un accidente!

LATOUCHE.—[¡Callad vos!] (*Se acerca a la mesita, abre el joyero y lo cierra con un seco golpe.*) Ayer [por la tarde] robaste de este joyero la segunda llave de la barraca y la dejaste con la otra, después de matarlo.

ADRIANA.—¡Si se la llevó Luis!

LATOUCHE.—[No, señora.] La cogió él. Lo sé muy de cierto.

DUBOIS.—(*Sacude por un brazo a ADRIANA.*) [¿Lo estáis encubriendo?] ¿Erais su cómplice?

LATOCHE.—¡Soltadla! Si fuese su cómplice no nos habría hablado de la llave. (DUBOIS *la suelta rezongando.* A DAVID.) ¡Confiesa, bribón! Será lo mejor.

DAVID.—¿Cómo podría haberle matado yo, si no veo?

ADRIANA.—¡Eso es cierto, señor Latouche! ¡Él no ve! Y Luis era fuerte... Habría acabado con él de un solo golpe, a la menor amenaza... (*Ríe heroicamente.*) Ya veis que no ha podido ser él...

LATOCHE.—Ha sido él.

DAVID.—(*Ríe.*) ¿De qué modo?

LATOCHE.—(*Con una siniestra sonrisa.*) Descuida... Ya nos lo dirás tú mismo.

(A DAVID *se le ensombrece el rostro.*)

ADRIANA.—(*Mirando a LATOCHE.*) No...

LATOCHE.—¡Vamos!

(DUBOIS *se acerca a DAVID y con un rápido movimiento le arrebató el garrote. Luego le toma de un brazo y le empuja hacia la puerta.*)

ADRIANA.—¡No os lo llevéis! ¡Él no lo ha hecho!

DUBOIS.—¡Apartaos!

ADRIANA.—¡No quiero que os lo llevéis!

(*Se cuelga del cuello de DAVID.*)

[LATOCHE.—¡Hola, hola! ¿Os entendíais?

ADRIANA.]—¡Dejadle!...

[DUBOIS.—Ése pudo ser el motivo del crimen...

LATOCHE.—(*Desprende bruscamente a ADRIANA, que se resiste.*) No os mováis de París mientras no se os dé licencia, mu-

chacha. ¿Entendido?] (*La empuja, pues ella sigue forcejeando, y casi la arroja al suelo.*) Vamos, Dubois.

(*Salen los dos con DAVID.*)

ADRIANA.—¡No!... (*Corre a la puerta y sale tras ellos. Se siguen oyendo sus voces.*) ¡No!... ¡Tened piedad de él, está ciego!... ¡No lo torturéis!... [¡Por caridad!... ¡Es el mejor hombre del mundo!... ¡Por Dios os lo pido, piedad!...] ¡Él no ha sido! (*A sus gritos, DONATO se levanta, trémulo, e intenta disimularse. LATOUCHE, DUBOIS y DAVID reaparecen por la izquierda de la calle, seguidos de ADRIANA, que cruza ante DONATO sin advertirlo.*) [¡Piedad!...] (*Exhala todo su dolor en una anhelante llamada.*) ¡David!...

(*Súbitamente, DAVID se revuelve y logra soltarse. Antes de que consigan sujetarlo, corre hacia ADRIANA y los dos se abrazan y besan desesperadamente. LATOUCHE y DUBOIS tiran de ellos para separarlos.*)

DUBOIS.—¡Vamos!

LATOUCHE.—¡Soltadlo!

(*Entre convulsas negativas de ADRIANA, a quien LATOUCHE aferra, logran separarlos. Aún quedan por un instante duramente soldadas las manos de ambos, que LATOUCHE separa de un postrer tirón. DUBOIS arrastra a DAVID.*)

ADRIANA.—(*Llorando.*) ¡David!...

(*LATOUCHE toma a DAVID del otro brazo y ayuda a DUBOIS.*)

DAVID.—¡Dile al pequeño que le perdono!

(*DONATO se estremece. LATOUCHE, DUBOIS y DAVID salen por la derecha. ADRIANA cae de rodillas, sollozando desgarradoramente. Una pausa. A sus espaldas, DONATO aventura unos pasos. Se detiene indeciso. Avanza de nuevo y llega a su lado.*)

DONATO.—No tiene nada que perdonarme... Yo... no he hecho lo que él cree. (*ADRIANA deja de gemir. Levanta la cabeza y,*

sin volverse, escucha.) Yo rondaba por aquí y ellos me cogieron y me preguntaron... Tuve que decirles que volvió muy tarde al Hospicio... No pensé causarle ningún mal...

ADRIANA.—(*Se levanta con los ojos llameantes y se enfrenta con él.*) ¡Tú les dijiste que él cogió ayer algo de la mesa!

DONATO.—(*Temblando.*) ¡No sé! Quizá... Me acosaban a preguntas...

ADRIANA.—¡Mientes!

(*Encendida de ira da unos pasos a la izquierda para salir. Él lo advierte y la sujeta por el vestido.*)

DONATO.—¡Tenéis que creerme!

(*ADRIANA se desprende iracunda.*)

ADRIANA.—¡Judas!

DONATO.—¡Tenéis que creerme! ¡No podré vivir si no me creéis! ¡No me abandonéis, os necesito!... (*ADRIANA le escupe en la cara. Él se estremece violentamente. Ella le vuelve la espalda y sale, rápida. DONATO, con su brazo extendido, que la busca, la sigue, sin esperanza, mientras se hace el oscuro.*) ¡Adriana!... ¡Adriana!...

(*Las cortinas negras caen sobre la casa. Una luz muy blanca va naciendo a la derecha mientras se hace el oscuro en el resto de la escena y empieza a iluminar la figura de VALENTÍN HAÜY, que sostiene unos papeles. Cuando la luz gana toda su fuerza, advertimos que ya no es aquel juvenil visitante del café de los ciegos. Ahora tiene cincuenta y cinco años, el pelo casi blanco y viste a la moda de 1800. Una melancólica sonrisa distiende su rostro. Su palabra es sencilla y serena.*)

VALENTÍN HAÜY.—(*Lee.*) «Pronto hará treinta años que un ultraje a la humanidad, públicamente cometido en la persona de los ciegos de los Quince Veintes, y repetido cada día durante cerca de dos meses, provocaba las risotadas de aquellos que, sin duda, nunca han sentido las dulces emociones

de la sensibilidad. En septiembre de mil setecientos setenta y uno, un café de la feria de San Ovidio presentó algunos ciegos, elegidos entre aquellos que sólo disponían del triste y humillante recurso de mendigar su pan por la calle con la ayuda de algún instrumento musical...» (*Levanta la vista.*) A veces pienso que nadie reconocería hoy en mí a aquel mozo exaltado de entonces, porque los años y las gentes me han fatigado. Pero todo partió de allí. Ante el insulto inferido a aquellos desdichados, comprendí que mi vida tenía un sentido. Yo era un desconocido sin relieve: Valentín Haüy, intérprete de lenguas y amante de la música. Nadie. Pero el hombre más oscuro puede mover montañas si lo quiere. Sucedió en la plaza de la Concordia; allí se han purgado muchas otras torpezas. Yo he visto caer en ella la cabeza de un monarca más débil que malvado, y después, las de sus jueces: Danton, Robespierre... Era el tiempo de la sangre; pero a mí no me espantó más que el otro, el que le había causado: el tiempo en que Francia entera no era más que hambre y ferias... (*Lee.*) «Sí, me dije, embargado de noble entusiasmo: convertiré en verdad esta ridícula farsa. Yo haré leer a los ciegos; pondré en sus manos libros que ellos mismos habrán impreso. Trazarán los signos y leerán su propia escritura. Finalmente, les haré ejecutar conciertos armoniosos.» (*Levanta la vista; da unos pasos hacia la izquierda.*) No es fácil, pero lo estamos logrando. Si se les da tiempo, ellos lo conseguirán, aunque yo haya muerto; ellos lo quieren, y lo lograrán... algún día. (*Baja la voz.*) Y, sin embargo, no estoy tranquilo. No quise volver a la feria, ni saber ya nada de aquellos pobres ciegos. Fue con otros con los que empecé mi obra. Pero oí decir que, poco después, ahorcaron a uno de ellos... ¿Será cierto? Lo he preguntado alguna vez a otro ciego, ya viejo, que toca desde hace años el violín por las esquinas. Él tendría que saberlo, por su edad. Incluso pudo ser uno de los de aquella horrenda orquestina. Pero nunca responde. Tiene la cara destrozada por la viruela; parece medio imbécil y ya es mayor para entrar en mi colegio... (*Comienza a oírse, interpretado por un violín, el adagio de Corelli.*) HAÜY

vuelve la cabeza y escucha.) Él es. Nunca toca otra cosa que ese adagio de Corelli. Y siempre va solo. (*Suspira.*) Es cierto que les estoy abriendo la vida a los niños ciegos que enseño; pero si ahorcaron a uno de aquellos ciegos, ¿quién asume ya esa muerte? ¿Quién la rescata? (*Escucha unos instantes.*) Ya soy viejo. Cuando no me ve nadie, como ahora, gusto de imaginar a veces si no será... la música... la única respuesta posible para algunas preguntas...

(Levanta la cabeza para escuchar el adagio.)

TELÓN LENTO

LA PASTORA CORINA

LETRA DE
A. BUERO VALLEJO

MUSICA DE
R. RODRIGUEZ ALBERT

- I -

Animato assai. (M.M. 120 = ♩)

vos.

Violín.

The first system of the musical score shows the vocal line (labeled 'vos.') and the violin accompaniment (labeled 'Violín.'). The music is in 2/4 time and begins with a treble clef and a key signature of one sharp (F#). The vocal line starts with a whole note, followed by a half note, and then a quarter note. The violin accompaniment starts with a quarter note, followed by a half note, and then a quarter note.

Co-ri-na la pas-to-ra en-fer-ma está dea-

The second system of the musical score shows the vocal line and the violin accompaniment. The lyrics are 'Co-ri-na la pas-to-ra en-fer-ma está dea-'. The music continues in the same style as the first system.

-mor. El mé-di-co le di-ce que bus-quea su pas-

The third system of the musical score shows the vocal line and the violin accompaniment. The lyrics are '-mor. El mé-di-co le di-ce que bus-quea su pas-'. The music continues in the same style as the previous systems.

Coro.

-for. Los cor-de-ri-tos ba-lan be-e

ff *f* *ff* *Pizz.*

Solo.

be-e - be-e, tris-can-doal-re-de-dor Co-

f *ff* *f* *Tarco.*

Coro.

-ri-na sus-pi-ran-te Ay - Ay -

ff *f* *Pizz.*

Solo.

dim. e poco rit. a tempo.

A-y, seen-cien-de de pu-dor.

f *Tarco.* *dim. e poco rit. a tempo.* *ff*

- II -

All^{te} poco mosso. (M. M. 116 x J)

voz.

Violin.

mf *p* *ff*

mf *ff*

cresc. *ff*

cresc. *ff*

El lin-do pas-tor-ci-to a-pe-nas sa-be-ha
-blar. Co-ri-na le son-rí-e con
ga-nas de flo-rar. Quié-res ser mi cor-

Coro.

de ra, — tú, — tú, — tú, —

Pizz.
ff

Solo.

y con-migo tris-car? — no-entiendo lo que

arco.
f

Coro.

di - ces — yó, — yo. — yo, —

Pizz.
ff

Solo. poco rit. a tpo.

yo so-lo sé ba-lar. —

arco.
poco rit. a tpo. ff fff

VOZ.

The image shows a musical score for voice and violin. The voice part is on a single staff with a treble clef and a key signature of one sharp (F#). The violin part is on a single staff with a treble clef and a key signature of one sharp (F#). The violin part features a melodic line with several accents marked with an 'A' above the notes. The music is divided into four measures by vertical bar lines.

Violin.

° *ff*

Triscan los cor-de-ri-tos en tor-no de los dos. — Co-

-ri-nae-ta-ba ro-ja y ro-jae-lael pas-tor.

Coro.
Co-ri-na se lea cer-co: Be-e,
Piaz

Solo.

Be - e Be - e pre - gun - ta con ar -

arco.

cresc. Coro.

- dor., yã po - comuy jun - li - los Be - e,

cresc. ff Pizz. ff

dim. Solo. poco rit.

Be - e, Be - e, cor - de - ros san los

arco. dim. Solo. poco rit. dim. poco rit.

a tpo.

dos. - - -

a tpo. ff a tpo. ff